Boileau-Narcejac

La justicia de Arsène Lupin



En esta novela se ha tomado como figura central el célebre Arsène Lupin, el ladrón caballeresco que tanta fama alcanzó en la literatura de evasión del primer cuarto de siglo. El personaje, que es aquí algo más viejo, estaba casi retirado de la vida aventurera y se le daba por muerto. Pero el deseo de ayudar a una dama en apuros le hace entrar de nuevo en escena y mezclarse en un complicado asunto que desencadenará una sucesión de aventuras a cuál más sorprendente. Los autores, maestros en el arte de la novela policiaca, han sabido recrear a la perfección el ambiente romántico y galante de las obras de Maurice Leblanc y darle al mismo tiempo un toque personal e innovador, logrando un espléndido relato lleno de emoción y misterio.

Boileau-Narcejac

La justicia de Arsène Lupin

ePub r1.0
Café mañanero 13-02-2022

Título original: *La justice d’Arsène Lupin*
Boileau-Narcejac, 1977
Edición EPL: 2022
Traducción: Josep Elias

Editor digital: Café mañanero
ePub base r2.1

LA JUSTICIA DE ARSÈNE LUPIN

Boileau-Narcejac

I
EL BILLETE DE CINCUENTA FRANCOS

—Pero si le estoy diciendo que no va a haber nadie —recalcó Bernardin.

Arsène Lupin, erguido ante el espejo de su alcoba, se aplicaba un ligero maquillaje, con una habilidad propia de actor de la Comédie-Française. Dudó largo rato sobre qué bigote elegir, mientras Bernardin, a horcajadas en una silla, le observaba no sin una pizca de impaciencia.

—Me lo ha confirmado Joseph, el lacayo —insistió—. La señora sale cada martes y pasa la noche en compañía de su hijo.

Lupin ensayó varias muecas para cerciorarse de que el breve bigote pelirrojo, resultado de su elección, se le adhería bien al labio superior.

—¿Dónde? —preguntó.

—En Valmondois. Han llevado ahí al niño para criarlo. Todo esto se lo he explicado ya mil veces, patrón. Confiese que me está tomando el pelo.

—Ni hablar, chico. Me limito a repasar la lección. ¿Te ha dicho ese Joseph por qué dejó el empleo?

—¡Pues claro! Al parecer, los Mendaille no paran de pelearse. Se ve que andan a la greña. Joseph prefirió buscar otra cosa. Le caía muy gordo ese tipo que, según parece, es bastante animal.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé exactamente.

Lupin se volvió y, con el dedo, reprendió a Bernardin.

—Deberías saberlo. Si te invitan en casa ajena, hay que enterarse de todo.

—¡Bah! Calculo que andará por los cuarenta. Lo que sí es cierto es que sale a menudo de noche, sobre todo cuando su mujer se ausenta. Frecuenta un círculo de la calle des Capucines y no regresa antes de la una de la madrugada. Como Joseph sigue sin sustituto, esta noche la casa estará vacía.

Lupin extendió entonces por sus mejillas una finísima capa de crema.

—¿Cree que vale la pena —comentó Bernardin— si nadie va a verle?

—Seguro que no. Sólo lo hago por distraerme… No puedes entenderlo… Estoy jugando a «otros tiempos», ¡ya ves!

De un brinco, Lupin se plantó delante de Bernardin. En sus ojos chispeaba una malicia juvenil.

—Sabes, no me disgusta quitarme diez años de encima. Por esa época, me esmeraba. Desvalijar una casa era ir de excursión, era un espectáculo a mi antojo, como si fuera al teatro. Hacía de espectador y de actor. ¡Ah, cómo me gustaba aplaudirme y qué bien actuaba! ¡Me reclamaron tantas veces a escena!… Por desgracia, después estalló la guerra. Hoy, en cambio, cómo puedo saber si aún me conservo. «Reaparezco» por vez primera. No puedo fracasar. Por eso te estoy dando la lata con tanta pregunta. Lo que ocurre es que me he de aprender el papel. ¡A ver! Otra vez. ¿Adónde vamos?

—Al domicilio de Xavier Mendaille, que vive en la calle La Rochefoucauld.

—¿Con quién se casó el tal Mendaille?

—Con la nieta de los champañas Verzy-Montcornet, Béatrice. A primera vista, una gran fortuna. Joyas de mucho valor.

—Muy bien. ¿Y qué más sobre Mendaille? Espera… A ver si domino el tema.

Comenzó a recitar.

—Xavier Mendaille poseía una vasta hacienda, cerca de Reims. La vendió en 1913. Cuando vino la movilización, logró esconderse durante unos meses. Luego, el ejército acabó recuperándolo y cayó herido, en abril de 1915. Más tarde consiguió, a saber de qué modo, que lo declararan inútil, conque ya me lo tienes instalado en París, tan pimpante, corriéndose las grandes juergas. En resumen, ¿quién es el tal Mendaille?

—Un caradura.

Lupin se echó a reír.

—Esto es exactamente lo que me tenías que decir. ¿Y qué debemos hacer con los caraduras?

—Obligarles a que aflojen.

—Te estás volviendo inteligente, Bernardin. De manera que yo, Arsène Lupin, fiándome de las pesquisas emprendidas por el señor Bernardin, he decidido ocuparme muy en serio del tal Xavier Mendaille, y así se explica que me esté disfrazando de hombre honrado.

Esbozó una pirueta y pellizcó al joven en la mejilla.

—¡Vamos, no me vengas con cuentos, sonríe! ¿Qué es esa cara de entierro?

Mirándose al espejo, se retocó el semblante, como un pintor que da las últimas pinceladas a un retrato, retrocedió dos pasos, se examinó de cara y de perfil, Se puso luego un guardapolvo, se tocó con una gorra e hizo una castañeta con los dedos.

—¡Andando, gandul!

Salieron. De inmediato, el aire helado les transformó el aliento en vaho. Hacía un mes de marzo glacial. Los faroles palidecían bajo el resplandor de la luna llena, que recortaba en el suelo las sombras unidas de los dos hombres.

—Mira que elegir precisamente una noche como ésta —dijo Lupin; sin embargo, no había perdido en absoluto el buen humor y prosiguió chanceándose:

—Artículo 1. No operar jamás en claro de luna. Artículo 2…

Cruzaban la plaza de l'Opéra. Se interrumpió y asió el brazo de su compañero.

—Pero, en fin, ¿por qué llevas tanta prisa? ¿Es que no podíamos esperar?

—Mire, esto también se lo he explicado. Mendaille ha contratado a otro sirviente. La semana que viene, ya sería demasiado tarde.

—Opino igual. Pero me gusta oírtelo repetir. Me gusta que todo se tenga en cuenta. Te voy a decir una cosa: estamos pasando un examen. Hasta el momento, el alumno Bernardin se las apaña bastante bien. No obstante, aún no han empezado las pruebas decisivas.

Apretaron el paso y se adentraron por la calle de la Chaussée-d'Antin, donde era raro tropezarse con noctámbulos.

—Nuestro amigo Sébastien me dijo que antes de la guerra vivías en provincias.

—Sí —contestó Bernardin con rencor—. Pero prefiero olvidarlo.

Caminaron un buen rato en silencio. La iglesia de la Trinité dio la media.

—Las once y media —observó Lupin—. Tenemos tiempo de sobras. En estos momentos, estarán desplumando al Mendaille, o al menos así lo espero. ¡Y es que yo estoy a favor de la moral!

—Cuidado —murmuró Bernardin—, que ya llegamos. Es aquella casa de la esquina. A la derecha, hay una puerta de servicio que da a la calle d'Aumale. La entrada principal está en la otra fachada, la de la calle La Rochefoucauld.

Lupin se detuvo a examinar el lugar. La mansión de los Mendaille era un vetusto y hermoso edificio, de dos pisos. Las ventanas de la planta baja se hallaban protegidas por postigos metálicos, bien sujetos. Una farola

alumbraba el cruce, pero las calles, a derecha y a izquierda, aparecían desiertas.

Sin apresurarse, como dos transeúntes que vuelven a casa, cruzaron la calzada y se inmovilizaron ante la puerta. Lupin tanteó la cerradura.

—Pásame el estuche —susurró.

Al abrirlo, las finas herramientas del interior lanzaron destellos. Bernardin señaló una varilla rematada en forma de gancho.

—No —dijo Lupin—. Bastará una ganzúa sencilla. Es una casa antigua. No es el Banco de Francia.

Cogió el utensilio, pulsó suavemente el picaporte, empujó con la palma de la mano. La puerta no se abría.

—Hay un cerrojo por dentro —comentó—. No vale la pena insistir. Pero ya podrías saberlo. Vamos a ver del otro lado… ¡Eh, chico, te ha dado el tembleque, pues vaya! Mala cosa, Bernardin. No te habrías figurado que sería tarea fácil, supongo. ¡Hay que tener más agallas, recórcholis!

Doblaron la esquina de la casa, comprobaron que la calle La Rochefoucauld estaba vacía, hasta donde alcanzaba la vista. Examinaron las dos cerraduras de la entrada principal.

—La de abajo no plantea problemas —apuntó Lupin—. Te la dejo. Utiliza el punzón pequeño.

Sudándole las manos, Bernardin manipuló durante un minuto largo, hasta que notó que algo cedía.

—Ya está, patrón. Ya gira.

—Pues claro que gira. La de arriba, en cambio, nos va a costar más. Apártate… La llave lisa… No, ésta no serviría… La otra… la que tiene dos dientes, gracias.

Como de milagro, se entreabrió el batiente.

—Tú primero, amigo —dijo Lupin, sonriente.

—Anda —balbuceó Bernardin—. Ya me explicará…

—Sí, desde luego. Pero no ahora. Pasa delante.

Entraron, encendieron sus linternas.

—Esto —cuchicheó Bernardin— es el vestíbulo. A la izquierda, el salón y el comedor. A la derecha, el despacho.

El haz luminoso de la linterna se paseaba por las paredes, completando su información.

—Demos un vistazo al salón —dijo Lupin.

Cruzó la doble puerta y descubrió una habitación muy amplia, con profusión de sillones, vitrinas y mesitas adornadas por jarrones llenos de

flores. Al instante, todo su ser se sintió turbado, emocionado, pues renacía en su mente el recuerdo de aventuras, de locas osadías, de incursiones audaces emprendidas para demostrarse que valía la pena vivir. En ese momento, no obstante, no estaba cometiendo ningún acto ilustre. Su visita nocturna a los Mendaille era mero turismo, una insignificante fantasía que se permitía para complacer a Bernardin. Aun así, rememoraba sus inicios y no conocía nada más agudo, más embriagador que ir descubriendo, a tientas, los recovecos y la intimidad de una morada cuyo acceso le estaba vedado.

Los gruesos cortinajes corridos delante de las ventanas sobrecargaban la atmósfera. Las flores, rosas y claveles, emanaban un aroma dulzón, casi fúnebre. «Béatrice Mendaille —ironizó—: tiene usted algo descuidada la casa. ¡Oh! Perdón». Lupin se hallaba ante ella. La linterna iluminaba ahora un cuadro imponente que representaba a una joven, de pie; estrechaba contra su cuerpo un manojo de lirios que le ocultaban la parte inferior del rostro. Sus ojos, muy azules, parecían plantear una dolorosa incógnita. Las manos que sostenían el ramo, lucían varios anillos soberbios. «Rica y desgraciada, pensó Lupin. Si comprendiera, señora, cuál es el significado de su atribulada mirada, no le quepa la menor duda de que me…». Un crujido, a sus espaldas, le sobresaltó y su linterna apuntó hacia el origen del ruido. Bernardin estaba forzando la tapa de un escritorio.

—Vaya —dijo Lupin a media voz—. Tú, al menos, no pierdes el tiempo. Entérate de que no hay que abalanzarse como un tragaldabas sobre el primer cachivache que te sale al encuentro.

—Pero, patrón, si aún no he cogido nada. Estaba buscando…

—¿Qué?

—Cosas de valor, y como este escritorio estaba cerrado con llave, pensé…

Lupin paseó por el aposento, meneando la cabeza a medida que su linterna iluminaba cuadros y muebles.

—¡Qué poco estimulante! Me da en la nariz que esta pareja ya se ha desprendido de los mejores fragmentos. Lo que queda, no digo de entrada que sea desdeñable, por supuesto, pero a nosotros no nos interesa. Las vitrinas están medio vacías y eso, Bernardin, es un indicio que no engaña. La miseria, la espantosa miseria, ha entrado aquí antes que nosotros.

—Pero… ¿y las joyas?

—Ven a ver.

Lupin proyectó sobre el cuadro la luz de su linterna y Béatrice Mendaille apareció otra vez. Bernardin se echó atrás.

—Que no se te va a comer, chico —exclamó Lupin—. Fíjate en sus ojos… ¿Eh? ¡Qué amargura! ¿Y sabes por qué?… No sólo porque su matrimonio es un fracaso y su marido un pelanas, sino porque la asedia la estrechez. Conque, las joyas… ¿Qué te quieres apostar a que ya se las han vendido?

—Pues Joseph me aseguró que…

—Tu Joseph es un imbécil. Mucho me temo que nos hayamos molestado por nada. Vamos a mirar aquí al lado.

Cruzaron el vestíbulo y entraron en el despacho. Las cortinas estaban sin correr; la luna dibujaba el contorno de la ventana y brillaba por entre los intersticios de las persianas. La habitación olía a puro y a encáustico. Lupin paseó velozmente su linterna y estableció el inventario: la mesa, la biblioteca, los asientos, todo estilo Imperio.

—Copias —murmuró—, imitaciones. ¡Todo esto viene directo del faubourg Saint-Antoine!

Se sentó a la mesa, observó distraído el cartapacio de cuero, los tinteros, el archivo que contenía algunas cartas, el teléfono, el cenicero macizo. Advirtió que Bernardin ya estaba acercando la mano al cajón superior y le pegó en los dedos.

—Las manos quietas. Cáspita, ¿serás de los que arramblan con todo? No hemos venido aquí a robar. Ni menos aún a birlar. Hemos venido a descontar. Y te confieso que me siento muy defraudado.

Suspiró y se decidió a abrir el cajón de la izquierda. Descubrió enseguida un pequeño fajo de billetes de banco, sujetos por un alfiler. Contó cuatro billetes de mil francos.

—Sin ningún interés —dijo, devolviéndolos a su sitio—. Dinero para proveedores. Esta pobre mujer ya tiene suficientes quebraderos de cabeza para que, encima, vengamos nosotros a aumentarlos.

—¡Me sale con cada una! —rezongó Bernardin.

Lupin examinó prontamente los demás cajones: facturas, muchas facturas, y también los pobres despojos que suelen yacer en el fondo de un mueble: lápices rotos, una estilográfica inútil, gomas…

—Ah, esto ya no me lo esperaba —dijo Lupin.

Depositó ante sí un bloc con membrete:

Finca de los Tres Pozos, Marne.

Tenía el papel amarillento. Estaba claro que el bloc ya no servía para mandar cartas, sino acaso sólo como borrador, pues la primera hoja recogía las huellas de unos garabatos.

Finca de los Tres Pozos, meditó Lupin. Su antigua hacienda, sin duda. ¡Mucho tendría que afectarle para que conservara este bloc!

Lo echó al fondo del cajón. Bernardin, por su parte, hurgaba febrilmente, al otro lado.

—Con cuidado —recomendó Lupin.

Y de repente alzó una mano.

—¡Alto!

—¿Qué? ¿Pasa algo?

—¿No te das cuenta? Sal de ahí.

Apartó a su compañero de un empujón y luego, con cautela, sacó de su hueco el cajón que Bernardin estaba registrando.

—¿Qué? ¿No lo ves? Pero, hombre, este cajón es más corto que los demás. Y, si es más corto, significa que tiene algo detrás. ¿Y quieres decirme lo que tiene detrás?

—Yo qué sé… ¡Ah! Ya caigo. Un compartimento secreto.

—¡Te ha costado! ¡Je, je! Bien pudiera ser que nuestro barón de los Tres Pozos escondiera aquí su tesoro de guerra.

Se arrodilló y metió el brazo por la abertura. Hablaba a media voz, con los ojos cerrados y las facciones tensas: Ni un saliente… Ni un botón… Lo normal es que haya un elemento móvil… No te excites, Bernardin… Un escondrijo tan ridículo no puede ocultar gran cosa. ¿Qué cabe ahí dentro? ¿Cartas de amor? Me extrañaría. Supongo que habrá más recibos… ¿No puedes apartarte un poco?… Si no dejas de hablar, no oiré el ruido del resorte… Ah, ya está…

Alumbró el fondo de la cavidad.

—Buen trabajo —siguió diciendo—. Parece una arquilla, aunque por desgracia no parece que sea una arquilla muy provista… aparte de media docena de estuches…

Los sacó, los abrió. Estaban vacíos. El terciopelo conservaba la huella de las joyas desaparecidas.

—¿Está seguro, patrón, de que no hay nada más?

—Míralo tú.

Bernardin se agachó a su vez y examinó el cajón secreto.

—Creo que veo un billete de banco.

—Enséñamelo.

El joven retiró un billete de cincuenta francos.

—Estaba muy al fondo, casi pegado.

Lupin dio vuelta y más vuelta al billete. Lo colocó a escasos centímetros de su linterna, iluminando el extraño hallazgo. Éste presentaba el rastro de numerosas arrugas, que luego habían sido cuidadosamente alisadas, acaso con una plancha, pero las anteriores dobleces aún formaban una red de finas rugosidades. La agilidad mental de Lupin funcionaba a todo gas. ¿Por qué ocultar en el fondo de un escondrijo un billete de tan poco valor? ¿Sería falso el billete?

Lupin se sacó de la cartera un billete de cincuenta francos, puso los dos billetes juntos sobre el cartapacio, los estudió atentamente: diseños idénticos, idéntico color. Sólo diferían en la numeración. Palpó uno y luego otro. La misma sensación, exactamente. Examinados a contraluz, ofrecían la misma filigrana. Este billete de cincuenta francos tenía todo el aspecto de ser bueno. Sin embargo, Lupin deducía por instinto que no convenía precipitarse. ¿Por qué Mendaille había tenido el descuido de guardar en un cajón la suma de cuatro mil francos, sin ni siquiera cerrarlo con llave, mientras que en cambio se preocupaba de poner a buen recaudo un vulgar billete de cincuenta francos? Qué misterio más irritante.

—¿Qué hacemos, patrón? El tiempo corre.

—Sí, ya voy —dijo Lupin maquinalmente—. Toma, devuelve el billete a su sitio.

No obstante, con gesto de prestidigitador, procedió al cambio de billetes y, mientras Bernardin metía en la arquilla el billete perteneciente a Lupin, este último guardaba celosamente en su cartera el que correspondía a Mendaille. ¡Caso por resolver!

Inspeccionaron velozmente la biblioteca. Sólo contenía diccionarios, libros de derecho y algunas novelas: Zola, Loti, Anatole France, Richepin, Maupassant…

—Me gustaría ver la cocina —dijo Lupin—. Nunca se sabe.

—¿Y el comedor?

—También le echaremos un vistazo.

—¿Puedo visitar el piso de arriba, mientras usted escudriña por aquí?

—No. Tú te quedas conmigo.

—¿Desconfía de mí, patrón?

—De ti, no. Desconfío de tus talentos de mangante. Anda, ven.

Salieron del despacho y hallaron, al final del vestíbulo, la puerta que daba a la cocina. Lupin iluminó la pieza y fue descubriendo los cacharros, los

fogones, una mesa muy larga, el fregadero y unas cuantas sillas de paja.

—Nada que nos interese —susurró Bernardin.

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, nunca te olvides de registrarlo todo. Te diré que una vez descubrí un paquete de valores en el horno de una cocina. El sitio era ideal. Mucho más seguro que una caja fuerte.

El chorro luminoso de su linterna barrió las paredes.

—Vaya —dijo con voz divertida—, me había olvidado de que hoy estábamos a 13.

Se acercó a un calendario colgado sobre la cesta del pan, se sacó el reloj.

—Las doce y veinte.

Meticuloso, arrancó la hoja del día, la estrujó y se la metió en el bolsillo.

—¿Viene, patrón?

—Eres peor que un crío, Bernardin.

Y de pronto, asió a su compañero por el hombro.

—Chitón… Escucha.

Percibieron entonces un ruido que Bernardin reconoció aterrado.

—Hay alguien hablando —balbuceó.

—¡Cállate!

Era un cuchicheo rápido, intercalado de breves silencios. Parecía proceder del vestíbulo o quizá del despacho. Y resultaba más espantoso que un grito o que una llamada de auxilio.

—¡Idiota! —murmuró Lupin—. Mendaille no fue a su círculo.

Apagó la linterna, cruzó de puntillas el vestíbulo, abrió la puerta del despacho. Adivinó, en la penumbra, una silueta que se inclinaba sobre el teléfono. La acometió. Obligado a defenderse, el hombre tuvo que soltar el aparato. El choque alcanzó de inmediato una gran ferocidad. Mendaille era pesado y robusto como un oso. Lupin conocía todos los secretos del *jiu-jitsu*, pero el otro le paralizaba los brazos, atenazándolos. Luchaban a ciegas, derribando a su alrededor objetos que se rompían, Lupin se soltó de un rodillazo y, al buen tuntún, asestó un revés con el filo de la mano buscando la garganta de su adversario. El otro le paró el golpe al instante y le agarró por el cuello, doblándolo hacia atrás. Lupin perdió el equilibrio y cayó, con tan poca fortuna que la pierna derecha le quedó aprisionada bajo el cuerpo. Un dolor muy vivo le barrenó el tobillo. Procuró superar la asfixia que casi le vencía. Oyó, de muy cerca, procedente del teléfono derribado sobre la alfombra, una voz distante y minúscula que gritaba: «Diga… Diga… Conteste…». Tensando todos sus músculos, logró echar a un lado el cuerpo que le aplastaba y retorció con energía la muñeca que tenía hincada bajo el mentón.

El otro gimió y le soltó. En el mismo instante, estalló una detonación por encima de la cabeza de Lupin. El fogonazo del disparo le cegó. Se incorporó apoyándose en una rodilla.

—Lo has matado —exclamó—. Qué idiota… ¡Enciende!

La luz de la linterna se detuvo ante un rostro que había cerrado los ojos, bajó después por el batín hasta enfocar una mancha oscura que se iba extendiendo, a la altura del seno derecho. Lupin se volvió hacia Bernardin.

—¡Eres un canalla! Hubiera debido registrarte antes de salir… Ayúdame. Creo que me he torcido el tobillo.

Se irguió haciendo una mueca, miró el cuerpo.

—Me asusté, patrón —dijo Bernardin—. Quise…

—Cállate. No me hacía falta ningún arma para ajustarle las cuentas. Ya sabes que la sangre me da horror… A ver, enséñame su herida.

Bernardin, con mucho cuidado, apartó la solapa del batín y luego la camisa. Debajo apareció la herida, entre una pelambrera pringada de sangre.

—Menos mal que no sabes manejar una pistola —dijo Lupin—. No parece que la bala le haya afectado el pulmón. A lo mejor no es grave. Pero te merecerías… En fin, larguémonos. La policía está a punto de llegar.

—¿La policía?

—Sí, la policía. El tipo estaba llamando por teléfono. ¿Entiendes ahora?

Lupin recogió el teléfono y lo colocó de nuevo sobre la mesa.

—Estaba durmiendo —prosiguió—. Nosotros lo despertamos. Bajó mientras nos hallábamos en la cocina e hizo lo que hubiera hecho cualquiera en su lugar. Llamó a comisaría… Y creo que intervine demasiado tarde. ¡Aprisa!

Iluminó por última vez el rostro de Mendaille.

—Qué lío —murmuró—. ¡Cretino! Y aún presumes de *gentleman* ladrón. Tú y yo, se acabó. Cuando uno es tan necio, más vale que se meta a policía… ¡Carajo! ¡Cómo me duele!

Alcanzó la puerta de entrada, renqueante, y la dejó entornada para evitar que los agentes, que no tardarían en llegar, perdieran tiempo en abrirla. Después, sosteniéndose en el brazo de Bernardin, echó a andar, dominando a duras penas su dolor. Ya en la calle de Châteaudun, lanzó miradas ansiosas a derecha e izquierda. No se veía ni un taxi, ni un coche de punto; ¿tendría que volverse a pie hasta su actual domicilio de la calle de la Paix? Reanudó la marcha, dando rienda suelta a su rencor.

—De entrada, métete bien en la cabeza que no me has salvado la vida. No hay nadie que pueda salvarle la vida a Arsène Lupin. Ésta es una. ¡Ay! ¡No

vayas tan aprisa! Y además, canastos, antes hay que informarse. Todos esos datos, de que tanto te jactabas, eran falsos. Mendaille no fue al círculo y su casa carecía de interés. Ésta es otra. Y en fin, ¿quién te ha dado permiso, cuando sales conmigo, para llevar pistola?

—En las trincheras… —comenzó a decir Bernardin.

—¡Ah, no! Ya hace cuatro meses que se acabó la guerra. No me vengas con cuentos. Si todos los excombatientes no pudieran vivir sin un arma en el bolsillo, ¿adónde iríamos a parar?… Cuando vea a Sébastien, le voy a decir lo que pienso. ¡Pues vaya acólito fue a recomendarme!

Lupin se detuvo, se apoyó en el portal de una casa para recobrar aliento. Se frotó el tobillo herido.

—Qué regreso más divertido —masculló—. Y todo esto por tu culpa.

—Le puedo llevar, patrón —propuso Bernardin humildemente.

Lupin no pudo contener la risa.

—Y para colmo, pobre de espíritu. ¡Ah! ¡Eres perfecto, Bernardin!

II
UNA VELADA EXTRAÑA

Cuando Bernardin, dos días después, se presentó en casa de Lupin para tener noticias suyas, Achille, el fiel criado, le prohibió la entrada.

—El señor no quiere recibir a nadie.

Y añadió en tono confidencial:

—No sé qué le hiciste, pero está furioso contigo.

—¿Y su tobillo? ¿Cómo tiene el tobillo?

—Pse, regular. Vino el médico. Dijo que se trata de un esguince y que el señor ha de andar lo menos posible. ¡Te das cuenta! ¡Conociendo como conocemos al señor! ¡A ver quién es el guapo que logra tenerle quieto!

Bernardin insistió.

—Sólo un minuto. No le cansaré.

Achille le rechazó con firmeza.

—Deja que pasen unos días, Bernardin. Ya sabes cómo se encorajina. Es un cascarrabias. Pero no guarda rencores. Ya verás. Será él el que te mande llamar.

Cerró la puerta con sigilo.

—¿Quién es? —gritó Lupin.

Se hallaba tendido en una tumbona, con la pierna sobre un almohadón. A su alrededor, por la alfombra, se esparcían varios periódicos arrugados.

—No me mientas —prosiguió—. Le he conocido la voz. Es ese mentecato que se cree muy listo.

—¡Oh, señor!… Si es muy amable.

—No necesito gente amable. Quiero que me obedezcan.

—Bien, señor.

—No lo estoy diciendo por ti. Pásame el bastón.

—Pero ha dicho el médico…

—El médico es un burro. Me conozco mejor que él esta maldita pierna. Sé muy bien cómo tratarla.

Se enderezó, penosamente, y exclamó:

—Sí, duele. ¿Y qué?… No te quedes ahí, con esos ojos desencajados, como si yo fuera la torre Eiffel. Más vale que prepares el oporto. Pelletier está al llegar.

Sonó un discreto timbrazo.

—¡Mira! Ahí está, precisamente. Dile que pase.

Gustave Pelletier era un químico al que con frecuencia recurría Lupin, para peritajes delicados. Tendría unos cincuenta años, vestía sin afectación, su rostro denotaba astucia y se movía con cierta torpeza. Cuando vio a Lupin apoyado en el bastón, agitó un dedo amenazador.

—Dilecto amigo, debería…

—Ya nos pelearemos después. Siéntese. Bueno, ¿qué me dice del billete?

Pelletier se sacó de la cartera el billete de cincuenta francos, se ajustó los lentes.

—Lo más legal que pueda figurarse —dijo—. Evidentemente, no pertenezco al instituto de la Moneda, pero tengo la pretensión de estar algo enterado. A mi juicio, es imposible que se trate de una imitación. O, de lo contrario, el falsificador ha logrado procurarse el papel que usa el Banco de Francia, lo cual resulta muy poco verosímil. Y aun suponiendo que fuera cierto, ¿qué grabador sería lo suficientemente hábil para obtener un diseño tan perfecto? No digo que no existan grabadores buenísimos. Pero escasean. Y, además, todo el mundo los conoce. Saben que la ley se muestra implacable con los falsificadores. No, creo que el billete es auténtico. Lo emitieron hace cuatro o cinco años, a juzgar por los números de serie, aunque en esto puedo equivocarme; sólo soy un simple químico. Debo añadir que lo han utilizado poco. No está ni gastado ni siquiera mugriento. Lo arrugaron, en un momento dado, y luego lo alisaron con una plancha… una plancha demasiado caliente, pues he descubierto una leve chamusquina en él ángulo de la derecha, arriba… Supongo que cabe imputarlo a un hombre. Una mujer hubiese sabido regular mejor la temperatura.

Tendió el billete a Lupin, que lo examinó largo rato.

—Gracias —dijo al fin—. Casi me sabe mal… Esperaba que fuera falso. Hasta había aventurado algunas conjeturas de interés. ¡Qué le vamos a hacer!

Bebieron un poco de oporto y conversaron durante unos minutos, pero Lupin tenía la cabeza en otro sitio. Tras despedirse de Pelletier, se tendió y cerró los ojos. Si Mendaille se había tomado la molestia de esconder con tanto afán el billete de cincuenta francos, se debía a una razón muy concreta. ¿Cuál? ¿Y por qué habían planchado el billete como si quisieran devolverle

su tersura? ¿Era un recuerdo? ¿El regalo de un ser querido? Pero, normalmente, un regalo es un objeto, no un billete de banco. ¿Un fetiche, entonces? ¿Se relacionaría acaso el billete con algún acontecimiento de capital importancia para Mendaille? La respuesta no podía venir tan pronto. ¡Y en fin! ¿Valía la pena este exceso de reflexión? Decidió cerrar el caso Mendaille.

—Es preferible olvidar los propios fracasos —pensó Lupin, antes de que le invadiera el sopor. No obstante, un rumor de palabras procedentes de la antecámara no tardó en arrancarle de su somnolencia. Llamó enseguida a Achille.

—¿Quién es?

—El señor Jacques Doudeville.

—Dile que entre.

—El señor me había encargado que…

—Sí, animal. No quiero ver a nadie. Pero Doudeville no es un cualquiera…

—¡Ah! Bien, señor.

Achille introdujo a Jacques Doudeville y los dos hombres se estrecharon la mano con calor.

—¿Cómo está tu hermano?

—Te manda saludos.

—Eres muy amable por venir tan pronto.

Lupin le indicó un sillón al policía. Recordaba todos los servicios que antaño le habían prestado los hermanos Doudeville. Su abnegación, su fidelidad a toda prueba, le habían ayudado a salir de muchos atolladeros. Lupin les había considerado siempre como sus lugartenientes más seguros; por eso, se las había arreglado para que ingresaran en la Prefectura de policía.

—¿Qué es lo que más te interesa del caso Mendaille? —dijo Doudeville.

—Nada, todavía. Supongamos que sea mera curiosidad. Ya me conocéis los dos. No tolero la inacción.

Señaló los periódicos esparcidos.

—Por eso te he llamado —prosiguió—. Imagino cosas, eso es todo… Sobre todo, ante la obligación de quedarme en casa. Por suerte, voy mejorando. A ver, cuéntame. Procura no olvidarte de nada.

—Ya conoces los hechos si has leído la prensa. El subjefe Weber se encarga de llevar el caso.

—¡Ah! El pobre Weber. ¿Sigue siendo tan duro de pelar? Habrá días que os las hará pasar canutas. Naturalmente, ya habéis interrogado a la señora

Mendaille, ¿no?

—Sí, cuando regresó de Valmondois; va a ese pueblo con frecuencia para ver a su hijo, Sylvestre, un crío de cinco años.

—¿Por qué no vive en París, con sus padres?

—Es un niño muy frágil, al parecer, y el aire del campo le sienta bien.

—¿Y qué impresión te ha producido Béatrice Mendaille?

—Si no haces más que interrumpirme… —protestó Doudeville, sonriendo.

—Bueno, bueno. Ya me callo.

—No hemos sacado nada en claro de su interrogatorio. Cree que Mendaille no tiene enemigos, aunque ha reconocido que su marido anda a veces con tapujos.

—¿Alguna amante?

—Tanto como eso, no. La señora Mendaille se lo hubiera olido. Lo que ocurre es que a Mendaille le gusta el juego. Indagaremos esta cuestión, a ver qué pasa. Weber piensa que se trata de un robo sin importancia que salió mal. No era difícil enterarse de que la señora Mendaille se ausentaba por la noche y que su marido solía volver de madrugada. Eventualmente, sin criada, una casa sin defensa… qué tentación para los ladrones.

—¿Eran varios?

—No lo sabemos. De momento, no hemos encontrado huella alguna a excepción, por supuesto, de los rastros que dejó la batalla del despacho. El visitante —si es que no fueron varios— ignoraba que aquella noche Mendaille renunciaría a salir. La señora Mendaille nos ha dicho que su marido padecía a menudo jaquecas muy violentas. Eso fue lo que debió de ocurrir… La cuestión es que se despertó y que, pese a los riesgos que corría, no dudó en avisar a la policía por teléfono… Oímos el ruido de pelea a través del auricular… Estamos casi seguros de que el ladrón no se llevó nada. En este aspecto, la declaración de la señora Mendaille es tajante.

—¿Y él?… Háblame de su herida. Es lo más importante.

—Se libró por los pelos. Recibió una bala de pequeño calibre que casi le acierta. Un poco más a la izquierda y le perforaba el corazón. Por suerte, la bala tropezó con una costilla y fue a alojarse en el omoplato. Perdió mucha sangre, pero no era grave. Y además, lo trasladaron enseguida a una clínica que está muy cerca de su casa, en la calle La Rochefoucauld. Ahí lo atienden de maravilla.

—¿Aún no habéis podido interrogarle?

—Sí. Esta mañana, solamente.

—¿Por qué?

—Órdenes del cirujano. Por muy robusto que sea Mendaille, acusó bastante el golpe. Y además, el cloroformo le dejó la mente hecha un lío. Ni siquiera se acordaba de haber telefoneado a comisaría, ni de haberse peleado. Dice incoherencias. En varias ocasiones, ha repetido: «La carta… La carta… Ha cumplido su palabra…».

Lupin se inclinó con viveza hacia delante.

—¿Estás seguro de que ha dicho: «La carta… La carta… Ha cumplido su palabra»…?

—Sí.

—¿Y cómo ha reaccionado Weber?

—Hombre, se ha quedado muy intrigado. Ha intentado averiguar de qué carta se trataba. ¿Una carta de amenazas? ¿La conservaba Mendaille? ¿Y quién era el que había cumplido su palabra? Pero no hubo modo de arrancarle una palabra a Mendaille. Y como Weber quiere saber a qué atenerse, ha decidido efectuar un registro en toda regla y mañana irá a casa de Mendaille. Bien pudiera ser que esa carta aportara algún indicio.

—Tenme al corriente —dijo Lupin, pensativo.

Recordaba el archivo, sobre la mesa, junto al cenicero, con algunas cartas dentro. ¿Pero cómo se le iba a ocurrir examinarlas?

—¿La señora Mendaille asistía al interrogatorio?

—No. Ya se había ido de la clínica; sólo estábamos Weber y yo.

—¿Le habéis referido las palabras de su marido?

—Sí. Pero no entiende lo que éste quería decir. Mendaille se cuidó muy mucho de hacer comentarios a su mujer sobre la carta… si es que existe dicha carta.

—¿Le preguntasteis a la señora Mendaille si no había observado nada extraño en la actitud de su marido, durante los días anteriores al drama?

—Evidentemente. Weber no será un lince pero conoce el oficio. Mendaille se portaba como de costumbre… es decir, por lo que he podido entender, mantenía su carácter huraño y cerrado. No parece que la señora Mendaille sea una casada muy feliz. ¡Vaya tipo! Si quieres que te diga lo que pienso, se trata de un suceso trivial. Si Mendaille no se moviera por las altas esferas, Weber no se lo tomaría tan a pecho. Pero, claro, casado con quién está, pertenece a la aristocracia del champaña… y esa gente tiene relaciones influyentes.

—Después de cuatro años de guerra —comentó Lupin—, no ha de quedar gran cosa de los viñedos.

—Persiste el nombre, sin embargo. Verzy-Montcornet es tan célebre como Moët et Chandon, por ejemplo.

—¡Oh, ya sé! —dijo Lupin—. Hasta creo que…

Llamó a Achille.

—¿No nos quedan aún dos o tres botellas de Verzy-Montcornet en la reserva?

—Voy a mirarlo, señor. Pero… ¿después del oporto?

—No te preocupes y prepara una bandeja.

Se volvió hacia Doudeville.

—Noto que estás sobre ascuas. Voy a tranquilizarte enseguida. Si me interesa Mendaille no es porque haya gato encerrado. No. Lo que ocurre es que en estos momentos ando algo ocioso. También a mí me han licenciado… Por eso, cuando me entero de que hay por ahí algún misterio, abro el ojo.

Reapareció Achille, con una botella de dorado gollete y unas copas.

—Te toca a ti, Jacques —dijo Lupin—. Abre la botella y no me mojes la alfombra.

Con mil precauciones, el policía descorchó el champaña y llenó los vasos.

—A tu salud —exclamó Lupin—. Siento que no esté aquí tu hermano… ¡Vaya, este Verzy-Montcornet puede pasar!

Dejó el vaso, cogió la botella y examinó la etiqueta, que representaba un castillo provisto de torrecillas. Meneó la cabeza.

—Qué listo fue Mendaille al casarse con la hija de la casa.

—La nieta —rectificó Doudeville—. La señora Mendaille perdió muy pronto a sus padres. Vivía con su abuelo. Lo sé porque Weber está preparando un expediente. ¿No te acuerdas? Es el típico hombrecillo meticuloso. No deja nada al azar.

Lupin rememoró la dolorosa expresión del retrato. «Huérfana —pensó—. Y casada con un buitre. ¡Demonios! Cómo la compadezco».

—Cuando esté listo el expediente —dijo—, ¿podrías conseguirme una copia?

—Lo intentaré. Y, en todo caso, te lo resumiré de memoria.

—Perfecto. Bueno, pues no te retengo más. ¡Corre a perseguir el Crimen!

—Y tú, cuídate el tobillo.

—¡Espera! Una última pregunta: ¿ya tiene criado nuevo la señora Mendaille?

—No. Aún no. ¿Por qué?

—Por nada. Mera ocurrencia.

Cuando se fue Doudeville, Lupin se sirvió un poco más de champaña y se sumió en una de esas meditaciones que, con frecuencia, le llevaban a sus más audaces iniciativas. Mendaille estaba arruinado, esto parecía seguro. ¿Era, no obstante, uno de esos despilfarradores que gastan por placer o para deslumbrar a los amigos? ¿No habría caído acaso en manos de un chantajista? «La carta… Ha cumplido su palabra…». ¿No cabía pensar que esta enigmática frase empezaba a tener un significado concreto en la hipótesis de un chantaje?

Mendaille temía a alguien. Quizá ya había recibido amenazas, pero había preferido callar, mantener ignorante a su mujer, no pedir protección de la policía. Sin duda, su misterioso adversario le había lanzado un aviso: si no pagaba, se presentaría dispuesto a saldar cuentas. Por eso, Mendaille, al oír ruido, no había dudado en bajar, confiando en su fuerza física, y aún hoy, estaba claro que seguía convencido de que el hombre que le había atacado en la oscuridad y le había disparado, no era otro que el autor de la amenazadora carta…

—Eh, tranquilo, amigo —se dijo Lupin—. Que te estás… Que te estás… ¿No se te ha subido un poco el champaña a la cabeza?… ¿Y qué haces con el billete de cincuenta francos?… Pues en fin, también desempeña un papel… ¿Y quién sabe? A lo mejor es un papel esencial… Pero lo que importa es esa condenada carta… Si pudiera meterle mano…

Añadió en voz alta:

—Muy sencillo. ¡Lo que debo hacer es volver a esa casa!

La idea le gustó de golpe, por el mero hecho de suponer una locura. ¡Sí, pardiez! Tenía que anticiparse al registro, descubrir la carta, leerla antes que Weber. El subjefe sólo se fijaría en el contenido, porque no tenía muchas luces. Lupin, en cambio, sabía que la escritura, la forma de la letra, la clase del papel y mil otros detalles le proporcionarían unas pistas que escaparían a la atención de la policía. Y por otra parte, había algo más: convenía devolver el billete de banco a su sitio. Por muy idéntico que fuera a cualquier otro billete de cincuenta francos, conservaba no obstante su propia originalidad a causa de su número de serie. Quizá Mendaille utilizara dicho número como referencia, como procedimiento mnemotécnico para acordarse de algo importante. ¿Sería acaso la clave de un código? Tan pronto como volviera a casa, Mendaille no dejaría de comprobar si el billete seguía en su escondrijo. Resultaba de capital importancia lograr aplacar cualquier sospecha.

—¡Ah, Béatrice! —suspiró Lupin—. ¡Si no tuvieras esa cara tan triste, te juro que me quedaría muy tranquilo en mi casa!

Bernardin regresó al atardecer.

—Dile que no me hace falta —gritó Lupin—. Ya le he visto actuar una vez. Fue suficiente.

Achille, que sabía hacer de todo, se pasó un buen rato dándole masajes en el tobillo, aunque sin apretar. Poseía, herencia de un remoto antepasado con fama de ensalmador, un ungüento milagroso que sanaba toda clase de esguinces y accidentes musculares. Lupin se sintió aliviado.

—Si el señor consiente en acostarse, ahora, afirmo que mañana el señor podrá comenzar a andar.

—Muy bien, doctor.

Sin embargo, poco después de las diez de la noche, Lupin cogía un coche en la plaza Vendôme y se hacía llevar a la plaza de la Trinité. Escrutó de lejos la mansión de los Mendaille. Tenía los postigos echados. La casa parecía dormida. «Normal —pensó Lupin—. La infeliz estará agotada por tantas emociones. En estos momentos, se hallará amodorrada por algún somnífero. Puedo ir tranquilo».

Se acercó a la puerta, cojeando. No había querido cargar con el estorbo de un bastón y ahora lo lamentaba. A pesar de los cuidados de Achille, le dolía el tobillo. La puerta se abrió sin dificultad. Tras encender una linterna de bolsillo con pilas nuevas, se fue orientando. Llevaba unos zapatos con fundas de goma que no hacían ningún ruido. Enfocó brevemente la pared del salón para ver a Béatrice. Apareció el retrato. Los ojos angustiados de la joven parecieron mirar fijamente a Lupin, que por un momento se detuvo.

—Soy un amigo —murmuró—. No te asustes. Conmigo, no tienes nada que temer.

Retrocedió, entró en el despacho. Una gran cortina disimulaba la ventana y la habitación se hallaba sumida en una total oscuridad. Paseó el foco de su lámpara y lo detuvo ante la mesa. Había desaparecido todo rastro de la pelea. El archivo ocupaba su sitio junto al teléfono, al lado de un cenicero nuevo, señal sin duda de que el otro se habría roto.

Con mucho cuidado, Lupin sacó el cajón que ocultaba la arquilla, apretó el resorte. El billete de cincuenta francos seguía allí. Lo cogió y lo sustituyó por el que tanto parecía preferir Mendaille. Y ahora, el archivo. Cerró cajón y arquilla y se sentó en un sillón. Ya se disponía a estirar el brazo para apoderarse de las cartas que sobresalían del archivo cuando percibió un leve chasquido, procedente del vestíbulo. Apagó la linterna y en dos zancadas se escondió detrás de la gruesa cortina que cubría la ventana. Con todo el cuerpo en tensión, escuchó.

¿Sería la señora Mendaille, alertada por algún ruido? No obstante, sabía que había entrado en la casa como si fuera una sombra. Oyó una especie de roce, junto al acceso de la habitación, y de repente la luz de una linterna circuló por toda la extensión de la cortina, como una luna ligera, y siguió adelante. Lupin comprendió que alguien acababa de introducirse en la casa y que sin duda se aprestaba a registrar el despacho. Experimentó de entrada una satisfacción intensa. O sea que había acertado. No le había engañado su olfato. Existía un caso Mendaille. Y, una vez más. Lupin se encontraba en el centro del misterio.

Al instante, sin embargo, su gozo se trocó en inquietud, pues no se sentía capaz de luchar, con ese tobillo que habría de traicionarle si se veía obligado a intervenir. El desconocido se movía con cautela, aunque el imperceptible rumor de la ropa delataba sus andares circunspectos. Se había detenido ahora ante la mesa del despacho. El resplandor de la linterna se petrificó, pero la cortina era demasiado gruesa. Lupin sólo distinguía un vago fulgor y no se atrevía a asomarse para echar un vistazo. Así transcurrió un minuto larguísimo. No parecía que el hombre se moviera. ¿Qué podía estar haciendo? Lupin, que no tenía más remedio que sostenerse en su pierna mala, se preguntó si lograría aguantar mucho rato en esta misma postura.

Al fin, no pudo contenerse. Cansancio y curiosidad se impusieron a la prudencia. Entre la ventana y la cortina, se abría un pequeño hueco por el que podía colarse una persona, a condición de que fuera enjuta. Lupin irguió el cuerpo, encogió los hombros y, con más cuidado que si se moviera por la cornisa de un sexto piso, se fue desplazando centímetro a centímetro hasta alcanzar el espacio en donde colgaban los cordones de la corredera. Ahí, entre el último pliegue del cortinaje y la pared, había un intersticio que facilitaba la visión. Lupin miró y lo que vio le llenó de estupor.

El desconocido no era más que una silueta confusa, pero la linterna, colocada sobre la mesa, iluminaba de lleno el cajón abierto. Iluminaba asimismo unas manos con guantes negros que hurgaban el escondrijo hasta retirar el billete. «Es lo que te figurabas —pensó Lupin—. Si te esfuerzas, no tienes un pelo de tonto. El billete es la clave de todo. Pero ¿por qué se lo guarda? ¿Por qué no lo reemplaza por otro, como hice yo?».

De pronto, se iluminó el lustro del vestíbulo, crujió la escalera: bajaba alguien. El hombre apagó su linterna, y la cortina se agitó con violencia a menos de un metro de Lupin. El ladrón se había abalanzado hacia el único escondite que tenía visible y, ahora, los dos hombres, casi pegados, esperaban, conteniendo la respiración. Apareció la señora Mendaille en el

umbral del despacho, llevaba bata y sus pies descalzos lucían zapatillas. Sostenía un libro. Encendió la lámpara del techo y, sin recelo, se acercó a la biblioteca. Se había atenuado la penumbra detrás de la cortina. El ladrón, cohibido sin duda por la inesperada presencia de Lupin, se había convertido en estatua. Lupin le observaba de reojo, pero sólo distinguía una especie de sombra chinesca, cuyo rostro destacaba como una pálida mancha. Reinaba un silencio absoluto.

La señora Mendaille había abierto la biblioteca y guardado el libro en uno de los estantes. Eligió otro. «Anda, vete a dormir, suplicaba Lupin para sus adentros. ¡No te das cuenta de que va a ocurrir una desgracia!». No parecía tener la mujer prisa alguna, hojeaba sin ganas una novela, sofocaba un bostezo. El desconocido hizo un gesto con el brazo. «¡Como se mueva, me le echo encima!», se prometió Lupin.

Así pasaron varios minutos. La señora Mendaille se había apoyado en el respaldo del sillón, frente a la mesa. Se llevó una mano a la cara, hastiada, y murmuró: ¡Dios mío! ¡Dios mío!

«Qué enternecedora está —pensó Lupin sin perderla de vista—. La angustia no la deja dormir». Le asaltó la tentación repentina de embestir al desconocido que permanecía quieto, a su lado, de golpearlo, arrastrarlo hasta Béatrice y decirle a la joven: «Ésta es la repugnante alimaña que la está amenazando. ¡Entreguémoslo a la policía y ya no tendrá nada que temer!». Sus puños se crisparon. No obstante, sabía que el resultado de una pelea, entablada a ciegas entre los pliegues de un cortinaje, era más que dudoso. Se contuvo.

La señora Mendaille depositó el libro sobre un ángulo de la mesa y, dirigiéndose de nuevo a los estantes, sacó un gran álbum con tapas de felpa. Lo asió bajo el brazo y abandonó el despacho, tras apagar la luz. No anduvo mucho, sin embargo. Entró en el salón, dejando la puerta abierta, encendió una lámpara y se arrellanó en una butaca muy lindante al umbral, tan lindante que quien cruzara el vestíbulo pasaría muy cerca de sus espaldas.

No podía prolongarse tal situación sin volverse crítica. Lupin había perdido la noción del tiempo. Pinchazos cada vez más dolorosos le recorrían el tobillo. La señora Mendaille retiró del álbum una gran fotografía, la observó largo rato, luego la apoyó contra su pecho y cerró los ojos. Lupin notó, a proximidad, como una sutil bocanada de aire. Torció el cuerpo, como un boxeador que quiere rehuir el golpe. Pero, casi al instante, supo que su adversario había desaparecido. Tendió el brazo, no obtuvo más hallazgo que el vacío. Apartó el borde de la cortina y descubrió la silueta del visitante

misterioso, junto a la puerta. Vigilaba a la señora Mendaille, como una fiera que acecha a su presa. No obstante, Lupin comprendió que no albergaba ninguna intención agresiva; al contrario, esperaba el momento propicio para escapar sin ser visto. La luz procedente del salón le alumbraba en oblicuo. Tenía el cabello pelirrojo y cortado al cepillo. Tiraba a bajito, con un hombro más alto que otro, y sus brazos de longitud excesiva le daban un cierto aspecto simiesco. Lupin no le había visto jamás pero intuyó que algún día, fatalmente, se encontrarían cara a cara, y entonces…

Sin duda, era hombre ágil y decidido. Su reciente maniobra, en las mismas barbas de Lupin, demostraba de sobras hasta qué punto podía resultar peligroso pues, si en estos momentos la señora Mendaille hubiese tenido la ocurrencia de guardar el álbum, hubiera descubierto al pelirrojo y éste no hubiese dudado en golpearla por sorpresa para luego huir antes que le persiguiera el inesperado enemigo con quien se había tropezado detrás de la cortina.

La señora Mendaille, no obstante, había reclinado la nuca en el respaldo del sillón. Seguía con los ojos cerrados, meditaba; soñaba. Lupin no había asistido en toda su vida a una escena tan extraña: dos hombres con afán de pelea y atentos al menor suspiro de una mujer joven y hermosa que ignora el peligro, convencida de que está sola y absorta sin duda en sus recuerdos.

El tiempo corría. Poco a poco el álbum se fue deslizando por las piernas de Béatrice. Cayó al fin, y la alfombra amortiguó el golpe. Béatrice no se enteró. Se había dormido. El pelirrojo entonces se irguió, miró hacia la cortina para convencerse de que seguía disfrutando de una ventaja sobre su adversario. La luz arrancó de sus ojos un destello cruel. Cruzó el umbral y, en tres zancadas, se perdió de vista.

Lupin abandonó su escondite al instante y se acercó al sitio que antes ocupara el hombre. La puerta de entrada, tras cerrarse con mil precauciones, expelió por todo el vestíbulo una bocanada de aire fresco y la señora Mendaille se agitó. Abrió los ojos, observó el contorno algo aturdida, se ciñó blandamente la bata que se había entreabierto.

Fue un simple segundo que duró una eternidad. Proyectando toda su voluntad como si fuera un fluido. Lupin presionó a la mujer para que se durmiera otra vez, suplicándole que le dejara pasar. Cansancio… o sugestión, la cabeza de Béatrice se desplomó sobre el respaldo. La mano que sostenía la fotografía se dobló como el tallo de una flor que se marchita. La foto se escurrió de sus dedos. Voló de través hasta aterrizar en el umbral.

Lupin sólo tuvo que inclinarse levemente para contemplarla a sus anchas. Representaba a un niño, vestido de marinero, tocada la cabeza de un lepanto que llevaba una ufana inscripción en letras doradas: *El Vengador*. El niño sujetaba un aro y miraba al objetivo con una tristeza angustiosa.

Su hijo, pensó Lupin. ¡Cómo se le parece! ¡Pero qué les habrá hecho este Mendaille para que pongan una cara tan afligida! Te juro, niño, que voy a enterarme. Pero como no quiero asustar a tu mamá, ves, me voy de puntillas. ¡Chitón! De hoy en adelante, ¡yo seré el Vengador!

Media hora después, Lupin se reintegraba a su casa y se desplomaba en su tumbona. De su tobillo hinchado le llegaba el sordo latir de la sangre. Se sentía agotado y sabía que iba a pasar la noche en blanco.

III
CÓMO PASÓ LA TARDE LA SEÑORA MENDAILLE

Al día siguiente, cuando Jacques Doudeville se presentó para hacer su informe, encontró a Lupin tumbado con aspecto juicioso y leyendo el periódico. La agresión que había sufrido Mendaille sólo había merecido una breve reseña; la prensa hablaba sobre todo de las reparaciones, de la agitación en Alemania y de la reconstrucción de las regiones liberadas.

—¿Qué? —preguntó Lupin—. ¿Me traes alguna novedad?

—Poca cosa, me parece. Pero ¿cómo tienes el tobillo?

—Mejor.

Lupin sonreía. Se sentía de un humor excelente. Gracias a su complexión de hierro y a los enérgicos cuidados de Achille, no se le había agravado el esguince, por más que lo hubiera forzado la noche anterior. La hinchazón incluso había disminuido.

—Corre, cuéntame.

Doudeville acercó un sillón a la tumbona, se sentó y empezó:

—Resulta que esta mañana…

—Al grano, al grano —exclamó Lupin—. No me interesan todos estos circunloquios previos. Fuiste a casa de Mendaille. Bueno. ¿Y luego qué? ¿Echaste mano a la carta?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—En el archivo.

—¿Y de qué modo? ¿Entre otros papeles o dentro de un sobre?

—No había sobre.

—¡Da igual! Háblame del contenido.

—Suponiendo que a eso se le pueda llamar contenido. Sólo había una frase. «*Tú serás el primero en diñarla*».

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿La escritura?

—Mayúsculas imitando caracteres de imprenta. Trazadas a lápiz, sin mucho esmero, como si su autor tuviera prisa.

—¿Qué piensa Weber?

—De momento, nada.

—¿Y tú?

—Nada tampoco. Es una vulgar carta de amenaza.

—No tan vulgar. A fin de cuentas, augura la muerte de Mendaille.

—A lo mejor se trata de un loco.

Lupin se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que se os ocurre, cuando no entendéis de qué va… ¡Un loco!

Recordaba al pelirrojo, emboscado junto a la puerta del despacho.

—Pues yo te digo que el que escribió esta carta tenía sus motivos. ¿Qué papel utilizó?

—Corriente.

—O sea que no habéis descubierto nada.

—No.

—¡Y pensar que estamos pagando impuestos para tener una policía! Estoy seguro, me oyes, estoy seguro de que no habéis sabido interrogar a ese pedazo de papel.

—Era un simple pedazo de papel —protestó Doudeville—. Algo arrugado, quizá…

Lupin le asió de la muñeca.

—¿Arrugado? ¿De qué modo? Explícate ya, repámpanos.

—No es que estuviera exactamente arrugado —dijo Doudeville, que se había puesto a reflexionar—. Presentaba pliegues regulares, como en forma de rombos.

Lupin se levantó, empujó al policía hacia su escritorio.

—¿Puedes reconstituirme el diseño?… Toma una hoja.

—¿Pero adónde quieres ir a parar? El autor de la carta se limitó a doblarla varias veces, y basta.

—En tal caso, los pliegues formarían líneas paralelas, o cruces, no rombos.

—Sí… Quizá tengas razón.

—Tengo razón —afirmó Lupin—. Anda, prueba.

Doudeville trazó torpemente varias figuras geométricas. Inclinado sobre su hombro, Lupin seguía el dibujo con apasionado interés.

—Cuatro cuadrados —murmuró—. En cada cuadrado, dos diagonales que se cortan por la mitad… ¡Espera! Creo que ya caigo.

Y de pronto, se echó a reír.

—Qué absurdo, hombre… Mira cuál es el resultado.

Y apoderándose de otra hoja, la dobló rápidamente hasta formar un barquito.

—Ahora —prosiguió—, desdoblo el papel… y obtengo exactamente los pliegues que acabas de dibujar… ¿Ves? Cuatro cuadrados y ocho diagonales, o, si lo prefieres, cuatro rombos grandes y cuatro semirrombos. ¿O sea que esta famosa carta de amenaza llegó en forma de barquito de papel?

Se reía ahora hasta perder aliento.

—No —jadeó—, ¡no!… Es demasiado grotesco. ¡Aquí la laguna Estigia y aquí la barca fúnebre! «Tú serás el primero en diñarla». ¡Está claro, no! ¡Se ruega a los viajeros con destino al infierno que se den prisa, que el barco está a punto de salir! ¡Ah, qué divertido! ¡Pero, oye, artista, estás seguro de que no te equivocas con tus rombos! ¿No se tratará, acaso, de una muñeca de papel, o de una cazuela, o de una gorra de guardia? ¡Ah! ¡Una gorra de guardia, qué hallazgo! No me hagas reír así, Doudeville, que me duele… Disculpa. No, no me estoy burlando de ti. Pero confiesa que…

Se sentó en el borde de la mesa para dar descanso al tobillo.

—No he cometido ningún error —dijo Doudeville, ofendido.

—De acuerdo. En resumen, le han mandado un barquito a Mendaille. ¿Y eso qué demuestra? Que el autor de la carta cogió el primer papel que le vino a mano, y que alguien ya había doblado el papel… La hipótesis no ce sostiene.

—¿Y si fuera el propio Mendaille? —objetó Doudeville—. Lee la carta y, mientras se rompe los sesos intentando averiguar quién la ha mandado, construye mecánicamente un barquito… Después, con ganas de volver a leerla, la desdobla y acaba guardándola en su archivo.

—¡Hum! ¿Cuándo le veréis de nuevo?

—Mañana, a primera hora de la tarde.

—Procura interrogarle sobre estos pliegues, a ver si sabemos a qué atenernos. Pero, una de dos: o ha sido el que mandó la carta el que se entretuvo en darle esa forma de barquito, y en tal caso quitaba importancia al contenido, de modo que el destinatario no se lo podía tomar en serio. O bien es el mismo Mendaille que desprecia la advertencia y que, por pura bravata, la

ha reducido al estado de barquichuela. Pero entonces, ¿por qué la desdobló y la guardó en el archivo? Ambas probabilidades son desconcertantes.

Lupin se paseó por la habitación, despacio, con las manos en los bolsillos, y luego regresó junto a Doudeville.

—En fin, mejor así —dijo—. La verdad es que el caso me interesa. Esto de escribir por medio de barquitos de papel es, al menos, una novedad, una provocación, casi obsesiva. ¿No te parece?

Se echó en la tumbona, cruzando las manos bajo la nuca.

—¿Y qué más habéis descubierto?

—Facturas. Muchas facturas. Los Mendaille están llenos de deudas.

—¡Ya me lo figuraba! Detrás de todo esto, se esconde un chantajista.

Lupin meditó un instante, luego dictó órdenes.

—Veámonos, mañana, en ese pequeño café que está casi delante de la clínica. No creo que Weber te haga trabajar en domingo; tienes derecho a descansar. Me contarás las últimas noticias.

—Pero… ¿y tu tobillo?

—Es buen chico. No me puede negar nada… Ahora vete, y gracias.

Tras despedir al policía, Lupin intentó reunir los pedazos del rompecabezas. Tenía, de un lado, a Mendaille, sus deudas y la carta misteriosa; del otro, al pelirrojo que se había introducido en la casa para robar un determinado billete de cincuenta francos. ¿Cómo relacionar entre sí unos hechos tan dispares? Y no obstante, lo lógico es que existiera una relación forzosa. Lupin estaba demasiado acostumbrado a descifrar enigmas para dudarlo. Achille llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Bernardin desea hablar con el señor.

—Bueno, pues que hable.

—Pero querría hablar «de viva voz», y ya me entiende el señor… No detrás de la puerta.

Lupin sonrió.

—Demasiado pronto —gritó—. Aún estoy enfadado. Que vuelva el lunes.

Se sumió de nuevo en su meditación. Había un punto que le intrigaba muy en particular. ¿Qué sabría exactamente la señora Mendaille? Por muchas discrepancias que hubiera entre los esposos, Béatrice compartía a fin de cuentas la vida de su marido, conocía más o menos sus amistades… A ella sí que tendría que haberla interrogado. Weber, sin embargo, se contentaría con hacerle las preguntas de rigor. «Qué forma de perder el tiempo —pensó Lupin —. Pero no puedo intervenir, no puedo ir a verla y preguntarle abiertamente

qué es lo que anda mal en su matrimonio. Me echaría a la calle, y con razón. ¡Y pensar que acaso es ella la que posee la clave del misterio!».

Al día siguiente, al mediodía, roído por la impaciencia, se dirigió al pequeño café donde había quedado citado con Doudeville. Desde sus cristales, podía distinguir la casa de los Mendaille y, unos cien metros más arriba, la clínica. Como no quería parecer ridículo con el bastón, cuyo sostén le era imprescindible, había adoptado el aspecto de un pequeño rentista aquejado de reuma y, como si claudicara, se sentó junto a una de las ventanas. No tardó en aparecer la señora Mendaille. Llevaba un abrigo largo y oscuro, y un velo; sus manos se ocultaban en un manguito de piel.

—Cáspita —pensó Lupin—. Vestirse así para cubrir un recorrido tan breve; ¡cómo se nota que pertenece a la alta burguesía!…

Poco después, Weber y Doudeville bajaron de un coche de la Prefectura.

—El bueno de Weber —sonrió Lupin—. Ha engordado, pero conserva su dinamismo. El sombrero abollado, los pantalones ajados y con cara de ir a tragárselo todo. ¡Ah! ¡Qué tiempos aquéllos!

Comió un bocadillo, encargó otro. Consultaba el reloj cada cinco minutos. ¡Pero qué están haciendo, leñe!, pensó. ¡Más que un interrogatorio, parece una confesión!

Al cabo de tres largos cuartos de hora, Weber y Doudeville salieron al fin de la clínica y se detuvieron ante el coche.

—Y ahora, de palique —gruñó Lupin—. Y las cortesías. «¿Quieres que te deje en algún sitio?». «Gracias, jefe. Prefiero andar un rato». «¿De verdad?». Sin cumplidos, jefe… ¡Ah! ¡Ya era hora de que se decidieran!

Los dos hombres se estaban estrechando la mano. Weber se subía al automóvil. Doudeville, amablemente, le cerraba la portezuela y contemplaba cómo se alejaba el coche. Luego, apretando el paso, se encaminaba al café.

—Por fin —le dijo Lupin—. ¡Qué charlatanes que llegáis a ser!… Siéntate. Te recomiendo los bocadillos.

Y tras haberlos pedido:

—Ahora, procura no olvidarte de nada. En principio, ¿cómo está?

—¿Mendaille?… Mucho mejor. No tardará en volver a casa.

—¿Y ella?

—Cansada. Inquieta. Parece más afectada que él.

—¿Cómo se tratan?

—Sin tapujos. Ella reacciona como una mujer que ha temblado por su marido. La hemos dejado junto a la cabecera. Lo que hayan podido decirse después de habernos ido, ya es otro asunto.

—¿La carta?

—En esto, puedes jactarte de la sorpresa que me has dado. Tenías razón de punta a punta. Weber se la ha enseñado. Mendaille no ha pestañeado. Ha reconocido que se la habían mandado hará unos diez días. Le llegó en forma de barquito metido dentro de un sobre. Arrojó el sobre. Ha cogido la carta y, delante de Weber que no daba crédito a lo que veía, le ha devuelto su forma primitiva. «Creí que era una broma —ha dicho—. Hasta estuve a punto de echarla a la papelera. No sé por qué la guardé».

—¿Le ha preguntado Weber por qué no había puesto a su mujer al corriente?

—Sí, desde luego. Ha contestado que era para no asustarla.

—¿Y cómo ha reaccionado ella? Hombre, que parece que haya que tirarte de la lengua, ¡carajo! Ella asistía al interrogatorio. ¿No ha dicho nada?

—Sí. Ha dicho que no entendía lo ocurrido; pero que ahora, cuando cae la noche, se muere de miedo. Ha añadido incluso que si su marido tuviera que pasarse mucho tiempo en la clínica, iría a instalarse a un hotel.

—Pues sí que estamos apañados —suspiró Lupin—. O sea que no sabemos nada nuevo.

—Mendaille pretende que no conoce a ningún enemigo.

—¡Naturalmente! Y Weber se lo traga. De hecho, ¿qué idea tiene Weber del caso, exactamente?

Doudeville abrió los brazos con gesto evasivo.

—De momento, cree que el que envió el barquito ha sido consecuente y que se introdujo en casa de Mendaille para cumplir su venganza. Pero ¿vengarse de qué? Mendaille afirma que lo ignora. El jefe y yo tuvimos la sensación de que no mentía. Es evidente que no esperaba que lo atacasen.

—¿Ha dado alguna descripción de su agresor?

—No; no vio nada. A partir de la agresión, se le confunden los recuerdos. Estaba llamando por teléfono; el otro se le echó encima, en una oscuridad total. Pelearon, y luego el otro disparó… Te veo decepcionado, patrón.

Doudeville acababa de llamarle «patrón», como antaño. Lupin le dio en la mano unos golpecitos de afecto.

—Un poco —confesó—. Por supuesto, no habéis tratado la cuestión de las deudas.

—Era delicado, en presencia de la señora Mendaille. Pero Weber se propone insistir cuando Mendaille se haya restablecido definitivamente. Ya te he contado todo lo que sabía. Ahora, si me permites, voy a ver a mi hermano.

Se alejó, seguido por la mirada de Lupin. El bueno de Doudeville, cuya fidelidad jamás se echaba en falta. Cuya perspicacia, en cambio… Y es que Doudeville no había advertido el único aspecto verdaderamente importante de la cuestión. Y Weber tampoco. «Serás el primero en diñarla». ¿Por qué el *primero*? Como si Mendaille se hallara en cabeza de una serie. Como si hubiera que liquidarlo a él primero. ¿A qué siniestro pasado aludía la carta? ¿En qué misteriosos acontecimientos se había visto implicado Mendaille? Convendría informarse sobre sus antecedentes.

Lupin, distraído, observaba el espectáculo de la calle. Y de pronto, se sobresaltó. Esa silueta, ese abrigo largo, ese manguito… La señora Mendaille acababa de salir de la clínica. No había prolongado mucho su visita. ¡Pardiez!, pensó Lupin, ya hace tiempo que no tienen nada que decirse… ¿Pero cómo? ¿No vuelve a su casa?

En efecto, la señora Mendaille se alejaba por la calle de Aumale y luego cogía la calle Taitbout. Lupin se decidió enseguida, echó unas monedas sobre la mesa y salió. No era cosa que le disgustara seguir a una mujer bonita, sobre todo si se trataba de Béatrice. Pero ¿adónde irá?, se preguntó.

La señora Mendaille bajaba ahora hacia los Grandes Bulevares. Andaba más aprisa y a Lupin le costaba mantener el ritmo. ¿Irá a casa de algunos amigos?, pensó. ¿Y por qué no va a tener también ella una vida privada?

De súbito, una horrible sospecha cruzó por su mente: ¿y si se tratara de un amante? Rechazó la idea, indignado. «¡Ella no! No es su estilo. Declaro, qué digo, decido que es una mujer decente. ¿No es cierto, Béatrice, que eres una mujer decente? ¿Que eres incapaz de andarte con tapujos? ¡Si tuvieras un lío, no te atreverías a mirar a tu hijo a los ojos!…».

Había mucha gente en los Bulevares, una multitud alegre, liberada del fantasma de la guerra. Aún se veían uniformes y, por desgracia, abundaban los mutilados. La señora Mendaille se deslizaba por entre el gentío. Lupin la seguía a trompicones. La vio cruzar la calle de Marivaux hasta llegar ante la Opéra Comique. Allí, la mujer tuvo una breve vacilación y se volvió, como una persona que desconfía.

—Vaya —se dijo Lupin—, no irá a…

La señora Mendaille, sin embargo, subía las gradas del teatro, sacándose del manguito un monedero de donde extrajo una entrada. Lupin, que ya se hallaba a sus espaldas, la observaba cada vez más desconcertado.

—¡Cómo! Su marido aún no ha salido de la clínica y… Estoy soñando. Lleva una entrada. O sea que esta mañana ya sabía… perdón, ayer, o incluso quizá antes, que vendría aquí. Conclusión: chico, has metido la pata. Tiene

una cita. No altera sus planes, ni que le destripen al marido. ¡Ah, Béatrice, cómo me defraudas!

Sonaba ya el timbre que anunciaba el comienzo del espectáculo. Lupin se apresuró a pasar por taquilla, consiguió una primera fila de anfiteatro, en el lateral, posición que le permitiría abarcar la mayor parte de la sala. Ardía en deseos de enterarse.

—¡Qué imprudencia! —se repetía—. ¡Qué imprudencia! Si Weber la hubiese mandado seguir, ¿qué ideas, qué sospechas no crecerían en su ánimo? Señora, ¿cómo no se le ha ocurrido pensarlo?

Ocupó rápidamente su sitio, sin pasar por el guardarropa, examinó veloz las butacas de platea y no la descubrió. Sólo divisaba una multitud de rostros anónimos. Del foso surgía la discreta cacofonía de los músicos que afinaban sus instrumentos.

«No está ahí abajo —meditó Lupin—, no puede correr el riesgo de encontrarse con alguien que la conozca, sobre todo si va acompañada». El director se situó ante su atril, una salva de aplausos le saludó. Alzó la batuta y, a los primeros compases, Lupin pisó un terreno conocido. Representaban *El barbero de Sevilla*. ¿Tenía la señora Mendaille alguna razón especial para oír *El barbero*? Muy al contrario, el desenfado de esta música sólo podía herir sus actuales sentimientos. Lupin aún recordaba el tono desesperado de su voz, al oírla murmurar: «¡Dios mío! ¡Dios mío!» delante de la biblioteca. No. Seguramente no estaba allí para distraerse.

La claridad que procedía de la escena era lo bastante Intensa como para que Lupin comenzara a distinguir muy claramente los rostros de los espectadores que ocupaban los palcos frente a él. Sus miradas iban de uno a otro. Al fin se detuvieron en una silueta que le parecía familiar, situada al fondo de un palco del primer piso. Forzó tanto la vista que los ojos se le llenaron de lágrimas. Cerró los párpados un instante concediéndose una tregua, luego los volvió a abrir y comprobó que no se había equivocado. Sin embargo, sólo la rodeaban mujeres, dos en primera fila y otra, un poco más adelante, a su derecha. Experimentó una inmensa sensación de alivio.

¡Querida Béatrice! Lupin se hubiese sentido traicionado si hubiese descubierto que… De inmediato, sus pensamientos tomaron otro rumbo. La presencia de la señora Mendaille en este lugar se oponía a toda lógica. ¿Se limitaba a escuchar? Cabizbaja, parecía sumida en una sombría meditación.

Fígaro recibió nutridos aplausos. La señora Mendaille seguía sin moverse. Lupin se esforzaba en dilucidar los motivos capaces de conseguir que una mujer infeliz y acaso amenazada, menguada de dinero y privada de su hijo,

viniera a refugiarse en un teatro. Sin duda, algún motivo habría, por fuerza, pero, a pesar de su ingenio, de sus dotes intuitivas y de su experiencia, no acertaba a definirlo y se irritaba. Le cogían ganas de gritar a los cantantes: «¡Más bajo, canastos! ¡No veis que me molestáis y que está ocurriendo ante vosotros algo mucho más importante que vuestros amoríos!».

Béatrice se incorporó de golpe y, discretamente, se deslizó hacia la puerta. «Si crees, bonita, que te me vas a escapar», murmuró Lupin; y, abandonando rápidamente su asiento, no sin suscitar vivas protestas en torno suyo, salió al pasillo. Fue una suerte que no tuviera que pasar por el guardarropa; aun así, la desventaja del tobillo, que le dolía de nuevo, le hizo perder terreno y, cuando llegó a la acera, la señora Mendaille ya doblaba la esquina de la calle Favart.

—Entiendo —se dijo Lupin—. Ha venido a la Opéra Comique por matar una hora de tiempo, en espera de dirigirse a alguna cita. Mira si es fácil. El teatro resulta más apropiado y más discreto que una cafetería.

La señora Mendaille había alcanzado los Grandes Bulevares. Quieta al borde de la acera, buscaba un taxi. Por uno de esos milagros de la suerte, no era taxis lo que faltaba y Lupin pescó uno casi al mismo tiempo que ella.

—¡Siga a esa señora —le dijo al chófer—, y hágame el favor de no sonreírse!

Ambos vehículos cruzaron la plaza de la République y se desviaron por el bulevar Voltaire. Lupin se preguntaba hacia dónde se dirigiría la señora Mendaille, tan lejos de su casa. A medida que aumentaba la distancia, perdía consistencia la hipótesis de una cita. Un hombre galante jamás hubiera impuesto semejante recorrido a su conquista. Pero entonces, ¿qué?

El primer taxi se detuvo ante una floristería, cuya puerta se abrió ante la señora Mendaille. «Esta vez, ya lo tengo —pensó Lupin—. Va a hacer una visita, simplemente. Sin embargo, la heredera de los champañas Verzy-Montcornet no debe mantener muchas relaciones en este barrio, que digamos…».

Ya salía la señora Mendaille, llevando un magnífico ramo de violetas de Parma. Continuó la persecución. El taxi se metió por la calle de la Roquette. ¿Irá a la cárcel?, bromeó Lupin, que empezaba a divertirse con el trayecto. Pero no. Los dos vehículos dejaron atrás la célebre prisión, y al fin el taxi de la señora Mendaille aparcó en la esquina del Bulevar de Ménilmontant.

—¡Déjeme aquí mismo! No siga —ordenó Lupin.

—¡Oh! Ya sé de qué va —comentó el chófer con aire avisado.

—Imbécil —masculló Lupin.

La señora Mendaille cruzó el bulevar y entró en el cementerio del Père-Lachaise, «No me parece mal que quiera ensimismarse delante de una tumba —gruñó Lupin—, pero mira que hacerlo después de oír música de Rossini. No pega ni con cola. Y además, pensándolo bien, ya llevaba la entrada. Es decir, sabía de antemano que se iba a pasar una hora en el teatro antes de venir aquí. En tal caso, sólo imagino una solución. Se trata de una peregrinación. ¿Será que antaño escuchaba *El barbero de Sevilla* junto a un ser querido que luego feneció? Sí, no está mal pensado, y dentro de poco me enteraré del nombre de su favorito. ¡Ahora entiendo su tristeza!».

La señora Mendaille había abandonado el sendero principal para torcer a la derecha y seguir por una vereda que se iba empinando poco a poco, describiendo una curva, hasta llegar a una amplia glorieta dominada por el majestuoso monumento dedicado a Casimir Périer. Continuó luego, siempre a la derecha, por otro camino, la *avenida de las Acacias*, según indicaba un rótulo, recorrió aún unos cien metros y subió unas escaleras que, en la misma falda de la colina, llevaban a una senda angosta que serpenteaba entre un bosquecillo. Otro rótulo indicaba: *Camino de las Cabras*. Se imponía de repente la impresión de estar en el campo. Lupin descansó unos segundos.

Un sol frío de finales de invierno caía sobre el horizonte, alargando las sombras. Manifiestamente, éste era uno de los rincones más antiguos del Père-Lachaise. Ya haría tiempo que no se usaba para enterrar a nadie. Entonces, ¿qué diablos venía a hacer aquí Béatrice?… Lupin no había experimentado nunca tanta curiosidad como ahora.

La señora Mendaille le llevaba una cierta ventaja. Dejó atrás una encrucijada y de pronto se detuvo ante un gran monumento, de cúspide triangular y piedra ya cubierta de moho. Lupin, que se había escondido tras la esquina de una capilla, no le quitaba la vista de encima. La señora Mendaille estaba aflojando el cordel que mantenía demasiado prietos los tallos, ahuecaba un poco las flores y las depositaba con cuidado en el borde del sepulcro. Luego, se retiró el velo. Apareció su rostro, cuyas facciones se petrificaban en una profunda meditación.

Pensaba en el ausente, en el amor de otros tiempos. Al menos, ésta parecía la hipótesis más plausible. Lupin, no obstante, dio un paso atrás. Acababa de surgir una sombra en la grava del sendero. Había alguien que también espiaba a Béatrice. El espía se ocultaba detrás de una columna quebrada. Sólo se le veía un hombro, y su sombra se extendía claramente por el suelo. Se había acercado sin ruido, ¿con qué intención? El lugar estaba desierto y se prestaba a una agresión. Lupin se preparó por si debía intervenir.

La señora Mendaille volvió a cubrirse con el velo, se ciñó el abrigo y emprendió el regreso. El que la vigilaba abandonó de inmediato su escondite y Lupin sofocó una exclamación. Era el pelirrojo, el hombre que se había apoderado del billete de cincuenta francos, en el despacho de Mendaille… El hombre de la cortina… ¿Desde cuánto tiempo andaba al acecho de la pobre mujer? ¿Sabía ella que la seguían? ¿Ése era el motivo de que hubiera salido con tanta prisa de la Opéra Comique? ¿Esperaba mantener en secreto su visita al cementerio?

No cabía duda de que la verdad se hallaba allí mismo, a pocos metros. Lupin dejó que la señora Mendaille y el pelirrojo se alejaran un trecho. No le costaría recuperar su pista y se propuso vigilar estrechamente al desconocido. De todos modos, primero tenía que saber, saber el nombre que se inscribía en el sepulcro.

Casi corrió hasta llegar al monumento, sin preocuparse de los dolores que le torturaban el tobillo, y leyó:

Sepulcro del mariscal…

El manojo de violetas enmascaraba el nombre. Se inclinó, lo cogió al vuelo y murmuró estupefacto:

—¡Davout!… ¡El mariscal Davout!… ¡Está completamente chiflada!

No tuvo tiempo de seguir pensando. Recibió un golpe tan violento en la nuca que se desplomó, desmayándose y arrastrando el ramo en su caída.

IV
«LOS HERRERILLOS»

Plantado delante del triple espejo del lavabo, Lupin, en bata, se acariciaba el chichón que le adornaba el occipucio. No se había andado con chiquitas su agresor y sin embargo también hubiera podido atizarle con más fuerza, golpear a fin de herirle gravemente. No obstante, se había limitado a aturdirle como si sólo quisiera… ¿quisiera qué?

Lupin meneó despacio la cabeza en todas direcciones. Dolía un poco, pero no era el primer chirlo que recibía. Sí, ¿cuáles habían sido las intenciones del misterioso agresor? ¿Darle simplemente una advertencia o impedir que siguiera con su vigilancia? ¿Había sido el pelirrojo, que había vuelto sobre sus pasos mientras Lupin descifraba la inscripción grabada en el monumento? Sin embargo, Lupin sospechaba que el pelirrojo no era hombre que controlara sus golpes. Era un bruto. ¿Había que imaginar entonces la existencia de un segundo personaje? ¿Cabía suponer que mientras el pelirrojo acechaba a Béatrice, Lupin era objeto a su vez de las miras de otra persona? En ningún momento se le había ocurrido vigilar su retaguardia; por consiguiente, no podía desdeñar esta hipótesis.

La cuestión era que el caso Mendaille se complicaba cada vez más. Una carta de amenazas en forma de barquichuela… Un ladrón que se introducía en la casa para apoderarse de un billete de cincuenta francos… Una pobre mujer que pasaba una hora en la Opéra Comique antes de correr al Père-Lachaise para cubrir de flores la tumba del mariscal Davout… «¡Ay, mi cabeza! —gimió Lupin—. ¡Para el carro! Me doy por vencido. Teniendo en cuenta, además, que todo este jaleo sólo me ha servido para cosechar mamporros. ¡A este paso, no tardarán en mandarme al hospital!».

Este soliloquio, no obstante, no le impedía sacar una peluca de grises cabellos que se ajustó con cuidado. Se adornó luego el labio superior mediante uno de esos bigotitos que empezaban a estar de moda, llamados «bigotes a lo Charlot». Eligió de su vestuario un traje marrón, una corbata y

un abrigo algo usado. Desdeñó el bombín en favor de un fieltro y se examinó ante el espejo de su dormitorio. Tenía un aspecto anodino… de dependiente, de viajante de comercio… Cojeando todavía un poco, pasó al comedor donde le esperaba el desayuno.

—¡No saldrá otra vez el señor! —exclamó Achille.

—Error —y añadió para sus adentros, con una pizca de ironía—: Nunca me sentí tan en forma. ¡Como si dijéramos, más fuerte que un roble!

—¿No se queda el señor a leer los periódicos?

—No tengo tiempo. Estoy citado con una dama.

—Algún día, ya verá el señor cómo le pesca el marido.

—No sería la primera vez, Achille. ¡Ah! Cuando veas a Bernardin, dile que ya no está en cuarentena. Lo más seguro es que no tarde en necesitarle.

Desayunó a toda prisa, consultó el reloj: «Las nueve menos diez. La señora Mendaille no saldrá a la compra antes de las nueve y media, o de las diez. ¡Perfecto!». Y salió, andando a un ritmo que poco a poco recobraba su elasticidad.

En la partida que estaba dispuesto a jugar, sólo contaba con una baza: Béatrice Mendaille. Conque no tenía opción. No le quedaba más remedio que seguir vigilándola, aunque redoblando sus precauciones. Le obsesionaba el episodio de las violetas en la tumba del mariscal Davout. Le hacía el efecto de una provocación. Su vida aventurera le había llevado a resolver muchos enigmas, pero sabía que se trataba de enigmas coherentes. Ese ramo de violetas, en cambio… ¿Estaría Béatrice en sus cabales? Si su matrimonio se había destrozado, ¿no se debería acaso a la circunstancia de hallarse algo aquejada de trastornos mentales? ¿No sería Mendaille un infeliz que sólo se entregaba al juego para olvidar lo demás?… ¡Todo ello no era óbice, sin embargo, para que le enviaran barquitos de papel, fenómeno tan delirante como el manojo de violetas!

Cuando Lupin llegó a la mansión de los Mendaille, vio a un hombre ya mayor, con chaleco a rayas, que se hallaba ante la puerta de servicio conversando con la chica que traía el pan. Así pues, ya había llegado el criado nuevo. Era una noticia fastidiosa, pues significaba que la señora Mendaille se quedaría en casa para ponerle al corriente, y Lupin no estaba dispuesto a pasarse horas de plantón como un vulgar inspector de policía. Entró en el pequeño café donde, la víspera, había esperado a Doudeville, se instaló en la barra y pidió un café. El patrón, plantado ante la ventana, liaba un cigarrillo.

—Mira —le dijo a su mujer—. Han contratado a un criado nuevo. ¡Me gustaría saber cómo le van a pagar!

Cogió a Lupin por testigo.

—¡Hay gente que bueno! Siempre con ringorrangos. Se creen de mucho postín y arrastran facturas por todo el barrio.

—Vaya —dijo Lupin, poniendo cara de interés.

—¿No lee usted la prensa? —prosiguió el patrón—. Mendaille… La otra noche le atacaron en su casa… ¡Qué mal informado andaba el ladrón!

«¡Ah, Bernardin! —pensó Lupin—, este mastuerzo me está humillando por tu culpa. ¡Ya me la pagarás!».

—Fíjese que no es la primera vez que roban en el barrio —insistió el dueño del local—. Desde que se acabó la guerra, hay cantidad de gente sin trabajo… gente que ha llevado una vida violenta durante mucho tiempo, así que no hay que extrañarse. El gobierno…

—Disculpe —dijo Lupin.

Acababa de divisar a la señora Mendaille que se preparaba para salir. La veía en el umbral, incierta ante el cielo encapotado; vio luego que se volvía para hablar con alguien, sin duda el criado, pues le tendían un paraguas, y al fin la señora Mendaille se alejó con su andar de pasitos rápidos que ahora Lupin ya conocía más que de sobras. Lupin echó una moneda sobre el mostrador.

—Me paso todo el día hablando —dijo—, pero los negocios no esperan…

Dedicó a la pareja una sonrisa muy comercial y, desde la puerta, oteó la calle. No, no había nadie al acecho de la señora Mendaille. Sin dejar de vigilar las inmediaciones, la fue siguiendo hasta tenerla muy cerca. No tardó en adquirir la certeza de que tanto Béatrice como él mismo estaban a salvo en cualquier emboscada. Llegaron a la iglesia de la Trinité, la señora Mendaille entró.

—¡Pardiez! —monologó Lupin—. Después del teatro y del cementerio, el templo. Dentro de poco, tocarán los Inválidos y el Arco de Triunfo. ¿Por qué no?

Entró a su vez en la iglesia. Béatrice se había arrodillado y rezaba. Un tupido velo ocultaba sus rasgos. Lupin no la hubiera reconocido si no la hubiera visto cuando salía de casa. Se sentó junto a un pilar, escrutando las idas y venidas de los fieles. Nadie se acercaba a la señora Mendaille. Ésta, después de una breve meditación, se alzó, fue a comprar un cirio y lo hincó en un rastro, entre varios cirios más, tras encenderlo.

¿En quién pensaba? ¿En su marido? ¿En su hijo? ¿O en el mariscal Davout? Lupin se censuró. Hacía mal en burlarse. La pobre mujer era demasiado infeliz para no inspirar compasión. Apareció un monaguillo,

seguido de un sacerdote. Iba a empezar una misa. La señora Mendaille, sin embargo, se retiraba. No había venido para asistir a la ceremonia. ¡Qué raro! Se santiguó y salió al atrio, después dobló por la calle Saint-Lazare, siempre con prisas y como si la acuciara el miedo de llegar tarde a una cita.

En un santiamén, se plantó delante de la estación, subió sus gradas y se dirigió a una taquilla encargada de despachar billetes para las afueras. Lupin la oyó pedir un billete de ida y vuelta para Mantes-Gassicourt, y de inmediato pidió otro igual. ¿Qué iría a hacer a Mantes? Se instaló en un compartimento vecino, cada vez más intrigado por su extraña persecución. Si Mendaille ya era un personaje misterioso, ¿qué decir de su mujer? Lupin se absorbió tanto en sus reflexiones que a punto estuvo de dejar pasar la estación. Se precipitó hacia el andén y, aliviado, descubrió a Béatrice.

Parecía muy enterada de la población, pues se metió sin vacilar por una calle interminable, llena de árboles y casi desierta. «Esperemos que no se vuelva», pensó Lupin. Béatrice, sin embargo, proseguía su caminó, ajena a cuanto la rodeaba. Por fin aparecieron algunas tiendas. Béatrice entró en una pastelería y poco después salió, sosteniendo con cuidado un paquete atado por una cinta azul. «Esta vez —se dijo Lupin— sí que hay gato encerrado. ¿Con quién piensa comerse el pastel?».

Y se reanudó la vigilancia. La señora Mendaille dobló varias esquinas, cogió al fin una callejuela que se abría entre tapias, tras las cuales sobresalían ramas aún desnudas, y se detuvo ante una verja. Tiró de un cordón, resonó lejano el tintineo de una campanilla. Lupin, que se había parado, se escondió en un hueco, pues Béatrice, sin querer, hubiese podido mirar hacia atrás. Cuando Lupin se arriesgó a sacar la cabeza, la mujer ya había entrado.

Se acercó a la verja, confiando en distinguir el jardín y la casa. Pero la verja se hallaba cegada. A su derecha, se inscribía el nombre del chalet en letras metálicas: *Los Herrerillos*. Siguió andando, hasta alcanzar la esquina de la tapia. Descubrió entonces, en el lado del recinto que daba al Sena, otra puerta que tenía el umbral invadido de hierbajos.

Volvió atrás, perplejo. Lo mejor sería preguntar en una tienda. La pastelería serviría para el caso. Se extravió un poco pero al fin la encontró, y no le disgustó la oportunidad de comer unos *brioche*. Como era el único cliente, le fue fácil entablar conversación con la chica que servía.

—Perdone —dijo—, represento a la compañía de seguros La Unión. Después de estos cuatro años de guerra, ya sabe usted lo que ocurre: hay mucha gente que no está al corriente de sus pólizas. Algunos han desaparecido. Otros cambiaron de domicilio.

Se sacó un carnet del bolsillo, meneando la cabeza con expresión de fastidio.

—Tengo en mi lista el chalet *Los Herrerillos*…

—¡Ah, sí! —dijo la chica—. Es propiedad de la señorita Isabelle Montcornet… o mejor dicho, Verzy-Montcornet… Lo abreviamos. Como tiene un nombre tan complicado… Pobre mujer. No la vemos casi nunca.

La cajera intervino, autoritaria.

—La señorita Isabelle no es la propietaria, es sólo una inquilina. Se instaló en *Los Herrerillos* hace un año, cuando la Gran Berta bombardeaba París. ¿Se acuerda? Hubo muchos parisienses que vinieron a instalarse en las afueras.

—¡Ah! ¡Ya me acuerdo! —murmuró Lupin, cortésmente.

—No sólo la vemos poco, sino que además casi no habla —prosiguió la chica—. ¡Seguro que ha sufrido tantas calamidades! Eso sí, vive con dignidad, en su rincón, como una viuda. Hoy, hay tantas mujeres que están solas.

La cajera corrigió:

—Que no está sola, Fernande. Tiene a su hermana…

Se dirigió a Lupin:

—Mire, precisamente estaba aquí no hará ni media hora. Es una tradición; cada lunes, antes de ir a comer a Las Herrerillos, compra un «saint-honoré». Si va usted ahora, las encontrará a las dos.

—Pues muchas gracias. Ahora mismo voy.

Empezaba a complicarse la situación. Que la señora Mendaille tuviera una hermana, no era cosa que le importara mucho a Lupin. Pero había confiado en la oportunidad de acercarse a Béatrice. No se le ocurría ningún plan concreto. Sabía únicamente que había llegado el momento de acabar con tanto misterio. No obstante, era imposible detener a Béatrice en plena calle, o presentarse en su casa. ¿Telefonearla? Avisaría a Weber. ¿Escribirle? Más arriesgado todavía. Si la hubiese sabido sola en *Los Herrerillos*, no hubiese desaprovechado la ocasión. ¡Pero, córcholis, estaba la tal Isabelle!

Lupin, mientras reflexionaba, se dirigió de nuevo al chalet. Sólo necesitaba una casualidad, y nadie más hábil que él para transformar las casualidades en oportunidades.

Caminaba ya por la calle que llevaba a *Los Herrerillos* cuando se le adelantó el cartero. Como no quería dar la impresión de que merodeaba, circunstancia que hubiese llamado la atención, hojeó su libretita y se detuvo poco después, dejando que el cartero cobrase cierta ventaja. Éste se había

puesto a hurgar la correspondencia hasta sacar una carta, cambió entonces de acera y se dirigió al chalet. Lupin, sin abandonar su aspecto abstraído, le siguió. Vio que el cartero deslizaba el sobre por una rendija y que agitaba el cordón de la campanilla para avisar a Isabelle Montcornet de que había correo, luego dobló la esquina.

Casi enseguida, Lupin oyó los pasos de Isabelle que pisaban la grava de un sendero. Se detuvo al otro lado de la verja. Lupin se hallaba tan cerca que le adivinaba todos los movimientos. Chirrió el buzón al cerrarse… Ruido de sobre rasgado con excitación… Breve silencio… Exclamación de sorpresa… Isabelle se volvía corriendo a la casa.

¡Demonios! ¿Qué noticia acababa de recibir? Al instante, Lupin encontró el pretexto que en vano había estado buscando hasta ahora. Ni hablar, por supuesto, de presentarse como agente de seguros. No le serviría de nada, aparte de que lo más probable es que lo pusieran de patitas en la calle. En cambio, nada más fácil que aparecer como inspector de policía. Nada más verosímil, además.

En pocos segundos, su mente trazó el plan. Ya se veía dentro… «Me manda el subjefe Weber. Señorita, ¿sabía usted que su cuñado había recibido una carta de amenazas?… No, usted, señora Mendaille, déjela hablar… Su cuñado podía haberla puesto al corriente. A veces, es más fácil hacer confidencias a un pariente cercano que a la esposa…».

Llamó discretamente. Seguro que no podía fallar. Ninguna de las dos hermanas le pediría que justificara su condición de policía. Además, si Weber hubiera interrogado a Isabelle, Doudeville no hubiese dejado de indicárselo. No, la policía no se ocupaba para nada de Isabelle. Sin duda, hasta ignoraba su existencia.

Nadie venía a abrir. Llamó más fuerte. De pregunta en pregunta, acabaría obteniendo algún dato importante… Pero bueno, ¿iban a dejar que se pudriera delante de la puerta?… Nuevo campanillas, muy violento. Aún esperó un buen rato hasta que se convenció. Pardiez, si no daban señales de vida, es que se habían ido. ¿Por dónde?… Por la otra puerta. Se había olvidado de la otra puerta, la que daba al Sena. Corrió. Sin duda, desde ese lado habría algún atajo que llevara antes a París. Esto suponía, en tal caso, que tendrían mucha prisa. ¿Por qué? Por la carta…

Las ideas se le atropellaban en la mente, casi febriles. Algo acababa de ocurrir, casi ante sus propios ojos, un grave acontecimiento quizá, ¡y él sin darse cuenta! Ahora ya no podía intervenir. Aun suponiendo que alcanzara a las dos hermanas, ¿qué podría decirles? En el interior de la casa, hubiese sido

el más fuerte. En la calle, perdía todo su poder. ¿Cuál sería la índole del contenido de la carta para provocar una salida tan precipitada de las dos mujeres? A lo mejor lo averiguaba si registraba el chalet. Hay gente que, con las prisas o por enojo, estruja una carta portadora de malas noticias, la tira…

Introdujo en la cerradura una ganzúa que enseguida resultó eficaz. La puerta se abrió. Cruzó un jardín descuidado, sumido incluso en un cierto abandono. La casa no pasaba de ser un simple pabellón de fácil acceso. Lo primero que vio, a través del vidrio de la cocina, fue el saint-honoré; el paquete seguía intacto. Del vestíbulo, pasó al comedor y al salón. El mobiliario era vetusto y dispar. Seguro que procedía; de alguna sala de subastas. Con toda evidencia, el chalet sólo era una vivienda de paso. Lupin recordó las palabras de la chica de la pastelería: «No la vemos casi nunca». Isabelle vendría aquí sólo de cuando en cuando. En una estantería, había varios objetos sin valor y muchas fotografías. La primera representaba a un niño, probablemente el hijo de Béatrice. La segunda era el retrato de un anciano de rostro majestuoso, cuyas blancas barbas se abrían en abanico. Sin duda, el abuelo Montcornet. En la tercera, se veía a una pareja aún joven, subidos a mi tándem; él, muy ufano, delante, sosteniendo el manillar con negligencia; ella, tocada de un «canotier» y vestida de ciclista, con faldas muy ahuecadas. Lupin miró el dorso de la foto. Llevaba una fecha: 20 de junio de 1904. Algo, en el rostro del hombre, recordaba los rasgos de Béatrice. Se trataba probablemente de su padre. Y la otra persona sería su madre.

Quedaban tres fotografías pequeñas, unos chicos, esta vez, de veinte a veinticinco años… Cabello corto, barbas y bigote. Mirada avispada; un aire vagamente Montcornet. ¿Serían primos? Probablemente. Al dorso figuraban unos nombres: *Félicien, Mathias, Raphaël*… Quizá conviniera interrogarlos a todos, o al menos informarse sobre ellos. Trabajo para los Doudeville.

Lupin visitó rápidamente el primer piso: dos habitaciones y un cuarto de baño. Unas pocas sábanas y toallas en los armarios. Estufas que llevaban mucho tiempo apagadas. La casa era fría y húmeda. «Hay que estar neurasténico para vivir aquí», se dijo.

Bajó, entró mecánicamente en la cocina y lanzó una exclamación de júbilo. Sobre, la mesa, oculta por el saint-honoré, estaba la carta. En sus prisas, las dos hermanas la habían olvidado.

Sonriente de gozo; Lupin examinó primero el sobre. Llevaba matasellos de Le Mans. La dirección estaba escrita con rasgos amplios y decididos. Bajo la fecha, el remitente había indicado, su nombre:

Comandante médico Félicien Dorchain
Hospital Saint André
Le Mans (Sarthe).

Lupin comenzó a leer muy despacio, para no olvidarse de nada.

Querida prima,

sé que te vas a extrañar mucho cuando recibas estas líneas. «¡Cómo —pensarás— se atreve a escribirme!». Pues sí me atrevo a escribirte porque creo que, después de las horribles vicisitudes que acabamos de sufrir, nuestras querellas ya no tienen razón de ser. Querellas, por otra parte, que pertenecían a nuestros padres. Hemos padecido las consecuencias con un poco de cobardía. No hubiésemos debido compartir sus rencores. Pero no quiero insistir sobre el pasado. Digamos que los yerros eran recíprocos y no hablemos más.

Me he enterado por la prensa de lo sucedido al pobre Xavier, y hoy mismo le mando una carta a Béatrice para expresarle mis sentimientos. No obstante, prefiero escribirte a ti porque sé que eres más comprensiva. Sé que contigo se pueden arreglar las cosas y que me harás de intérprete cuando hables con tu hermana. Un buen intérprete, supongo. Más necesario es aún que hagamos las paces por cuanto nos vamos a encontrar todos en Fontainebleau, el 3 de abril, en casa del notario Bérangeon, para abrir el testamento. Me ha comunicado el notario que ya se había establecido oficialmente la defunción de vuestro abuelo. Pero como también es nuestro tío abuelo, la sucesión Verzy-Montcornet (acuérdate del mal carácter del viejo) amenaza con suscitar muchas dificultades. Sólo podrán allanarse si, de entrada, terminamos de una vez con nuestras absurdas disensiones. Mis hermanos opinan igual que yo. Por este lado, no tienes nada que temer. Pero quizá te preguntes, querida Isabelle, qué ha sido de nosotros.

¿Cuántos años llevamos sin vernos, unos y otros? ¿Siete años, ocho años?… Han ocurrido acontecimientos tan terribles, desde entonces, que he perdido la noción del tiempo. Es como si hubiésemos jugado juntos durante una vida anterior. Pues bien, Mathias ha salido casi indemne de toda esta tragedia. Le afectaron un poco los gases y ha recobrado su cargo en Impuestos, aunque lo han destinado a Le Mans, en espera de algo mejor. Yo mismo, tras recorrer diversas

unidades, me he visto afectado a un servicio quirúrgico de la región de Troyes. He concluido la guerra totalmente agotado, y asqueado por tanto derramamiento de sangre. No sé cuándo podré volver a Reims. Entretanto, he conseguido que me trasladaran a Le Mans. No han de tardar en licenciarme.

¿Por qué Mathias y yo hemos hecho lo imposible por reunirnos en Le Mans? Para estar al lado del pobre Raphaël. «Al lado» es una manera de hablar, pues reside en Chartres, pero podernos visitarte con frecuencia Desgraciadamente, sigue en el mismo estado. No podemos decir que esté loco. Tampoco podemos decir que se halle en su sano juicio. El director del sanatorio pretende que ha mejorado muchísimo. Prueba de ello es que le encargan ahora pequeñas tareas, dentro del establecimiento. Ayuda al portero, al jardinero… Va incluso a la ciudad, de compras, pues existe una terrible falta de personal. La administradora, una mujer excelente, le ha conseguido una habitación independiente, y así evita el contacto con los enfermos. Tiene momentos de una lucidez perfecta; recuerda el pasado; lo comenta con mucho tino, como alguien que se ha resignado. Y, de pronto, se le embarullan las ideas; se hunde en un estado de ensimismamiento interno. Resulta espantoso, sobre todo, si nos acordamos de lo brillante que era durante su juventud. Por suerte, las crisis de violencia que caracterizaron los comienzos de su enfermedad ya le han desaparecido del todo desde que lo trasladaron de Paris a Chartres. Es una persona apacible. Nos refleja el camino que debemos seguir, pues se ha olvidado de la discordia acaecida entre nosotros. Nunca deja de pedir noticias vuestras y nosotros improvisamos, cosa que, a la larga, resulta intolerable. Ya va siendo hora de que reanudemos nuestras confiadas relaciones de antaño. Estoy seguro de que si te volviera a ver —ya sabes cuánto te quería —, el impacto de este encuentro le sería provechoso. Por eso espero mucho del día que todos nos reunamos en casa del notario.

Espero, ya ves, que dentro de unos meses Mathias pueda volver a Reims, ciudad en la que yo mismo procuraré crearme una nueva clientela. Si todo va bien, me traeré entonces a Raphaël para que viva conmigo. Pero antes han de licenciarme. Por eso, acudiré mañana al Ministerio. Cogeré, el tren de las doce treinta y tres. Llegaré a Montparnasse a las tres treinta y nueve. Como no tendré tiempo de darme un salto hasta Mantes, me gustaría mucho que vinieras a

esperarme a la estación. Después de mi visita al Ministerio, espero pasar por casa de los Mendaille, a quienes, como ya te he dicho, también escribo hoy mismo. He conseguido tu dirección gracias al notario Bérangeon, que ha debido esforzarse un poco para localizarte.

Querida Isabelle, ¿he de añadir que me alegra muchísimo la perspectiva de volver a verte? Recuerdo con frecuencia nuestras vacaciones de antaño. ¡Qué vida más despreocupada llevábamos! ¡Qué bien nos entendíamos! ¡Qué asilo de ensueño era entonces el castillo! ¿Qué ha sido de él? Probablemente lo habrán bombardeado y destruido. ¡Con el corazón oprimido, durante toda la guerra, he seguido, por medio de un mapa, el desarrollo de las operaciones! Nuestro fantástico Verzy-Montcornet figuró siempre en la zona de fuego. Si ha perecido, toda nuestra juventud habrá quedado sepultada bajo sus ruinas.

Hasta pronto, espero. Querida Isabelle, recibe un beso muy afectuoso de

Félicien

P. S. Me olvidaba de darte la dirección de Mathias: calle des Jacobins, 31 — Le Mans.

Lupin dejó la carta. Su aguda mente ya se había puesto a formular un proyecto. Félicien había escrito su carta la víspera. O sea que hoy cogía el tren. Bien. Las dos hermanas, agitadas y conmovidas por la noticia, habían corrido a la estación para regresar a París y recibir a su primo en Montparnasse, tal como él les rogaba. Muy bien. Ir a acechar al viajero, presenciar abrazos, lágrimas y otras efusiones, poca cosa. ¿Vigilar después al trío? No serviría de nada. No. Lo más conveniente era interceptar al médico durante el trayecto, es decir en el tren. Félicien no dejaría de extrañarse cuando viera la aparición de un inspector de policía que le venía al encuentro para interrogarle sobre el matrimonio Mendaille. Pero que se extrañara o no, era igual. Lupin notaba que debía actuar, intervenir antes de que se encontrara con sus primas, y sobre todo antes de que Weber se metiera de por medio, pues cuando el polizonte cayera sobre el médico, no desaprovecharía la ocasión de preguntarle unas cosillas. ¡Menudo zorro estaba hecho, el tal Weber!

Lupin siempre se había dejado guiar por esa prodigiosa intuición que le había valido tantos éxitos. Sabía, en lo más profundo de sí mismo, que él

debía ser el primero a toda costa en entablar una conversación con Félicien Dorchain. Había que aclarar, ante todo, una cuestión: si Raphaël era un enfermo, ¿no cabía ver asimismo en Béatrice, su prima, ciertos indicios de perturbación mental? ¿Se trataba quizá de una tara familiar? ¿Tenían acaso algún antepasado en común que fuera un alcohólico? Aparentemente, no existía ninguna relación con el billete de cincuenta francos ni con la carta amenazadora. Sin embargo, Lupin solía descubrir la verdad a fuerza de hurgar cosas que parecían incompatibles. ¡Y además, empezaba a sentir un vivo interés por esta curiosa familia, víctima de disensiones, por esta Isabelle que vivía tan retirada, por este Raphaël semienloquecido, por esta herencia que se preveía erizada de dificultades!

Consultó el reloj. ¡Zambomba! Félicien ya estaría en el tren. Regresó al salón, examinó atentamente la fotografía. ¡No podía haber cambiado mucho el comandante médico! Sería fácil reconocerlo. Cerró todas las puertas y se encaminó renqueante a la estación, sin ignorar las escasas probabilidades que su tentativa tenía de salir bien.

Y no se equivocaba. Hacía ya media hora que había pasado el expreso de París; así se explicaba la precipitación de las dos hermanas. Estudió el cuadro de salidas. Si esperaba el próximo tren, no llegaría a tiempo de trasladarse luego a la estación Montparnasse. «Francamente, se dijo, no hago más que meterme en líos. ¿Y qué gano con eso? Nada. Absolutamente nada. En el fondo, todo se limita a una mera cuestión de amor propio. ¡Achille tiene razón cuando dice que soy incorregible!».

Salió despacio y de pronto se animó. Había un taxi aparcado, junto al bordillo. El chófer ayudaba a una anciana que bajaba, luego descargaba un baúl, no sin esfuerzo. A lo mejor no estaba todo perdido. Mientras el chófer transportaba el baúl hasta la báscula de Facturación, Lupin calculó los horarios que colgaban de la pared. El expreso procedente de Le Mans llegaba a Rambouillet a las dos cincuenta y cinco. En estos momentos, el reloj marcaba la una y cuarto. Si pudiera alcanzar el expreso, dispondría de unos cuarenta minutos para localizar al médico y hacerle hablar. ¿Pero era posible? ¿Sería el coche lo bastante rápido? Lo examinó, a la espera de que volviera el chófer. Era un *Panhard Levassor*, que ya tendría diez años y con una carrocería de aspecto decrépito. Regresó el taxista.

—¿Está libre?

—Depende. ¿Adónde va?

—A Rambouillet.

—¡Diablos! No pilla aquí al lado.

—Veinte francos de propina si llegamos a las tres menos cuarto… Veinte francos para usted y diez para «éste» —añadió Lupin acariciando el coche.

—¡Suba!

El coche arrancó entre estertores y Lupin no tardó en tener la sensación de que se le escaparía el tren. A las dos menos diez, el taxi cruzaba Versalles.

—¡No llegaremos nunca!

—¡Porras! No puedo ir más aprisa.

—Doblo la prima.

El vehículo aceleró un poco, pasó por Trappes veinte minutos después. Lupin se mantenía reloj en mano. El sudor le empapaba la espalda.

—En Essarts —anunció plácidamente el chófer—, están reparando la carretera. Pero si no pinchamos, llegaremos a tiempo. No se ponga nervioso. Yo, desde Verdún…

Lupin no escuchaba. Le entraban ganas de golpear al taxista, sustituirle al volante y acelerar. El coche traqueteó por una parte de la carretera recién empedrada. Una apisonadora se apartó lentamente. Las dos cuarenta.

—Mire, Le Perray —dijo el chófer—. Ya ve usted que vamos bien.

Rebasaron la aldea a todo gas y el taxi entró en Rambouillet. Las dos cincuenta y tres. Lupin metió el dinero en la mano del chófer aun antes de que el coche se detuviera ante la estación y, a pesar de su cojera, salió disparado.

Las dos cincuenta y cuatro. Cogió un billete de primera, saltó al andén en el mismo momento en que aparecía el expreso al salir de una curva.

—Como nuestro comandante viaja con tarifa reducida —calculó Lupin—, lo más probable es que no vaya en tercera. Tendré que buscarlo por los vagones de segunda o primera.

Era un tren larguísimo. Subió al vagón más cercano y, a través de pasillos y plataformas, se lanzó en pos de Félicien. Dorchain. Había poca gente, y nadie que se pareciera al médico. Acababa de entrar en el vagón de primera, que encabezaba el tren, cuando de repente se detuvo. Ahí estaba Dorchain. Dormía cabizbajo, a solas en su compartimento, con el chaquetón medio abierto. Lupin empujó la puerta corredera y se sentó frente a él.

—Es usted Félicien Dorchain, ¿no?

Se había inclinado, luciendo la más amable de sus sonrisas. La cabeza del Oficial osciló por el vaivén. El chaquetón se abrió más todavía. La guerrera apareció manchada de sangre. De inmediato, Lupin comprendió. Dorchain estaba muerto. De una cuchillada a la altura del corazón, según sugería el leve desgarrón que agujereaba el tejido, entre dos botones del uniforme.

En tales momentos, Lupin sabía conservar una rara y monstruosa sangre fría. Muy sereno, echó un vistazo al pasillo. Nadie. El vagón bailoteaba sobre los rieles de la estación de Trappes. Dentro de un rato, Versalles. No podía perder ni un minuto. Retornó junto al cadáver, lo registró con dedos ágiles de carterista. Había, en la cartera, una carta cuyos geométricos pliegues resultaban inconfundibles. También este infeliz había recibido un barquito de papel. Seguramente lo habría desdoblado, sorprendido, para leer:

Ya te toca diñarla.

Esta vez, el asunto adquiría unos tintes dramáticos. Al igual que Mendaille, el oficial tampoco había hecho ningún caso de la amenaza, pues de lo contrario la hubiera comentado en su carta a Isabelle. Y lo más extraño no era la despreocupada actitud de dos personas que habían despreciado un aviso cuya claridad sin embargo estaba fuera de toda duda. Había en todo ello algo inexplicable. Uno y otro hubieran debido arrojar esas cuartillas ridículas… ¿Habría mentido Mendaille al declarar que no se había tomado la amenaza en serio? A fin de cuentas, se había guardado la carta en el archivo. Y Dorchain había conservado la suya con sumo cuidado en la cartera. Y precisamente, estaba previsto que dentro de unas horas ambos primos se encontraran. ¿Coincidencia?…

Lupin devolvió la carta a la cartera, la cartera al bolsillo, y unió los bordes del chaquetón. Se movía con premura, vigilando lo que pudiera ocurrir a sus espaldas. Pero no aparecía viajero alguno. Cerró la puerta del compartimento y cambió de vagón, mientras el tren ya disminuía su velocidad al llegar a Versalles. La más elemental prudencia le aconsejaba bajar aquí. ¡Lástima! Era una buena ocasión de escrutar, en la estación Montparnasse, a la extraña señorita que cada limes comía con su hermana un saint-honoré.

V
LAS PESQUISAS DE LUPIN

No bien hubo llegado a la estación de Le Mans, Lupin se instaló en el bar para desayunar, al tiempo que leía otra vez los periódicos comprados en Montparnasse. El caso recibía un trato escandaloso. *Un oficial asesinado en el Expreso 412*, titulaba *Le Journal; Le Matin* anunciaba en tres columnas: *El Expreso de la tragedia*, y *Le Petit Parisien* proclamaba: *El sangriento misterio de los barquitos de papel*… Todos los viajeros matutinos que ocupaban el bar mantenían la hoja desplegada, contemplando la fotografía del vagón y la del infortunado Dorchain.

—Le vi igual que ahora a usted —explicaba un camarero de la barra, dirigiéndose al revisor del tren—. Se había sentado ahí, en la segunda mesa. Le serví un café. Cuando pienso que una hora después…

No obstante, aunque los titulares resultaran atractivos, el contenido de los artículos dejaba mucho que desear. La policía actuaba con discreción. Sin embargo, había admitido que existía una relación entre el crimen del tren y la agresión sufrida por Mendaille. Ahora, ya parecía cierto que alguien había intentado asesinar a Mendaille. En ambos casos, se trataba a la fuerza del mismo criminal. Este punto, empero, era el que más intrigaba a Lupin, pues él, al menos, sabía que la herida de Mendaille había sido accidental, como también sabía quién se la había producido… En cierto modo, se había adelantado al asesino. Si éste había acertado con Dorchain, significaba que aún no había atacado a Mendaille. Pero ¿qué conclusiones sacar? ¿No seguía estando Mendaille en peligro?… Lupin dudaba. Tampoco podía entrevistarse con Weber y contarle la verdad. Éste disfrutaría metiéndole en la cárcel. Existía todavía entre ambos una vieja cuenta pendiente que saldar. Por otra parte, sin embargo, guardar silencio podía acarrear quizá una condena a muerte para Mendaille. Además, Lupin había presenciado la actuación de un personaje misterioso cuya existencia ignoraba la policía: el pelirrojo. ¿Tenía derecho a guardar para sí una información de tamaña importancia? Claro está,

siempre le quedaba el recurso de enviar a los periódicos un resumen de los hechos, como hiciera en otros tiempos. Después de todos estos años de guerra, la gente saludaría entusiasmada su regreso. ¡Y qué triunfo si lograba ser el primero en dar la descripción del asesino! Pero la vanidad debía dejar paso a la prudencia. En principio, no estaba seguro de que el pelirrojo fuera el culpable. Y además, tampoco olvidaba la extraña conducta de la señora Mendaille. Intuía confusamente que, detrás de lo que él llamaba el «caso de los primos», se escondían temibles complicaciones. No obstante, lo que más le obsesionaba era el texto de la primera carta. «*Tú serás el primero en diñarla*». Mendaille era el primero de la lista. Dorchain el segundo. ¿Y luego? ¿Mathias? ¿Raphaël? ¿Béatrice? ¿Y hasta Isabelle?… ¿Acaso la amenaza no apuntaba a toda la familia? Por consiguiente, ¿quién más había recibido el fúnebre barquito, pero no lo confesaba? ¿Acaso Mathias?…

Lupin alzó la vista para mirar el reloj. Las ocho y media. Aún era un poco pronto para visitar a Mathias, aunque el tiempo apremiaba; no le interesaba sobre todo que se le anticipara un policía de verdad, pues entonces se vería metido en una situación muy enojosa.

Abandonó los periódicos y salió. Nunca había venido a Le Mans, pero encontró un plano de la ciudad en la plaza de la estación y de inmediato localizó la calle des Jacobins. Fue a pie, para aprovechar las excelencias matutinas que ya despedían un aroma inicial de primavera. Cojeaba un poco todavía, lo cual no fue óbice para que admirara, al pasar por delante, la antigua catedral cuyo célebre presbiterio retuvo su atención durante unos minutos, a pesar de las zozobras que le causaba la situación.

Se presentó luego en casa de Mathias Dorchain.

—Inspector Frapier.

Mathias sostenía aún el periódico abierto y su rostro delataba las huellas de una suprema emoción.

—¿Se acaba de enterar?… —inquirió Lupin.

—Sí. Nadie se ha dignado avisarme… ¡Pobre Félicien!… Morir así… Discúlpeme.

Dio rienda a sus sollozos, sin pensar en decirle al visitante que pasara.

—¿Puede usted dedicarme unos minutos? —preguntó Lupin.

—Sí, claro. Ya se figurará que no voy a ir al despacho en este estado. Entre.

Introdujo a Lupin hasta un comedor vetusto, que olía a encáustico y a cerrado, ofreció una silla.

—Enterarme por la prensa de… de…

No acertaba con las palabras y se sacó del bolsillo un gran pañuelo malva que usó para secarse los ojos sin poder contener el llanto. Se parecía a su hermano, pero en más fino, en más pequeño. Andaba encorvado, peinaba canas y daba la impresión de no saber defenderse ante las asechanzas de la vida.

—Crea que lo siento —murmuró Lupin—. O sea que París aún no le ha avisado oficialmente…

Era evidente, por suerte, que las investigaciones de Weber se hallaban en sus comienzos. El subjefe aún no había tenido tiempo de poner en marcha el pesado engranaje judicial. Pero ¿e Isabelle? ¿Y Béatrice? ¿Por qué no le habían telegrafiado enseguida? ¿Acaso seguían enemistadas con los Dorchain, a pesar de lo que les hubiera escrito Félicien?… Lupin dejó que su interlocutor se fuera recobrando. Cuando vio que por fin Mathias se hallaba en situación de contestarle, le preguntó:

—¿Vive aquí solo?

—Sí. La mujer de hacer faenas no llega hasta las diez… ¿Puedo ofrecerle algo?

—Estoy de servicio —protestó Lupin—. ¡Al grano! Por supuesto, no ha de ocultarnos el más mínimo detalle. Necesitamos conocer toda la verdad, en todo aquello que se refiera a usted y sus primos. Como ya sabe, Xavier Mendaille había recibido una carta de amenazas; su hermano Félicien, también. ¿Y usted?

—Yo, no.

—¿Lo afirma?

—Sí.

—¿Veía con frecuencia a su hermano?

—Casi cada día.

—¿Y no le habló del barquito?

—No… Aunque bien puede ser que lo recibiera ayer, antes de coger el tren. La última vez que nos vimos fue anteayer. Cenamos juntos. Hablamos de su viaje a París… No sé nada de lo que pueda significar esta historia de los barquitos de papel… No tenía secretos para mí. Ni para nadie. ¡Pobre Félicien!

Sufrió otra vez un ataque de llanto.

—Un barco de papel —hipaba—… ¡Y que nos suceda esto a nosotros!

Resultaba conmovedor y algo cómico. Lupin se inclinó y le puso una mano en el hombro.

—Bueno… Bueno… Tranquilícese. O sea que no ha recibido nada.

—Le doy mi palabra.

—¿Tenía enemigos su hermano?

—¡Él!… Pero si era la persona más buena del mundo. ¡Tan amable! ¡Tan abnegado! Sólo pensaba en sus enfermos.

—¿Y usted?

Mathias miró a Lupin, estupefacto.

—¿Enemigos, yo?

Sonrió afligido.

—No irá a pensar que un contribuyente… No, es absurdo.

—Ya sé —dijo Lupin—. Pero un absurdo más o menos, a estas alturas, ya no importa mucho. Mire, le voy a hacer otra pregunta que también le va a sorprender… ¿Está usted emparentado, de cerca o de lejos, con la familia del mariscal Davout?

—¿Cómo?… ¿Bromea, inspector?

—Oh, no. Al contrario, estoy hablando muy en serio. Lo que ocurre es que poseemos ciertas informaciones que… ¡Pero en fin, dejémoslo! O sea que cenó con su hermano. Le pondría al corriente de su gestión en el Ministerio de la Guerra…

—Claro.

—¿Le habló de la carta que mandó a Isabelle?

—Hasta me la leyó…: Bueno, me leyó el borrador.

—¿Y está usted de acuerdo en todo?

—En todo.

—Nos gustaría saber el motivo de esa querella que comentaba su hermano.

—Pero ¿cómo se han enterado?…

—Esto es asunto nuestro —cortó Lupin—. Cuénteme.

—Es una historia tan antigua —habló Dorchain—. Nuestros padres y los de nuestras primas no se entendían. Celos de mujeres. Ya sabe cómo van esas cosas… empiezan con alusiones desagradables y luego poco a poco se van envenenando. Unos y otros dejan de verse. Dejan de escribirse. Acaban por odiarse a muerte, estúpidamente. También entraban cuestiones de dinero. Los padres de nuestras primas llevaban una vida muy holgada. Nosotros, en cambio, estábamos más apretados. Quiso intervenir entonces nuestro tío abuelo Verzy-Montcornet. Mejor hubiera sido que se quedara en casa. ¡Era un águila para los negocios, pero lo que es tacto!… Sin querer, empeoró una situación ya de por sí muy complicada. Y después, perdimos a nuestros padres, tanto unos como otros.

—En esta situación —interrumpió Lupin—, ya nada les impedía volver a ver a sus primas.

—¡No es tan fácil! —dijo Dorchain—. En enero del 14, se celebró la infortunada boda de Béatrice. ¿Quiere que se lo cuente?

—Cuente, cuente… Por favor.

—Bueno, pues escuche. En enero del 14 Béatrice se casó con Xavier Mendaille. Fue una cabezonada. No había nada que nos hiciera prever esa boda. ¡Oh!, desde luego, conocíamos de sobras a Mendaille. Su finca se extendía a muy poca distancia de la de Verzy-Montcornet. O sea que manteníamos relaciones de vecindad. En aquellos tiempos, Béatrice montaba un poco a caballo. Se encontraba con Mendaille en el picadero. Es decir, se veían muy a menudo aunque, precisamente; Béatrice solía burlarse de él. Nos decía que era tosco, brutal, en fin, un patán. Por lo que atañe a nuestro tío abuelo, hacía tiempo que sólo pensaba en una cosa: adquirir las tierras de Mendaille que, según él, estaban mal administradas y producían un vino de inferior calidad, por falta de cuidados. Debo decirle que el viejo no tuvo en su vida más que una pasión: el champaña. ¿Me permite?

Se sacó del bolsillo una petaca y comenzó a liar un cigarrillo.

—Perdone que no entre en detalles… Además, tampoco los conozco mucho. Lo único que sé es que nuestro tío abuelo se las arregló para precipitar la ruina de Mendaille y comprarle sus viñedos a un precio ridículo. Pero entonces; a Béatrice no se le ocurrió nada mejor que casarse con Mendaille. Ya puede usted figurarse qué escándalo.

Dio un lengüetazo al cigarrillo y lo encendió con un mechero de yesca.

—Entonces, nuestro tío abuelo rompió con su nieta. Hubo unas escenas horribles entre él y Béatrice. Lo supe por el pobre Félicien, que de vez en cuando iba al castillo a cuidar del viejo.

—¿Por qué dice usted: el viejo? —preguntó Lupin.

—Se me ha escapado. Pero se lo puedo confesar: no le queríamos mucho. Y con Béatrice se portó de un modo odioso. Hizo todo lo posible para impedir su matrimonio. Al final, la expulsó. No se me ocurre otra palabra. Béatrice se instaló en París, con su marido. La casa que ocupa, fue un regalo de su madre.

—Espere —dijo Lupin—. Hay algo que se me escapa. Si su prima recibió un trato injusto, ¿qué es lo que impedía que ustedes la siguieran viendo?

Dorchain pareció turbarse.

—Es cierto —dijo—. Hubiésemos podido hacerlo. Tal vez fuimos unos cobardes. Pero si hubiésemos tomado partido por Béatrice… ¿Se da cuenta?

—Hubieran provocado el enfado y el resentimiento de su tío abuelo, y no les interesaba disgustarlo… ¿Quizá por cuestiones de herencia?

—No sólo por eso. Está claro que será Isabelle quien reciba la herencia… Aunque… ¡Vaya usted a saber! No, lo que de verdad ocurría es que el viejo nos daba miedo. Le juro que tenía un carácter, el condenado. Cuando estalló la guerra, hubiese podido refugiarse en cualquier sitio, en París, por ejemplo. Pues no. Isabelle vivía con él y el viejo le dijo que se marchara, que quería quedarse solo en el castillo. Recuerdo que… cuando fui a despedirme de él, dos días antes de que me movilizaran… nos separamos en la escalinata y me dijo: «Ya tengo experiencia con los prusianos. Si llegan hasta aquí, que lo dudo, van a ver lo que es bueno». Es la última imagen que conservo de él. La guerra, después, nos dispersó a todos.

—¿E. Isabelle?

—Creo que vivió una temporada en casa de su hermana. Al menos, eso fue lo que se dijo entonces. Pero ignoraba que tuviera una casa en Mantes. Me he enterado por la carta del notario.

Le dio un ataque de tos, interrumpiéndolo.

—No debería fumar —dijo—. En el 17, me intoxicaron los gases. Pero qué más da. ¡Para lo poco bueno que tiene la vida!

—O sea que, durante cuatro años, no le llegaron noticias de su tío abuelo, ¿eh?

—Evidentemente. Ni de todos los que permanecieron al otro lado. Y como estábamos peleados con los Mendaille y con Isabelle… ¡Qué jaleo. Dios mío, qué jaleo!… Fue una suerte que regresara Félicien… aunque por poco tiempo…

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Voy a dejarle —dijo Lupin hipócritamente—. No querría abusar de…

—No —exclamó Dorchain—. No se vaya aún, inspector. Es un consuelo hablar con usted. Voy a sentirme tan solo.

—En tal caso… Cuénteme algo de su otro hermano… Raphaël.

—Ah, esta historia también se las trae. Raphaël es el mayor… Un chico con unas dotes portentosas… El artista de la familia… Notable como pintor… ¡Pobre! En la primavera de 1912 cayó víctima de una depresión tan grave que hubo que encerrarlo. Ahora está mucho mejor, pero cuando se entere de…

—¿Cuál fue el motivo de esta depresión? No le asaltaría sin motivo.

—No. Aun así, conviene que sepa ante todo que Raphaël estaba casado y que tenía una niña… Una niña encantadora… ¿De verdad no quiere tomar nada?… A mí me apetece un poco de alcohol… Lo que le voy a contar es tan

dramático… ¿Se acuerda del naufragio del *Titanic*? Bueno, pues estábamos a bordo.

Lupin, impresionado, murmuró:

—¡Oh! Lo siento. Creo que ya adivino… Dorchain sacó del aparador un vasito y una botella.

—Cuando el destino se ensaña con una familia…

Se sirvió un poquito de aguardiente y lo bebió de un trago.

—No hay más remedio que bajar cabeza —concluyó—. Y fíjese cómo todo encaja. Hacía años que nuestro tío abuelo se encargaba de suministrar el champaña que se servía en los barcos de la Compañía… la Cunard, si no recuerdo mal. Naturalmente, le invitaron a formar parte del primer viaje del *Titanic*. Pero el viejo ya tenía setenta y cinco años. Y además, no le gustaban los viajes. Conque tuvo la funesta idea de ofrecernos el viaje, a todos.

—¿Quiénes eran «todos»?

—Pues todos los primos. Raphaël, su mujer, su hija y nosotros dos, por una parte; y por la otra, Isabelle y Béatrice. Creía que compartir los placeres del crucero serviría para reconciliarnos. Pero Béatrice e Isabelle se negaron, so pretexto de que temían marearse. O sea que embarcamos los cinco. La niña tenía siete años. ¡Si hubiese visto qué contenta se sentía!

—No me cuente el naufragio —dijo Lupin—. No vale la pena que se martirice.

—Aunque quisiera —dijo Dorchain—, no podría hacerlo pues me acuerdo muy mal de todo lo ocurrido. Aún me parece ver a la mujer y la hija de Raphaël delante de un bote de salvamento llena hasta los topes. No obstante, lograron meterlas como fuera. El oficial responsable de la chalupa estaba dispuesto incluso a coger a Raphaël. Nosotros, por prudencia, lo retuvimos. Teníamos sitio en otro bote. El drama se produjo tan aprisa… Piense, inspector, que el único bote de salvamento que volcó al mandarlo al agua… ¡Cuando digo que nadie escapa a su destino! Raphaël vio cómo se ahogaban su mujer y su hija. Quería echarse al mar, perecer con ellas. ¡Pobre! ¡No me extraña que perdiera la razón! ¡Qué pena! ¡Y qué sinsabores! Si le hubiésemos dejado subir a bordo de aquella chalupa, no sé lo que hubiera pasado… También él hubiera fallecido… Pero seguro que se le metió en la cabeza la idea de que hubiese logrado salvarlas… Y entonces, nosotros no hubiésemos sido responsables de nada… No seríamos la causa de esta separación tan espantosa.

—No, hombre, no —dijo Lupin—. No tienen por qué hacerse ningún reproche. ¿Les guardó rencor?

—No… En fin, supongo que no. Cuando nos recogieron, ya se hallaba en plena crisis de demencia.

—¿Y luego?

—No sé. Creo que fue olvidando. No habla nunca de su mujer ni de su hija.

—¿Se ha dado cuenta de estas últimas conmociones?

—Sí, claro. Aunque de manera confusa. No obstante, lee los periódicos… Parece estar al corriente.

—¿Me lo podrían presentar?

—¿Por qué no? Vaya al Asilo Saint-Antoine y allí le dirán dónde encontrarlo. Pero, por favor… No haga ninguna alusión al pasado… No le diga nada tampoco con respecto a Félicien; quizá no está enterado todavía…

—Por descontado —dijo Lupin mientras se incorporaba—. No se extrañe si aparece por aquí uno de mis colegas para interrogarle otra vez. Y tenga paciencia. La justicia acabará teniendo la última palabra, se lo prometo.

Se despidió y consultó el reloj. Tenía tiempo sobrado para almorzar antes de coger el tren que le llevaría a Chartres… de hecho, el mismo tren que Félicien cogiera la víspera… Volvió al centro urbano y entró en un restaurante tranquilo. Necesitaba silencio y soledad para examinar a sus anchas la idea que se le había ocurrido cuando Mathias Dorchain le hablaba del *Titanic*. El transatlántico… Los barquitos de papel… La conexión parecía evidente. El criminal sólo podía ser Raphaël. Los hechos se ordenaban por sí solos. En la mente enferma del infeliz, se había ido desarrollando una idea… Sus hermanos eran los responsables de lo sucedido. Si hubiese podido subir a bordo del bote de salvamento… si se hubiese hallado al lado de su mujer y de su hija… no se hubiera producido el accidente… o en todo caso, hubiese logrado salvarlas a las dos… ¿Cómo vengarse? Había vivido mucho tiempo encerrado en una celda, como un malhechor. A continuación, le habían explicado que acababa de estallar la guerra… ¿qué guerra? ¿Qué quería decir eso de la guerra?… Y lo habían trasladado de sanatorio en sanatorio… De modo que, con paciencia, con ese extraordinario poder de disimulo que tienen ciertos dementes, Raphaël se había esforzado en ganarse la confianza de sus carceleros, y sus intentos se habían visto recompensados. Por fin le habían concedido esa libertad que le resultaba indispensable para la consecución de sus fines. Ahora ya sólo tenía que esperar que volvieran los culpables, pues algún día volverían.

Lupin reconstituía fácilmente las obsesiones del enfermo, seguía casi paso a paso los progresos de su delirio. ¡Pardiez! Las cosas sólo podían haber

ocurrido de esta manera. Y habían regresado los dos hermanos, sonriendo con la mayor hipocresía, seguros de su impunidad. Creían sin duda que el pasado había caído en el olvido. Como si, para Raphaël, existiera algo más que un presente inmenso y vacío, petrificado desde el día que asistiera a la desaparición de sus seres más queridos. Pero en tal caso…

Lupin tropezaba con un obstáculo considerable. ¿Por qué Raphaël había amenazado a Mendaille? Mendaille no se encontraba en el *Titanic*. En 1912, Mendaille ni siquiera se había casado con Béatrice. No era más que un extraño. ¿Sabía Raphaël al menos que su prima se había casado? Sí, claro que lo sabía, pues Félicien y Mathias le visitaban con frecuencia desde hacía varios meses y, creyéndole curado, le habrían dado noticias de todo el mundo… No olvidar que los tres hermanos estaban citados en casa del notario Bérangeon, en Fontainebleau, para la apertura del testamento…

De modo que Raphaël estaba al corriente. Y quizá su odio se extendía hoy a todos, a hermanos, primo, primas… Al fin y al cabo, Béatrice e Isabelle, se las habían arreglado para no participar en el crucero. ¡Qué listas! Pues bien, también ellas pagarían. Y Mendaille el primero, por no haber dudado en aliarse con una familia maldita.

—¿No me estoy yendo un poco por las ramas? —pensó Lupin, mientras comía—. Pues en fin, siempre tiendo a olvidar que la herida de Mendaille fue por culpa mía. En realidad, el criminal, a pesar de su carta de amenazas, no le ha atacado todavía. Qué extraño. En cambio, por lo que se refiere a Félicien, todo se explica fácilmente.

Y, en efecto, los acontecimientos encajaban de la manera más lógica. Raphaël sabía que su hermano tenía la intención de ir a París, pues por fuerza Félicien le había confiado sus proyectos. Sabía qué tren cogería el médico. Como el tren se detenía en Chartres, no había tenido más problema que subir y buscar el compartimento ocupado por su hermano… ¿Qué podía sospechar Félicien? Ni siquiera se había visto venir el golpe. Luego, Raphaël se bajaría a la primera parada y esperaría tan tranquilo la llegada de otro tren que le devolviera a Chartres. Como iba y venía libremente, ¿quién hubiese notado su ausencia?

Quedaba por explicar la conducta de Mendaille y de Félicien, su aparente resignación. Por lo que atañe a Félicien, quizá hubiera recibido el barquito justo en el momento de coger el tren. No había modo de saber cuál había sido su reacción. ¡Pero Mendaille! Enterado del drama del *Titanic*, hubiera debido establecer enseguida una relación forzosa entre el naufragio y las cartas

amenazadoras dobladas de forma tan singular, relación que Lupin había establecido al instante.

Pero claro, Mendaille lo había comprendido todo. Por eso había callado incluso, al principio. Quizá habría pensado: «Otra vez este pobre Raphaël haciendo de las suyas. La verdad es que no hay modo de que cambie». Y se hubiera olvidado del asunto. Reacción normal por parte de alguien que sólo sentía piedad por el enfermo. A saber si, con anterioridad, no habrían llegado más barquitos… Sin embargo, ¿por qué había seguido callando Mendaille, después de sufrir el «atentado»? ¿Por qué no había comunicado sus sospechas a la policía? ¿Seguiría callando, después del asesinato de Félicien?…

Y esto no era más que un misterio entre otros muchos. Quedaba por resolver lo del billete de cincuenta francos… y la inexplicable conducta de Béatrice… y la agresión del Père-Lachaise… y el pelirrojo…

—Bueno —murmuró Lupin—. Cada cosa a su tiempo.

Pagó la cuenta y se dirigió a la estación. Pensándolo bien, no se sentía descontento de sus primeras deducciones. Raphaël, hábilmente interrogado, no resistiría mucho rato, sobre todo si estaba convencido de haber obrado con justicia. Vamos, que una parte de la verdad se hallaba al final del viaje.

Por consiguiente, Lupin bajó en Chartres y, para ir al asilo, cogió un simón que evocaba los tiempos de antes de la guerra. Se informó en la portería.

—¿Raphaël Dorchain? —dijo el empleado—. Vive justamente aquí al lado. La casa donde se termina la verja. Ocupa una habitación en el tercer piso; la puerta ya lleva escrito su nombre. Aunque, a estas horas, lo más seguro es que haya salido. Si no lo encuentra, avíseme. Lo mandaré buscar.

Añadió riendo:

—Nos sirve un poco de hombre para todo. Y en una casa como ésta, le aseguro que hay trabajo de sobras.

Lupin entró en el edificio indicado. Ausencia de portero. Evidentemente, Raphaël podía ir y venir a su antojo. No había inspirado suficiente recelo. La llave estaba puesta. Llamó y, como nadie le respondiera, abrió.

Se fijó de inmediato en la decoración de la habitación. Todas las paredes tenían grabados, sujetos mediante chinchetas, sacados de los semanarios que habían informado sobre la guerra: *L’Illustration, le Pays de France, Le Miroir, Sur le front, Le supplément illustré du Petit Journal*… Sólo escenas marítimas. El hundimiento del *Lusitania*, la agonía de un transporte de tropas torpedeado, el final de un caza-submarinos, fotos que representaban acorazados y cruceros en la batalla de Jutlandia… Ya no había lugar a dudas.

Aquí se había realizado la confección de los barquitos de papel. Cada imagen delataba la idea fija del pobre Raphaël.

Lupin deambuló lentamente por la habitación, se detuvo ante una fotografía, que tenía un marco de madera tallada: la mujer y la hija del infeliz. Mathias no había mentido: la joven era muy hermosa pero la niña era encantadora, con sus tirabuzones y sus ojos claros, llenos de alegría. Lupin sintió un peso en el corazón y pensó: «¿Qué le voy a decir? ¿Vale la pena incluso andar con preguntas? Para que sangren sus heridas…».

En el pasillo resonaron los pasos de alguien que se acercaba pesadamente. Lupin se sentó, puso cara de visita que no lleva mala intención. La puerta se abrió con brutalidad.

Entró un hombre. Era Weber.

VI
EN LA CÁRCEL

Las miradas de ambos hombres se cruzaron como espadas. Weber dio un paso atrás, volvió la cabeza hacia el pasillo. Aparecieron otros dos policías.

—Les presento a su colega, el inspector Frapier —dijo Weber—. Encantado de conocerle, inspector.

Se acercó a proximidad de Lupin y, de súbito, con la punta de su botín, le asestó un puntapié en el tobillo herido. Lupin ni pudo retener una exclamación de dolor, y se apoyó en el borde de la mesa.

—Lleváoslo —ordenó Weber—. ¡Y ojo con resistir!

Lupin había comprendido el alcance de la situación y sabía que toda violencia era inútil. Habría más policías en el rellano, dispuestos a intervenir al menor síntoma.

—Viene de Le Mans —dijo—. ¿Ha interrogado a Mathias Dorchain?

—Exactamente. Nos ha hablado de tu visita, nos ha contado toda la conversación… ¡Qué interesante! Ya le explicarás al juez por qué te interesa tanto el caso Mendaille. Y también por qué estabas en el tren donde ocurrió el asesinato del comandante Dorchain. Y por qué te descubrimos aquí, en la habitación de Raphaël Dorchain…

—¡Simple coincidencia!

—¡Sí, hombre! —se excitó Weber—. ¿Quién quieres que se crea que una persona honrada tiene necesidad de usurpar un título de inspector para realizar no sé qué investigaciones a espaldas de la policía?… ¡Jussieu! Las esposas.

—No tiene ningún derecho…

—Cojeas, ¿no? —cortó Weber—. Precisamente, estamos buscando al cojo que cogió un taxi en la estación de Mantes para ir a la estación de Rambouillet, ¡un cojo que llevaba mucha prisa!

Las manillas de acero se cerraron sobre las muñecas de Lupin.

—¡Andando!

—Este error le costará caro —amenazó Lupin.

—Pues claro. Todos decís lo mismo. Y todos termináis por confesar.

Un enorme automóvil esperaba delante de la puerta. Lupin ocupó el asiento del fondo, flanqueado de dos policías. Weber subió delante, al lado del chófer. Apoyando un codo en el respaldo, se volvió para observar al detenido.

—Tu cara me recuerda a alguien —murmuró—. De todos modos, si ya nos hubiéramos visto, ten por seguro que me acordaría.

Lupin se encogió de hombros, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. No tenía más remedio que admitir que había jugado con fuego y que había menospreciado los recursos de Weber. Fatalmente, el subjefe se había visto obligado a entrevistarse con Mathias, para lo cual disponía de un privilegio todavía inaccesible para los particulares: disponía, por necesidades de servicio, de un flamante automóvil. Llegaba a Chartres, procedente de Le Mans, y mientras su sospechoso perdía horas esperando el tren, él preparaba la ratonera. Y ahora… La cárcel… Los interrogatorios… días y quizá semanas que transcurrirían lentamente… Y sin posibilidades de decir la verdad, de confesar la visita nocturna a la mansión de los Mendaille… Y entretanto, el asesino tendría el campo libre.

Esa misma noche, tras las formalidades de oficio, Lupin dormía en la cárcel. Su detención provocó algunos rumores. ¿Se hallaba entre rejas la persona que había intentado matar a Xavier Mendaille y que había apuñalado, en un expreso, en pleno día, con una insólita audacia, a un pobre comandante médico?… Nadie hablaba sin embargo de Arsène Lupin. El suceso era uno de tantos, un poco más misterioso, un poco más inquietante, tratado además por la policía con una discreción absoluta.

¡Y con razón! El acusado se negaba a contestar a las preguntas del juez que instruía el proceso. Éste, no obstante, Jérôme Berthon, tenía fama de hábil y perspicaz. Pertenecía a una nueva generación de magistrados que ya no se embarullaba con circunloquios, con precauciones caducas, con maniobras sagazmente insidiosas. Iba directo al asunto.

—¡Vamos a ver! —decía—. Parece que no le falta a usted inteligencia.

—¡Palabras que me honran!

—Ya comprenderá que su sistema de defensa carece de fundamento. Por fuerza sabremos algún día quién es usted.

—Y yo afirmo —replicaba Lupin— que por fuerza me soltarán algún día. Pero quiero ver hasta dónde llegan las arbitrariedades.

—Qué es eso de arbitrariedades —se picaba el juez—. Admito que no tiene antecedentes ni está fichado. Pero esto es precisamente lo que le hace

sospechoso. No nos gusta la gente que parece llovida del cielo. ¿Ha hecho la guerra?

—Como todo el mundo.

—¿En qué unidad?

—Si se lo dijera, no me creería.

—Bueno. ¿Dónde vive? ¿Cuáles son sus medios de existencia?

—Averígüelo.

—Le aviso que…

—No logrará impresionarme, señor juez. Me detienen sin pruebas. ¡Y aún quieren que colabore con esta clase de justicia! Pues no. Todavía tengo derecho a callarme.

—¿No me negará su interés por los hermanos Dorchain?

—¿Y qué? Supongamos que me guste jugar a detectives. ¿Hay alguna ley que me lo prohíba?

—De acuerdo. Infórmeme entonces de sus descubrimientos.

—Primero póngame en libertad.

El juez hacía una seña para que el guardia se llevara de nuevo a Lupin. Estas controversias duraron varios días. Lupin se negó a designar abogado. Le colocaron uno de oficio, un anciano que olía a pipa y vino blanco, y que parecía estar de vuelta de todo.

—Se equivoca provocando a Berthon. Puede tenerle meses y meses entre rejas sólo para demostrarle que no es usted el más fuerte. Le conviene confesar.

—¡Pero confesar qué, leñe!

—Cogió un taxi en Mantes para alcanzar en Rambouillet un tren que le llevara a París. El trayecto resulta totalmente inexplicable. ¡Le costaba menos volver directamente de Mantes a París! Póngase por un momento en lugar de Berthon. Reconozca que lo lógico es que se extrañe. ¡Pero qué voy a decirle yo, eh!

Lupin no tardó en hartarse de tanta escaramuza, que sólo servía para agravar el caso. El taxista que le llevara de Mantes a Rambouillet le identificó enseguida, cuando se vio ante media docena de hombres entre quienes el juez había situado al detenido.

—Es él.

—¿Está seguro? —preguntó Berthon.

—¡Repámpanos! No dejaba de darme la lata para que fuera más aprisa. Tenía tanto miedo de perder el tren de París que cruzó la estación corriendo.

—¿Corría?

—Es un decir. Corría con una pierna y cojeaba de la otra, no sé si me explico.

El juez mandó llamar a Lupin a su despacho.

—Los hechos son los siguientes. Subió al tren, en Rambouillet, con una precipitación tal que sugiere un empeño por encontrar a alguien. ¿A quién? A Félicien Dorchain, evidentemente, puesto que, al día siguiente, se presenta en casa de Mathias Dorchain y consigue que éste le dé la dirección de Raphaël. Ahí le detienen. Por razones que aún ignoro, pero que ya me explicará, odia usted a los Dorchain. Mató a Félicien; quizá tenía la intención de matar a Raphaël…

—Pero…

—Espere. Hay algo más. La agresión sufrida por Xavier Mendaille se relaciona a su vez con el asesinato del comandante médico. El que mató a Félicien Dorchain fue el mismo que atacó a Xavier Mendaille. Le advierto, además, que cuando el estado del señor Mendaille le permita regresar a su domicilio, les voy a enfrentar a ambos en un careo, y entonces veremos…

La situación era a la vez tan lógica y tan grotesca que Lupin ni pudo contener la risa.

—Disculpe, señor juez, no tengo nada en contra de su argumentación. Es impecable. Pero, ve usted, no me afecta para nada.

—¿Por qué?

—Porque soy Arsène Lupin.

¡Era igual! Ya había salido el nombre. Lupin, a fin de cuentas, prefería luchar a cara descubierta.

—Es usted Arsène Lupin —dijo el juez, muy risueño—. ¡Qué chusco!

—Y Arsène Lupin nunca se manchó las manos de sangre.

—Escuche —dijo el juez, gravemente—, no puedo perder el tiempo. Lupin o no Lupin, le acuso de asesinato y de tentativa de asesinato.

Y, volviéndose hacia el abogado que parecía estupefacto, añadió:

—Abogado, más vale que su cliente no se burle de la justicia… Guardia, llév-eselo.

Lupin ocupó de nuevo el coche celular que le devolvió a la cárcel. Se dejó caer sobre su litera, convencido de haber sembrado la duda en la mente del juez. Éste no tardaría en decirse: «¿Y si fuera verdad? ¿Y si fuera Arsène Lupin?…». Entonces citaría a Weber… Consultaría luego al jefe de la *Sûreté*… La noticia correría por todos los niveles jerárquicos. «A lo mejor es él. ¡Cuidado! ¡Que no se cometan errores! ¡Y sobre todo hay que procurar que la prensa se mantenga alejada el mayor tiempo posible!».

Sembrar el pánico en las filas del adversario era uno de los métodos predilectos de Lupin. Aún había de darle resultados, si… Pero no tardaría en saberlo. Y, en efecto, no había transcurrido ni una hora desde que regresara a la cárcel cuando alguien alzó la mirilla de su puerta; apareció un ojo, y manifiestamente no era el de ningún guardián, pues se oyeron febriles cuchicheos detrás de la puerta. Lupin, que iba recobrando la confianza, se sentó en el taburete de modo que su rostro presentara el mejor ángulo para los observadores que no dejarían de pasar por la mirilla. El juez acertaba al afirmar que no existía en los archivos ninguna ficha referente al misterioso detenido. Cuando Lupin dirigía a la policía bajo la personalidad de Lenormand, ya se había cuidado de suprimir su expediente. Aun así, de entre quienes le habían conocido, quedaban varios sin duda capaces de identificarle. Ganimard, por ejemplo; hoy jubilado, seguramente; Formelle también, si no había muerto. Eran no obstante funcionarios de infalible memoria. Lo más seguro es que fueran requeridos para que pegaran el ojo a la mirilla. Y además, estaba Weber, que ya se había visto asaltado por la duda, en el automóvil. Y otros más, incluso, adversarios de antaño, que se sentirían confusos… «Sí, de perfil, yo diría que sí… En cambio, de tres cuartos… ¿No tenía las orejas un poco mayores?… Lo que es la boca, no cabe vacilación alguna… Ese pliegue irónico… Pero qué joven parece de cara. Este condenado es como todos nosotros. Ha debido envejecer… ¡No! ¡Es difícil afirmarlo categóricamente!».

A Lupin le parecía oírlos y se felicitaba por haber alborotado las filas enemigas. Éstas redoblarían las precauciones contra él y, por un exceso de celo, cometerían fatalmente alguna torpeza que rápidamente Lupin sabría aprovechar.

Al día siguiente, Lupin compareció de nuevo ante el juez. En esta ocasión, le escoltaban dos policías que merecían la total confianza de Weber: los hermanos Doudeville. Lupin sonrió para sus adentros. Su audacia comenzaba a dar sus frutos.

—No te preocupes, patrón —susurró Jean—. Estamos preparando algo.

El juez Berthon recibió a Lupin con amenidad y le mandó sentarse al lado de su abogado.

—De modo que ya va entrando en razón, ¿no? Aceptará decirme quién es usted.

—Con mucho gusto. Soy Arsène Lupin.

—Arsène Lupin murió hace ya mucho tiempo. Déjese de bromas.

—No bromeo.

—De acuerdo. Volvamos a empezar: ¿dónde vive?

—Más o menos, en todas partes. Soy como el conde de Montecristo. Poseo un sinfín de moradas. De momento, resido eventualmente en la cárcel. Pero no por mucho tiempo.

Desanimado, el juez hizo señas al escribano para que dejara de escribir. Se oprimió los ojos con la punta de los dedos, como alguien que intenta aliviar un ataque de jaqueca.

—¿Ésta es su última palabra? —dijo—. Pues bien, cambiaremos de método… Que entre el testigo.

Mathias Dorchain cruzó el umbral del despacho.

—¿Reconoce al individuo que pretendía ser el inspector Frapier?

—Perfectamente.

—Tengo aquí su declaración.

El juez la leyó al vuelo.

—¿Tiene usted algo que añadir?

—No. Ya he dicho todo lo que sabía.

—¿Le llegó a inquietar el acusado?

—En absoluto. Al contrario, estuvo muy atento, muy comprensivo.

—¿Le preguntó si había recibido alguna carta de amenazas?

—Sí. Y contesté que no había recibido nada.

—¿Pareció asombrarse?

—Quizá… sí.

—Protesto —exclamó Lupin—. Está usted sugiriendo al señor Dorchain que soy el autor de esas cartas.

—Le ruego que no me interrumpa. Señor Dorchain, medítelo bien… ¿Había visto antes al acusado?… Disfrazado, por ejemplo, de empleado del gas, o de cartero, o de agente de seguros.

—No. No creo —balbuceó Mathias, totalmente desconcertado.

—¿No advirtió que alguien se hubiera introducido en su casa, días antes de que le visitara el acusado?

—No… Y no poseo nada que pueda tentar a un ladrón.

—Está bien. Muchas gracias.

Lupin esperó a que saliera Mathias Dorchain y dijo:

—Si no le entiendo mal, señor juez, mis supuestos crímenes estarán motivados por el robo… A su juicio, esas cartas amenazadoras, dobladas en forma de barquitos, son un detalle sin duda que carece de importancia.

—Conozco mi oficio —replicó el juez vivamente—. Y si es usted tan listo como pretende, admitirá que esas cartas sólo son unos engañabobos,

destinadas únicamente a desviar las sospechas. Qué simpleza. No crea que seamos tan tontos.

«¡Tocado! —pensó Lupin—. Tiene razón. Es una simpleza, en efecto, para quien suponga que hay un tercer culpable. Yo, por ejemplo. Pero como yo no soy…».

—¿Y qué me proponía robar yo entonces —dijo—, en casa de los Mendaille o en el cadáver de Félicien Dorchain?

—Ya lo averiguaremos. Cartas, quizá, o documentos comprometedores.

Lupin recordó el billete de cincuenta francos, que con tanto cuidado se hallaba oculto en el cajón. «No es tonto, pensó, no tiene un pelo de tonto. Con los elementos que posee, es difícil que pueda seguir adelante».

—Soy inocente —insistió—. Mientras usted se ensaña conmigo, permite que el asesino actúe a sus anchas. ¿No estará esperando a que haya otra víctima para abrir los ojos al fin?… No me gustaría estar en su lugar, señor juez.

Había hablado con tanta convicción, tanta era la entereza que emanaba su persona, que el magistrado pareció aturdirse. No obstante, no tardó en recobrarse.

—Se está echando un farol —dijo Berthon—. Le veo claramente el juego, señor llamado Lupin. Sigue usted muy de cerca a su modelo. Le imita pues, cuando lleva las de perder, recurre a la intimidación. Un poco más y me afirmaría usted que es el único capaz de solucionar el asunto y que, por consiguiente, me conviene firmar un sobreseimiento en su favor. Es así, ¿no? Bueno, pues no me interesa.

Lupin crispó sus puños. Tanta ceguera le sacaba de quicio. El abogado quiso intervenir. El juez le cortó la palabra.

—Por favor, abogado. Ya seguiremos mañana. Y procure convencer a su cliente de que se equivoca al hacerme estos numeritos.

El guardia puso a Lupin de nuevo en manos de los hermanos Doudeville. Mientras bajaban la escalera, Jacques Doudeville murmuró, casi sin mover los labios.

—Mendaille ha salido de la clínica… Mañana, reconstitución en su casa… Haremos el trayecto en automóvil… Han decidido prescindir del coche celular…

Se interrumpió para dejar que pasara un detenido esposado a un guardia y enseguida prosiguió:

—Estaremos contigo… Está todo previsto… Se provocará un embotellamiento que cortará el paso al coche escolta…

Llegaban ya a la puerta de la «ratonera». El policía aún tuvo tiempo de musitar: «¡Nos largaremos!» y de un empujón metió a Lupin dentro del coche celular.

Lupin exultaba de júbilo. Su treta le estaba saliendo bien. No querían creer oficialmente que él fuera el célebre *gentleman* desvalijador, pero… adoptaban disposiciones que tenían mucho que ver con una movilización general. Pues, a fin de cuentas, la mansión de los Mendaille no se hallaba en los Champs-Élysées. Si renunciaban a la furgoneta de detenidos, no lo hacían sólo por evitar la curiosidad popular. Lo hacían con objeto de reforzar la vigilancia del detenido. Estaba claro que el coche que llevara a Lupin, iría seguido de dos o tres vehículos repletos de policías.

Lupin entró silbando en su celda. Y cuando se abrió la mirilla, se echó a reír, se plantó delante del ojo que le observaba y exclamó:

—Cucú. El bueno de Lupin, precisamente él, tiene el honor de saludarles. ¡Están mirando ustedes el auténtico rostro de Arsène! Sin maquillaje. Sin bigotes. Tal como suele presentarse a sus amigos en su vida cotidiana. Pero mírenlo bien porque, dentro de poco, ya será demasiado tarde. *¡Salud! Brindemos por mis últimas horas… Después, vengan placeres a mí… Un oeil noir te regarde*… Ya me disculparán. Aunque estoy abonado a la Opéra Comique, tiendo a mezclar las cosas…

La mirilla se cerró de golpe. Lupin hizo una cabriola. «No les ha gustado nada. ¡Ah, pero ni pizca! Se estarán diciendo: si canta, es verdaderamente Arsène Lupin. Y si es Lupin, vamos a tener problemas, se nos va a echar la prensa encima… y si la prensa… ¡Ah, queridos! De aquí no me mueve nadie… Raphaël, o quien seas, espera un poco todavía antes de cargarte a alguien, que llego. Ya nos pondremos de acuerdo. Debemos evitar que la policía meta las narices en nuestras cosas. Y, ves, no hay mal que por bien no venga, como decía mi fiel Victoire… Esta breve pausa me ha restablecido el tobillo. ¡No hay nada como unos días de cárcel para que un hombre se recupere!».

Cenó con apetito aunque el caldo fuera infame, y durmió de un tirón hasta la mañana siguiente. No descuidó ni un ápice su gimnasia habitual. Iba a necesitar de todos sus recursos, pues quizá se avecinaban momentos difíciles. «Si no pueden pescarnos, igual les da por disparar», pensó. Esta reflexión, sin embargo, no atenuó su buen humor. Vinieron a buscarle a las diez. Cuatro automóviles se hallaban aparcados en el patio.

—¡Atiza! —dijo Lupin a sus guardias—. La casa por la ventana. ¡Ni que fuéramos de boda, palabra!

Percibió en el segundo coche la silueta de Weber y la del juez de instrucción. En el tercero y el cuatro, varios bombines indicaban la presencia de media docena de inspectores. Le metieron sin contemplaciones en el primero, ahí se encontró con su abogado sentado junto al chófer. Cuando llegara el momento, el buen hombre no tardaría en quedar reducido a la impotencia. Lupin penetró en el vehículo y entonces se estremeció. Los dos policías designados para escoltarle no eran los hermanos Doudeville.

El plan se había ido al traste. Se sentó entre los dos desconocidos. ¿Por qué, a última hora, habían sustituido a los hermanos Doudeville? ¿Desconfiarían de ellos? ¿O acaso, simplemente, les habían encomendado otra tarea? ¿Y cuándo se presentaría una nueva ocasión? ¿Quién le iba a ayudar, si ya no podía contar con los Doudeville? Desaparecían así los valiosos medios de presión que, antaño, le habían servido para recobrar su libertad. Se había liado, neciamente, al decir que era Lupin.

Cuando los coches se detuvieron en la calle La Rochefoucauld, le embargaba el desánimo. Aun así, se prestó dócilmente a las exigencias del juez. No compareció la señora Mendaille. En nada la afectaba esta reconstitución, puesto que la noche de la «agresión» se hallaba ausente. Y Mendaille, por su parte, se había visto obligado a prescindir del criado, pues cuando sucediera el drama estaba solo en la casa. El juez examinaba la planta baja, repasaba el plano del lugar, antes de proceder al ensayo. Había un inspector apostado ante la puerta principal, otro guardando el vestíbulo, y otro más encargado de bajar las persianas y correr las cortinas para restablecer la oscuridad que imperaba en la Casa cuando Mendaille sorprendió al ladrón. Weber y el abogado charlaban en voz baja, junto al umbral del salón, pero el subjefe no dejaba de vigilar a Lupin. Sin duda, le parecía increíble obtener al fin la derrota de su viejo adversario.

Una vez terminados los preparativos, el juez mandó entrar a Mendaille que aún estaba muy pálido y demacrado.

—¿Reconoce al hombre con quien sostuvo usted la pelea?

Mendaille observó a Lupin largo rato y denegó con la cabeza.

—No —dijo—. Yo hablaba por teléfono… Me hallaba medio vuelto de espaldas a la puerta… Así… Estaba todo muy oscuro… Apenas vi una silueta…

—Bueno. ¿Se siente con ánimos para imitar la escena de la reyerta?… ¡Oh! Sin violencia, gesto a gesto, a fin de que se le despierte la memoria, digámoslo así… ¿De acuerdo?

—Podemos probar —contestó Mendaille sin convicción.

El juez situó a Lupin en el vestíbulo.

—Colóquese donde estaba cuando oyó que el señor Mendaille hablaba por teléfono.

—No estaba en ningún sitio —dijo Lupin—. Nunca pisé esta casa.

—¡Ah, con que se obstina en negar! —exclamó el juez.

—¡Más que nunca!

—Es un error… Quitadle las esposas… Finja que se abalanza sobre el señor Mendaille para impedir que llame por teléfono… Si se niega, nos proporcionará una prueba abrumadora de su culpabilidad.

—No me niego —dijo Lupin—. Sólo quiero hacer constar que me parece ridículo.

—¡Empiece!

Lupin corrió hacia Mendaille y le asió por el cuello.

—No se mueva —ordenó el juez—. Señor Mendaille, ¿comenzó así la pelea?

—No —dijo Mendaille—. Creo que…

Se habían acercado los asistentes y todos ellos ocupaban, ahora, el despacho.

—Tuve que soltar el aparato para defenderme —prosiguió Mendaille—… Intenté agarrar al hombre por la cintura… Me pegó en el cuello… Caímos juntos…

—Repítanlo.

Mendaille y Lupin se embistieron. De pronto, Lupin notó que su adversario le deslizaba un objeto en la mano: una llave. Y, sin dejar de jadear, Mendaille le susurró al oído:

—Cierre el despacho… Lárguese por la puerta de servicio…

Caído de espaldas, Lupin logró rechazar a Mendaille.

—¡Alto! —gritó el juez—. Quédense donde están… Ahora, señor Mendaille, procure recordar de dónde salió el disparo… Conviene que establezcamos si disparó el acusado o si tenía un cómplice.

Lupin no vaciló ni un instante. Irguiéndose con una agilidad pasmosa, se precipitó entre el juez y el subjefe, derribó de una zancadilla a uno de los inspectores, abatió a otro de un puñetazo y descargó sobre el tercero un cabezazo que lo dejó sin sentidos. En un santiamén, cerró el despacho con ayuda de la llave que fe había entregado Mendaille y corrió a la cocina. ¡Aprisa, la puerta de servicio! Corrió el cerrojo, echó un vistazo. Nadie. La calle de Aumale presentaba su sosiego de costumbre; la escolta seguía apostada ante la entrada principal.

—Tardarán tres minutos en dar la alarma —pensó—. Tengo tiempo de sobras.

Se alejó sin prisas, dobló la esquina de la calle Taitbout y no tardó en perderse por entre la multitud.

VII
OTRA VICTIMA

Esta vez, la emoción y el escándalo invadieron las columnas de la prensa. ¡Pues vaya! ¡Pese a estar rodeado de policías, el cojo misterioso había logrado escaparse! Y, para colmo de ironías, había conseguido, sin que nadie se diera cuenta, hurtar la llave del despacho, encerrando en su interior a quienes le custodiaban, y luego marcharse tan campante, con las manos en los bolsillos, por la puerta de servicio que nadie se encargaba de vigilar. Semejante audacia y tamaña sangre fría no dejaban de producir su impresión. ¿Quién sería este cojo? ¿Por qué las autoridades hacían gala de tanta discreción? El público tenía derecho a saber la verdad. Y unos hablaban de un émulo de Arsène Lupin, y otros evocaban la memoria del gran aventurero.

> *Si aún se hallara entre nosotros,* comentaba el editorial de una publicación de vanguardia, recién aparecida, que no desaprovechaba ocasión de atacar al gobierno*, ya haría tiempo que hubiera dado su merecido a la ridícula tesis de la policía. Pues, en fin, si nos molestamos en pensar un poco, en lugar de detener a la gente honrada a tontas y a locas, ¿qué concluimos?*
>
> *1. Que muy bien pudieron asesinar al comandante Dorchain antes de Rambouillet y no después. No olvidemos que la autopsia se ha mostrado incapaz de determinar con precisión la hora del crimen.*
>
> *2. Y aun suponiendo que Félicien Dorchain hubiese muerto entre Rambouillet y París, sigue teniendo toda validez la duda referente a la identidad del asesino, pues el tren transportaba unos doscientos viajeros y cualquiera de ellos podía acceder por los pasillos al trágico compartimento.*
>
> *3. Nos dicen que el acusado visitó sucesivamente a Mathias y a Raphaël Dorchain haciéndose pasar por inspector de policía, y que éste es un testimonio abrumador. Digamos que es meramente un*

delito (¡y aún!), pero ¿de qué modo esta leve impostura implicaba fatalmente un proyecto homicida?

4. Y ahora nos confiesan que Xavier Mendaille no ha reconocido a su agresor en la persona del «cojo». ¿Qué burla es ésta? Por desgracia, Lupin ya no vive para enviar a nuestras redacciones uno de aquellos mordaces esclarecimientos que sólo él sabía hacer. Permítasenos protestar en su lugar y felicitar a esa persona que tan diestra se ha mostrado para escurrirse de manos de una policía cerril e ineficaz. Es muy digna de suceder a aquel que más de una vez se situó del lado bueno de la Ley.

El artículo alcanzó una repercusión considerable.

—¿Qué le parece, patrón? —preguntó Bernardin.

—Lo apruebo —sentenció Lupin—. El chico que ha escrito esto no tiene un pelo de tonto.

Después de su magistral evasión, había regresado a su apartamento de la calle de la Paix, donde tenía la certeza de hallarse en seguridad, pues la policía ignoraba la existencia de este refugio. No obstante, evitaba cualquier salida a la calle, a fin de cuidar su pierna, que aún le dolía a ratos. Bernardin, perdonado desde tiempo atrás, le hacía compañía.

—Qué miedo pasamos, patrón —repetía—. ¿Y qué podíamos hacer? ¡No íbamos a mandarle paquetes! Enseguida nos hubieran pescado. Ah, le juro que lo pasamos mal. ¿Y usted?

—Yo —contestaba Lupin—, ya estoy acostumbrado. Ahora, déjame. He de reflexionar.

Encendió un puro y paseó por su despacho, pisoteando los periódicos que se esparcían por la alfombra. ¿Qué significado tenía la conducta de Mendaille? Sin duda, Mendaille no mentía cuando afirmaba que le resultaba imposible identificar a su agresor. Pero había recibido una carta de amenazas… y había corrido un riesgo de muerte… y su primo Félicien, tras haber recibido asimismo una carta de amenazas, había muerto asesinado. Entonces, ¿qué? ¿Por qué había facilitado la fuga del sospechoso que le presentaba la policía? Sólo existía una conclusión y una sola: Mendaille sabía que el sospechoso era inocente. Sabía que este agresor no era el autor de las cartas y que no había matado a Félicien.

Por lo tanto, conocía al culpable verdadero y no quería denunciarlo a la policía. Esto explicaba igualmente que, al principio, hubiera mantenido en secreto la llegada del barquito de papel. También el comandante Dorchain

había guardado silencio, aunque aquí cabía admitir la posibilidad de que fuera a París para conversar con Mendaille. ¿Y de qué podían hablar ambos? Pardiez, de Raphaël. Nuevamente salía a la luz el pobre loco, el naufragio del *Titanic*, la minuciosa venganza urdida con paciencia.

Lupin se tendía en la cama, se llevaba las manos a la cabeza. En todo esto, había algo que no cuadraba con el resto. Que Félicien Dorchain no quisiera denunciar a su hermano, de acuerdo, era comprensible. ¡Pero Mendaille!… Raphaël no era más que el primo de su mujer y un primo con quien se hallaba enemistado desde hacía años. ¿A qué venía tanta consideración? Mendaille no era hombre que se cargara de escrúpulos. El *puzzle* aparecía incompleto. Faltaban piezas. ¿Y qué función desempeñaban el billete de cincuenta francos, la tumba del mariscal Davout y el pelirrojo? Eran elementos que, sin duda, formaban parte del todo. Lupin lo intuía con fuerza. Pero, por más que recurriera a su prodigiosa imaginación, no entreveía ninguna solución aceptable.

Le visitó Jacques Doudeville y le encontró nervioso, irritado.

—Pues sí que hacéis bien las cosas —gruñó Lupin—. Si ahora no estoy en una mazmorra, no será por vuestros desvelos.

—Tienes razón —se defendió el policía, compungido—. A última hora nos encargaron un trabajo difícil, pero lo importante es que te saliste con la tuya. De este modo, no hemos quedado en evidencia y podremos ayudarte la próxima vez.

—No habrá próxima vez —cortó Lupin—. ¿Qué ambiente se respira en la Casa Grande?

—¡Malo! Al pobre Weber le han pegado un rapapolvo de primera. Le han dado ocho días para que te encuentre.

—¡Ah! ¿Porque siguen creyendo que soy el culpable?

—Más que nunca. Ahora, Weber está convencido de que eres sin duda Arsène Lupin y esto le priva de todos sus recursos. No acierta a discurrir en su sano juicio. Como el caso es un rompecabezas, te lo achaca a ti por entero y no tolera que se lo discutan. Se pasa el día de interrogatorio en interrogatorio… Por su parte, un inspector de Mantes se ha entrevistado con Isabelle Verzy-Montcornet y le ha hecho un montón de preguntas. La chica, naturalmente, no sabe nada; he leído el informe. La verdad es que nadie sabe nada.

—¿Se le ha ocurrido a Weber cuidar de la protección de Mendaille, de Mathias Dorchain… y hasta de Raphaël?

—No. Como te sabía en la cárcel, ¿qué había de temer?

—¡Valiente imbécil! Pero ¿y ahora?

—Tampoco, que yo sepa. Y además, todo el mundo anda de coronilla por ver de echarte el guante. Hasta hoy, ya serán seis los detenidos por tener la desgracia de parecerse a ti más o menos.

—Tenme al corriente.

No podía suponer Lupin, al decir estas palabras, que horas después Doudeville le había de comunicar una noticia pasmosa.

A las diez, como cada mañana, Léonie Laloupe, la mujer de faenas de Mathias Dorchain, dejó el capazo ante la puerta, buscó la llave en el monedero y abrió. Se encaminó directamente a la cocina, se quitó el abrigo y se puso un gran delantal. Mientras procedía a estos gestos rutinarios, observó que su señor no se había tomado el desayuno. Sobre la mesa seguían la taza, el pan, la mantequilla y la cafetera. Algo inquieta, fue a llamar a la puerta del dormitorio.

—Señor… ¿Se encuentra mal el señor?

No hubo respuesta.

—¿Puedo entrar?

No hubo respuesta.

Entró y vio la ropa cuidadosamente doblada sobre una silla. La cama estaba vacía. Comenzó a preocuparse muy en serio. «Enseguida me olí algo malo, diría más tarde a la policía. Pero creí que el señor se había sentido indispuesto». No estaba cerrada la puerta del cuarto de baño. Tras dudar un buen rato, la empujó y arriesgó una ojeada. Casi se desmaya del susto, pero el pánico cedió paso al asombro. Dorchain flotaba en la bañera, medio sumergido, y aún llevaba la bata. Un barquito de papel, reblandecido por el agua, navegaba entre sus rodillas, a punto de naufragar.

Léonie, tropezando con los muebles en su precipitación, salió corriendo de la casa y se refugió en la panadería vecina donde refirió su macabro descubrimiento. Hubo un instante de confusión antes de que a la panadera se le ocurriese la idea de llamar por teléfono a comisaría. El agente de guardia dijo que se encargaría de lo necesario y que nadie tocara nada. Cuando llegó el comisario, acompañado de un médico y de dos agentes, se encontró con una multitud delante de la casa. Léonie lloraba. Mandó que se dispersaran los curiosos, dejó a un agente en la acera y procedió a las primeras verificaciones.

Dorchain ya era cadáver. El médico descubrió la huella de un golpe violento en la base del cráneo. Según toda probabilidad, lo habían acogotado recién salido de la cama, como atestiguaba la bata que le cubría el camisón.

Luego, el asesino había metido el cuerpo en la bañera. ¿Estaría llena la bañera o había abierto los grifos? Asimismo, ¿había añadido el barquito o lo había enviado previamente a su víctima, encontrándolo en el apartamento? No era cosa que de momento se pudiera establecer.

El comisario pescó la fúnebre barquichuela y la desplegó con mil precauciones pues el papel se le pegaba a los dedos, se desmenuzaba. Contenía una línea de escritura, pero se había corrido la tinta. No sin riesgo de error, pudo descifrar: *La*… (mancha)… *réis todos*…

Quizá «*La diñaréis todos*». El caso adquiría entonces un enfoque infinitamente más siniestro: Xavier Mendaille, que había escapado a la muerte… Félicien Dorchain… y ahora Mathias Dorchain… El mismo asesino acababa de herir por tercera vez. El comisario avisó de inmediato a París.

Sería media tarde cuando Weber, acompañado de Jacques Doudeville y de otro inspector, entraba en la casa del crimen. Exploró el apartamento, registró las ropas del muerto. La cartera guardaba aún una suma importante. El criminal no había venido a robar. Por lo demás, la declaración de Léonie Laloupe era tajante: no faltaba nada.

El comisario se hallaba ya en posesión del informe de la autopsia, pues había acelerado las cosas, consciente de que había que obrar con rapidez. El forense había encontrado agua en los pulmones, circunstancia que demostraba que Dorchain vivía aún cuando le metieron en la bañera. El asesino había querido ahogarle, era evidente. Desde este instante, una hipótesis arraigó definitivamente en la mente del subjefe. Examinó largo rato los restos del barquito de papel, extendidos por el comisario sobre la repisa de la chimenea, para que se secaran. También él creyó leer: «*La diñaréis todos*». No había otra manera de interpretarlo. Pero si el infortunado Dorchain había recibido esta nota, ¿por qué había guardado el mismo silencio que los demás?… ¿Y cómo había entrado el criminal? ¿Tendría una llave? ¿O acaso se había limitado a llamar?

—A mi juicio, la cosa fue así —dijo Weber—. Llaman. Dorchain se pone la bata y va a abrir. Ve, en el umbral, a alguien muy conocido y le invita a pasar. Sin recelo alguno, abre la marcha y entonces recibe un golpe por detrás que le acogota.

—¿Quién? —preguntó el comisario.

¿Quién? Weber no se atrevía a contestar esta pregunta, pues la teoría que durante tanto tiempo había alimentado amenazaba ahora con derrumbarse. Lupin no, desde luego. ¡Lupin no! Podía haber liquidado a Dorchain cuando

vino por vez primera a Le Mans. ¿Por qué correr el riesgo de regresar, si ya se había descubierto?

—Vamos a ver —dijo—. Tenemos un medio de averiguar a qué hora ocurrió el drama. El barco estaba a punto de naufragar cuando la mujer de hacer faenas descubrió el cuerpo. ¿No es así?

—Sí.

—Por consiguiente, si ahora hacemos flotar un barco idéntico al modelo, sabremos cuánto tiempo necesita para empaparse y desaparecer.

—Exacto —dijo el comisario—. No se me había ocurrido.

De inmediato, Weber se lanzó en busca de una hoja de papel similar a la que había utilizado el asesino. Encontró, en un cajón, un bloc de correspondencia que respondía exactamente a lo que quería. Confeccionó rápidamente un barquito y lo echó al agua.

—Ahora, sólo nos queda esperar —dijo, sacándose el reloj del bolsillo.

… Weber, fascinado, contemplaba el barquito de juguete que poco a poco se iba escorando, se hundía por la proa, se recostaba y al final se iba a pique.

—El *Titanic* —murmuró.

Volvían a su memoria las palabras de Mathias Dorchain. Después de la detención del «cojo», Mathias le había repetido finalmente toda su charla con el falso policía, pero entonces Weber no había hecho mucho caso del relato, pues estaba convencido de tener al culpable. Ahora, en cambio, recordaba el horrible accidente que costara la vida a la mujer y a la niña de Raphaël Dorchain. Y procuraba rememorar los extraños grabados percibidos en la habitación de Raphaël, cuando entró para detener al presunto culpable. En su mente se instalaba la verdad.

El naufragio había durado dieciocho minutos. Así pues, el crimen se había cometido poco antes de las nueve y media. Se volvió hacia el comisario.

—¿Sabe usted si llega aquí, hacia las nueve, algún tren procedente de París?

—Sí. Está el semidirecto de las nueve menos diez.

—¿Y tiene parada en Chartres?

—Por supuesto.

—Tráigame a Léonie.

Compareció la mujer de hacer faenas, con un pañuelo estrujado pegado a la nariz.

—Recóbrese ya. Sólo quiero hacerle dos preguntas. ¿El señor Dorchain recibía alguna vez a su hermano Raphaël?

—Sí, pero poco. Más bien era él quien iba a verle, pues, por lo que me he podido enterar, el señor Raphaël es… un poco raro. Parece que no está siempre en sus cabales.

—¿Y avisaba antes de venir?

—No, nunca. Una vez, llegó a la hora de comer. Tuve que prepararle unos huevos al plato. Yo ya casi me iba. ¡Figúrese la gracia que me hizo!

—Creo que no caben más vacilaciones —dijo Weber, tras despedir a Léonie.

—En su opinión —preguntó el comisario—, será Raphaël el que…

—Mucho me temo que sí. Llamaré al asilo desde su despacho.

Fueron a comisaría y el subjefe descolgó el teléfono.

—Raphaël Dorchain —explicó el director del asilo— no es exactamente un empleado. Le consideramos más bien como un ayudante benévolo. Lo tenemos con nosotros porque le queremos. Se ha acostumbrado al asilo y nos presta un sinfín de pequeños favores.

—Pero estará obligado a respetar la disciplina de la casa, ¿no?

—No. Suele comer en el refectorio con el personal; sin embargo, circula a su antojo; tiene habitación separada…

—O sea que no lo vigilan.

—En absoluto.

—¿Sabe usted si lo han visto, esta mañana?

—Espere un momento, por favor. Se lo voy a preguntar al encargado.

—Ya ve —dijo Weber al comisario, en voz baja—. Habría tenido tiempo sobrado de matar a su hermano y volverse a ir.

—En tal caso, hubiera cogido el ómnibus de las diez y veinte.

—Seguro. Conocía las costumbres de su hermano; sabía a qué hora llegaba Léonie… ¡Diga!

—Ya tengo la información —anunció el director—. No lo han visto en toda la mañana, pero ha comido con los demás.

—¿A qué hora?

—A las doce y media. ¿Ha hecho algo malo?

—Pronto se lo diré. Estoy en Le Mans. Espéreme.

Y gracias otra vez, señor Director.

Cuando la prensa publicó la noticia de que acababan de detener a Raphaël Dorchain, el revuelo alcanzó notables proporciones. No existió ningún pudor en difundir su vida privada. Las fotografías que adornaban su habitación se reprodujeron en primera página. Estaba claro que se trataba de un obseso

empeñado en consolarse a base de contemplar las catástrofes que padecían los demás. Y no tardó en entablarse una polémica: ¿quién era de verdad el culpable, Raphaël Dorchain o el «cojo», cuya pista ya no parecía interesar a la policía? Jourdieu, el dinámico abogado encargado de defender a Raphaël, mantenía un trajín incansable. Se veía en la obligación de admitir que su cliente no podía ofrecer ninguna coartada para los tres crímenes que le imputaban. Los testimonios del personal del asilo eran contradictorios. Para unos, Raphaël se había ausentado el día que asesinaron al comandante médico Dorchain en el tren; para otros, Raphaël estaba allí. Pero nadie se atrevía a afirmarlo… Ni pistola ni cuchillo habían aparecido en su habitación. «¿Y cómo iba a conseguirse una pistola el infeliz?», preguntaban los que creían en su inocencia. Otros objetaban entonces que el asilo había servido de hospital durante la guerra. ¿Acaso no hubo muchos heridos que se trajeron del frente, a guisa de trofeos, cascos, cartuchos, cuchillos de trinchera o revólveres?… Y Raphaël, que curioseaba por todos lados, ¿no se habría apoderado de algún arma que luego utilizaría para vengarse?

El abogado hacía valer un argumento. El mismo que había intrigado a Lupin. Mendaille, que se había casado con Béatrice mucho después de las desavenencias acaecidas entre primos, no era más que un extraño para Raphaël. Entonces, ¿por qué éste iba a…? «¡Confusión mental!», replicaban los más enconados. El abogado Jourdieu argüía: «Raphaël no está tan loco como dicen. Es cierto que más vale no hablarle del *Titanic*, pues entonces le asaltan crisis que luego le hunden en un estado de postración y estupor. ¡Sin embargo, es muy capaz de seguir una conversación y hasta de discutir con lucidez!».

Todo ello permitía augurar una formidable batalla de expertos. Entretanto, el juez de instrucción proseguía su tarea de hormiguita: interrogatorios, búsqueda de nuevos testigos, sobre todo entre los empleados de las estaciones de Le Mans y de Chartres, etc… Cada día se iba hinchando el expediente, pero la verdad se obstinaba en no salir de su pozo.

Se celebró un careo entre Raphaël y Mendaille, pero este último mantuvo una actitud evasiva. No, no podía afirmar nada. Tenía la impresión de que su agresor era más vigoroso que Raphaël, aunque claro, en un ataque de locura frenética, un demente es capaz de desplegar una energía extraordinaria, lo sabe todo el mundo. En resumen, como apuntaba un periodista de *Le Figaro*, el caso se había estancado. Una tentativa de asesinato, dos crímenes, la evasión de un sospechoso confundido con Arsène Lupin, tres barquitos de papel, un superviviente del *Titanic*… ¡y a pesar de todo, ni una sola prueba

absoluta! ¿Duraría aún por mucho tiempo esta parálisis de la justicia? ¿No saldría alguien al fin que fuera lo bastante inteligente —policía o magistrado— para poner orden en este embrollo?…

Lupin, desde su retiro, se distraía contando los golpes. Por descontado, el periodista de *Le Figaro* tenía razón: alguien había lo bastante inteligente para aportar la solución del enigma. Y este alguien se llamaba Lupin. Estaba claro. Pero Lupin sabía, por experiencia, que no hay que forzar los hechos ni encajarlos a destiempo en un sistema. Más vale dejar que se organicen por sí solos, que entonces siempre acabarán manifestándose. De modo que se pasaba largas horas amodorrado, repasando ocioso en su mente los elementos del caso. Los datos que apasionaban al público, a él le dejaban indiferente… los hermanos Dorchain… el *Titanic*… No distaba de considerar todos estos factores como hechos secundarios. En cambio, el billete de cincuenta francos absorbía todos sus pensamientos. Este enfoque le llevaba siempre a centrarse en Mendaille, y así se formulaba el problema:

Mendaille recibió una herida de Bernardin y no de Raphaël, circunstancia que, pese al barquito, le sitúa al margen y por así decir fuera del circuito. Y sin embargo, sigue constituyendo el núcleo del misterio pues me facilitó la huida. ¿Por qué? Ésta es la pregunta esencial. Y, por otra parte, ¿por qué su mujer se comporta de modo tan extraño? Como si también ella, por momentos, perdiera un poco la…

Esperaba, sin la urgencia de alcanzar una conclusión. No era hora de intervenir todavía. Pero pronto lo sería, puesto que dentro de dos días los herederos del difunto Verzy-Montcornet debían reunirse en Fontainebleau, en casa del notario Bérangeon; y Lupin tenía el claro propósito de asistir. Había conseguido fotos del abogado Jourdieu y no le había costado mucho maquillarse hasta reflejar las facciones del abogado: los cabellos separados por una raya al medio, bigote, gafas, algunas arrugas… Quizá no fuera una semejanza perfecta, pero bastaría para embaucar a un hombre que probablemente no seguía la actualidad de muy cerca. Lupin se lo imaginaba como un apacible notario de provincias, cuya lectura preferida sería sin duda la del *Journal officiel* antes que la de la prensa sensacionalista.

Y acertaba. Cuando, al cabo de dos días, se presentó en casa del notario Bérangeon, una hora antes de la cita prevista, el anciano no pensó ni un momento en pedirle que justificara su identidad. Era demasiado honesto para dudar de la probidad del visitante. Y, por lo demás, si se le hubiera ocurrido, Lupin ya llevaba encima documentos perfectamente imitados.

Bérangeon era bajito, seguramente calvo, pues lucía una especie de bonete similar a ese otro, tan célebre, de Anatole France, y se había puesto una chaqueta negra, de corte muy antiguo, que sólo utilizaría en ocasiones solemnes. Con cara de suma gravedad, Lupin le recordó al notario que como Raphaël Dorchain, su cliente, no había sido objeto de juicio hasta la fecha, no había perdido ninguno de sus derechos y que, por consiguiente, podía estar legalmente representado cuando se diera lectura al testamento.

—Ya entiendo… Ya entiendo… —decía el notario.

Indicó un sillón a Lupin y se instaló detrás de una amplia mesa de despacho.

—Confieso —prosiguió— que me siento muy turbado. Entre las personas a quienes he convocado, hay dos que acaban de morir asesinadas mientras que la tercera está en la cárcel, acusada de homicidio. ¿Debo hacerle notar que nunca me había encontrado en una situación tan… tan…?

—Insensata —dijo Lupin.

—Exacto. Ésta es la palabra. Cinco eran los interesados que debían presentarse: por una parte los tres hermanos Dorchain, por la otra la señorita Isabelle Verzy-Montcornet y la señora Béatrice Mendaille, de soltera Verzy-Montcornet. Pues bien, para colmo de la mala suerte, la señora Mendaille se ha disculpado… Se encuentra mal. Ah, qué contrariedad.

—O sea que a la postre sólo asistirá la señorita Isabelle, ¿no?

—Pues sí, y tampoco puedo seguir difiriendo la lectura de este testamento… La verdad es que me siento muy atribulado.

Más lo estaba Lupin pues, si se había decidido a organizar todo su numerito, lo hacía con el propósito de enterarse de las voluntades del viejo Verzy-Montcornet y de conocer por fin a Isabelle, pero también y quizá sobre todo para estudiar de cerca a Béatrice, acechar sus reacciones, oír las preguntas que no dejaría de hacer; así, al menos, lograría sacar algo en claro de esta extraña familia.

Lupin observó el antiguo reloj de esfera y péndulo que adornaba la chimenea. Disponía aún de mucho rato para interrogar al notario, o mejor dicho, para dejarle hablar, pues el notario, por causa de su trastorno, le estaba resultando muy parlanchín.

—Sabe usted —decía— que no conozco a los herederos, como tampoco conocí al señor Verzy-Montcornet. En cambio, mi padre, que era notario en Reims, mantenía con él una relación muy estrecha. Yo estudié en París. Me casé con una chica de Fontainebleau; así se explica que me estableciera aquí mucho antes de la guerra. En mi juventud, oía hablar a mi padre de su viejo

amigo —un tipo original, dicho sea entre nosotros— y después dejé totalmente de ir a Reims, tras el fallecimiento de mi padre. Conque, ya se figurará mi sorpresa cuando vi que se presentaba en mi casa este señor Verzy-Montcornet… Fue en febrero de 1914… ¿Y sabe para qué venía a verme?… Para redactar su testamento. Hubiera podido dirigirse a algún notario de Reims. Pues no. El notario Bérangeon padre merecía toda su confianza. De modo que el notario Bérangeon hijo también debía merecerla. Ésta era su manera de ser, lleno de ideas preconcebidas. Advierta que yo no podía quejarme. Qué mal se lo pasarían, sin embargo, los que no gozasen de su afecto. Y éstos hasta pertenecían a su propia familia. ¡Y ni hablar de hacerle mudar de opinión! Era más terco que una mula.

El notario se restregó los ojos, presa de una súbita turbación.

—No estoy traicionando ningún secreto —continuó—. Los interesados estaban al corriente. El viejo Montcornet nunca ocultó sus intenciones, ni siquiera las más impugnables, como ya verá dentro de poco. ¡Ah, qué cabezota! Tuvimos una discusión que duró toda una tarde. No me quedó más remedio que leerle los artículos del Código para persuadirle.

—¿Por qué? —dijo Lupin, vivamente interesado—. ¿Quería desheredar a alguien en contra de la Ley?

—Ahí está. Ha puesto el dedo en la llaga. Es una historia un tanto compleja… Sepa ante todo que estaba a matar con Xavier Mendaille, por causas que desconozco, pero que adivino de sobras pues, en cosas de negocios, era lo que, dicho sea entre nosotros, suele llamarse un truhan. Contribuyó sin duda a la ruina de Mendaille. No lo podía ver ni en pintura. Y entonces resulta que su nieta se enamora del chico y se casa con él a pesar de la oposición del abuelo… Ah, no se lo pensó ni un momento. Cogió el primer tren al instante y se me presentó aquí, furioso, empeñado en desheredar totalmente a la rebelde. Pero claro, la ley no le autorizaba a hacerlo. Su furor le había llevado a olvidarlo. Finalmente, tuvo que rendirse a la evidencia y ceder a Béatrice el mínimo legal, que, en todo caso, aún representaba una buena tajada. ¿Conoce usted los alrededores de Reims?

—Mal —dijo Lupin.

—Qué lástima, pues entendería mejor la situación. Ha legado a Béatrice Mendaille la casa y los viñedos que poseía en torno a Rethel. Es una pequeña finca, que hoy ya no debe valer gran cosa. Y ha dejado a Isabelle el castillo de Verzy y sus dependencias. El castillo es un bellísimo ejemplo del siglo XVIII, muy extenso, con un parque muy bonito y unas bodegas inmensas; ya sabe:

esas bodegas que se usan para la buena crianza del champaña, y naturalmente, en todas sus inmediaciones, hectáreas y más hectáreas de viñas.

—¿Y a sus sobrinos?

—Nietos sobrinos —corrigió el notario—. Tampoco los ha olvidado, pues Montcornet poseía acciones, valores, en fin, títulos diversos que por desgracia hoy sólo son papel. Pero si su cliente, Raphaël Dorchain, consigue demostrar su inocencia, recibirá al fin y al cabo un pequeño lote, teniendo en cuenta además que también heredará sin duda la parte de sus infortunados hermanos.

—Resumiendo —dijo Lupin—, Isabelle hereda la mayor parte de los bienes, Xavier Mendaille hereda lo que el viejo Montcornet no tiene más remedio que legarle, y Dorchain recoge las migajas.

—Cuidado —rectificó el notario—. Xavier Mendaille, personalmente, no recibe nada en absoluto, pues está casado bajo régimen de separación de bienes.

—Y durante la guerra, ¿Montcornet no cambió de opinión? Hubiese podido hacer un testamento más equitativo.

—Montcornet no era hombre que se volviera atrás en sus decisiones. Además, no sabía nada de los suyos, del mismo modo que tampoco su familia recibía noticias suyas. Las cosas, por consiguiente, se mantuvieron igual, y entonces falleció, poco después del armisticio… No obstante, no me confirmaron su defunción hasta hace poco. Como ya se puede suponer, las regiones ocupadas siguen víctimas del desorden.

Llamaron discretamente a la puerta y el pasante asomó la cabeza.

—Acaba de llegar la señorita Isabelle Verzy-Montcornet —murmuró.

—Dígale que pase.

Lupin se levantó con presteza. ¡Por fin conocería a la hermana de Béatrice, la inquilina de *Los Herrerillos*! Distinguió, en el umbral, una silueta vestida de negro. La visitante se avanzó hacia el notario y le tendió la mano. La luz la iluminó de lleno y Lupin crispó los dedos estrujando el respaldo del sillón.

Era Béatrice Mendaille.

VIII
ISABELLE Y BÉATRICE

Lupin tuvo fuerzas para callar, en el momento de las presentaciones.

—El señor Jourdieu… abogado de su primo… La señorita Verzy-Montcornet…

—Encantado, señorita.

¿Qué significaba ésta superchería? Lupin tenía un sentido demasiado agudo de lo cómico para no ceder en su interior a la hilaridad que le agitaba, por encima de las circunstancias. ¡Un abogado falso! ¡Una falsa Isabelle! ¿Y por qué no un falso notario?

Sin embargo, el notario Bérangeon ocupaba su sitio con solemnidad, unía los dedos y comenzaba a pontificar.

—Así pues, nos hemos reunido para proceder a la apertura del testamento de su difunto abuelo, señorita. Deploro la ausencia de su hermana, la señora Mendaille.

—También yo la lamento —dijo Béatrice—. Los acontecimientos de estos últimos días la han afectado tanto que se ve obligada a guardar cama. He tenido noticias suyas esta mañana.

«Embustera, pensó Lupin. Ni siquiera le tiembla la voz. ¡Un rostro de ángel que por desgracia no es más que una máscara!».

Bérangeon, mientras, abría su archivo, revolvía papeles y sacaba un sobre lacrado.

—Hubiese podido demorar la apertura del testamento —comentó—, pero como usted y su hermana ya lo conocen a grandes rasgos, ¿para qué seguir esperando? Ha llegado el momento de que entren en posesión de aquello que les pertenece con pleno derecho. Se puso los lentes y comenzó a leer: —El que suscribe, Michel, André, Fabien, Verzy-Montcornet, con pleno dominio de sus facultades mentales y físicas, en presencia de Louis Bérangeon, notario…

Lupin había dejado de escuchar. Pasado el primer instante de regodeo interno, le asaltaba ahora un tropel de preguntas que no propiciaban la chacota. ¿Por qué Béatrice se hacía pasar por Isabelle? ¿Estaba al corriente Isabelle y lo permitía? ¿O habían impedido que viniera? Pero, si había existido sustitución… La palabra deslumbró a Lupin… ¡Córcholis! ¿Y si esta sustitución no se limitara a hoy?… Las imágenes se atropellaban en su mente. Recordó su entrada en la pastelería de Mantes. Aún le parecía oír a la chica: «Se instaló en *Los Herrerillos* hace un año… Pobre mujer… No la vemos casi nunca… Seguro que ha sufrido tantas calamidades…».

Los pensamientos de Lupin aceleraban. «¡Pardiez! Béatrice se encarga de desempeñar el papel de Isabelle. Se deja ver lo suficiente para que los proveedores de Mantes crean en la existencia de Isabelle. Y el lunes, se muestra bajo los rasgos de Béatrice Mendaille, de Béatrice que viene a comer con su hermana. Le basta con cambiar de peinado, ponerse un velo, otras ropas, para adquirir un aspecto distinto. Es diferente de Isabelle y sin embargo tienen en común ese aire de familia. ¿Cómo va a percibir la gente el engaño? ¡Esa joven que compra regularmente un saint-honoré! Evidentemente es Béatrice Mendaille. Y la persona que contesta al campanillazo, en *Los Herrerillos*, evidentemente es Isabelle. Lo que ocurre es que nunca hay más de una sola mujer. Nadie, y con razón, ha logrado ver jamás que Isabelle abriera su puerta a Béatrice, porque quien tiene la llave es Béatrice. Llama, por dar el pego a los vecinos, y abre, tras asegurarse de que nadie la mira. No es extraño que el chalet respire ese clima de abandono ni que el polvo recubra los muebles. Béatrice, cuando es Isabelle, se limita a estar de paso. Y Béatrice, el lunes, cuando de verdad es Béatrice, se va por la tarde. ¡Qué astuta!

Y me tragué el anzuelo, se repetía Lupin. Me lo tragué como un novato. Pensar que si hubiera seguido observándola, cuando tiró de la campanilla… De modo que los pasos detrás de la verja, la exclamación contenida, al leer la carta de Mathias… Era Béatrice, y sólo ella, siempre ella… Pero entonces, ¿qué se ha hecho de la verdadera Isabelle?… ¡Ha de existir no obstante si la ha interrogado un inspector!… ¡Pues no, precisamente no! Doudeville me dijo que se trataba de un inspector de Mantes, que fue a *Los Herrerillos*. O sea que no conocía a Béatrice. Y ella se hizo pasar por Isabelle. El inspector ya la había avisado del día que iría a visitarla…».

Lupin, acalorándose, iba de hallazgo en hallazgo, sin prestar ya ninguna atención a la lectura del testamento. Bérangeon hablaba de *reserva*, de *tercio de libre disposición*… Con el cuerpo inclinado hacia delante, Béatrice

escuchaba o al menos lo simulaba. Su rostro mostraba una palidez extrema, y parecía sufrir. Lupin apreciaba la elegancia de sus ropas de luto y la veía más misteriosa, más distante que nunca. Y la miraba con intensidad, buscando el modo de resolver un nuevo contratiempo.

Si no hubieran muerto los dos primos ni hubieran detenido al tercero, hubiesen estado presentes los tres, y la sustitución resultaría imposible. Es probable que los hermanos Dorchain llevaran mucho tiempo sin ver a Béatrice, pero, pese a todo, enseguida la hubieran reconocido. Por lo tanto, la ausencia de los tres hermanos era un requisito indispensable, y hasta definitivo, para que Béatrice pudiera pasar por Isabelle a ojos del notario, quien por su parte jamás las había visto, ni a la una ni a la otra. Pero, en tal caso, se trataba por fuerza de un plan, urdido desde tiempo atrás. ¿Y cuál era la finalidad de este plan?…

«Ahora ya sé por dónde ando —pensó Lupin—. Un paso más y poseeré la verdad. Una verdad que, a estas alturas, me aterra… Y sin embargo, debo rendirme a la evidencia: Béatrice quiere apoderarse de la herencia de su hermana… Y quizá incluso, tras eliminar a los Dorchain, de la totalidad de la herencia Montcornet… Pero no, no es posible; esta mujer no puede ser una criminal… ¡O, de lo contrario, soy un hombre honrado!… No, no ha asesinado a nadie… Esto sí que lo puedo jurar… De modo que si está aquí, pasando por Isabelle, significa… significa… Vaya, Lupin, no acostumbras a ser tan tímido… Concluye de una vez… Significa que está actuando como cómplice de alguien. ¿Y de quién?… De Mendaille, claro… De Mendaille, su marido… De Mendaille, que está lleno de deudas y que anda muy necesitado…».

Lupin se quitó las gafas, se frotó los ojos. La evidencia le hería como un foco resplandeciente. Pues ahora tenía la impresión de entenderlo todo. Todo se volvía claro, si Mendaille era el culpable. Seguramente, llevaba tiempo planeando el golpe, pero mientras no se manifestaran los Dorchain, no podía hacer nada. Esperaba la oportunidad, convencido de que cuando se abriera la sucesión del viejo Montcornet, reaparecerían los tres hermanos. ¿Cómo se las arreglaría para suprimir a los tres? Quizá lo ignorara, o bien ya tenía preparado un plan diabólico. La cuestión es que el azar había venido en su ayuda. Podía presentarse como víctima, a su vez, de un desvalijador que le hería de un tiro, dejándolo medio muerto. Conque, si lograba imponer esta agresión como la primera de una serie y si luego morían los tres hermanos, ¿quién iba a sospechar de él, de Mendaille? ¿Pero cómo asentar esta idea de serie?… Pardiez, se le ocurre en la clínica, adoptando el papel de hombre

postrado, de herido que no se acuerda de nada… Y se inventa el barco, la carta de amenaza transformada en barquito… Le viene a la memoria que el primo Raphaël pasó una temporada en un sanatorio después del hundimiento del *Titanic*. La jugada del barquito es propia de un orate. Bastará con que la policía, por lerda que sea, descubra las cartas de amenazas en forma de barquitos para que, un día u otro, oriente sus pesquisas hacia la persona de Raphaël. Sin embargo, para que triunfe esta interpretación, conviene que la policía encuentre en sus papeles una carta de amenazas, el primer barco. ¿Quién escribirá esta carta? Y sobre todo, ¿quién la meterá en el archivo del despacho?… ¿Béatrice?… ¿Béatrice, esa mujer de rostro torturado, convertida por Mendaille en esclava?… Pero si así fuera, ¿tendría que haberle revelado el plan? ¡No, ella no!… ¡Ha sido el otro, caramba, el pelirrojo!

—¿No es cierto, abogado?

Algo le estaba diciendo el notario. No había oído la pregunta. Balbuceó:

—Sí, claro. Estoy plenamente de acuerdo.

Y reanudó enseguida el hilo de sus razonamientos, un hilo terriblemente sólido. Por fin el pelirrojo encontraba su sitio en el *puzzle*. Sin duda, el pelirrojo había sido una de las visitas más tempranas. Y nadie se había fijado en él. Mendaille le encargaba que actuara y le confiaba las llaves de su casa.

—Cáspita —se dijo Lupin—. Esta vez, por este lado se disipa el misterio. Decididamente, voy bien orientado. Quizá aún no sé predecir el futuro, pero descifro el pasado la mar de bien. El pelirrojo se introduce una noche en casa de Mendaille y coincide conmigo que ando de registro. Creí que venía a robar. Al contrario. Venía a guardar la carta en el archivo. Si no me hubiera escondido con tantas prisas, si le hubiera observado desde el momento en que entró en el despacho, le hubiera visto operar. Por desgracia, cuando arriesgué un vistazo, ya había terminado. La carta ocupaba el sitio destinado a que Weber la encontrara. Sólo tuve tiempo de presenciar el hurto del billete de cincuenta francos…

Llegado a este punto de su reflexión, Lupin se detuvo, insatisfecho. ¿Qué pintaba aquí el billete de cincuenta francos? No encajaba. «Recobrar la tranquilidad —suspiró Lupin—. Encerrarse en casa, prohibiendo la entrada. En lugar de razonar a salto de mata, entre este notario que no para de zumbar y esta mujer, más muda que una tumba, y que parece extenuada… Y hablando de tumbas, tenemos la del mariscal Davout… Y también conviene recordar el interludio de la Opéra Comique… Se ruega no olvidarlo. Pero con calma, Arsène. Cada cosa a su tiempo. De momento, sigamos con el barquito. Nos lleva a Félicien Dorchain, limpiamente asesinado por el pelirrojo que le mete

una carta en el bolsillo del chaquetón. ¡Cómo no ha de extrañarnos que las víctimas no rechistaran ante las amenazas! Si las recibían… permítaseme el decirlo… cuando ya habían fallecido. ¡Un momento! ¿Cómo se enteró el pelirrojo de que Félicien había cogido el tren de París?… Vamos, hombre, si es un juego de niños. Se enteró porque Félicien acababa de escribir a sus primos Mendaille que iba a verlos, indicándoles, el muy desgraciado, el día y la hora de su llegada».

—¿Le parece todo claro, señorita? —inquirió el notario.

Béatrice asintió despacio con la cabeza.

—¿Y a usted también, abogado?

—Clarísimo —dijo Lupin, que sólo pensaba en sus deducciones, cada vez más satisfecho. No tenía siquiera necesidad de indagar: los hechos se ordenaban por sí solos, se le anticipaban casi. Por ejemplo, la jugada de la llave, esa llave que Mendaille le había deslizado en la mano a raíz de la reconstitución, y que le había permitido huir… Francamente, de lo más sencillo. Mendaille no tenía opción, así de fácil. No podía permitirse el lujo de dejar a un sospechoso en manos de la policía si había imaginado la estratagema de la serie. Para que esta serie continuara, para que su cómplice pudiera liquidar a Mathias, necesitaba que el sospechoso quedara en libertad. Si Mathias moría asesinado, estando «el cojo» en la cárcel, hubiese habido dos criminales y, en tal caso, el jaleo, la confusión resultante hubiesen impugnado la teoría de la «serie». Las investigaciones, entonces, habrían prescindido quizá de Raphaël; esto hubiera supuesto la necesidad de matarlo *también* a él… Mendaille, impelido por las prisas, había tomado sus precauciones. Tal vez había reconocido a su agresor, pero esto le importaba poco. Lo esencial era barrer estorbos, y a fe que lo había conseguido con pasmosa sangre fría. Ya nada se oponía a que el pelirrojo suprimiera a Mathias. La escena podía imaginarse fácilmente. Se presentaba como un enviado de Mendaille; Mathias, confiado, abría la puerta de par en par para recibir a quien venía de parte de su primo. De inmediato, el otro le acogotaba, le ahogaba en la bañera… y, soberbia idea, añadía el barquito de papel.

Esta vez, por muy sandio que fuera Weber, vería la relación con el *Titanic*. Lupin sintió admiración. Sintió verdadera admiración. Toda la empresa denotaba tal maestría en su ejecución que hasta él mismo había creído por mucho tiempo el engaño. ¡Y eso que tenía sobrada experiencia en burlar maquinaciones! Pero ahora, la apropiación indebida de la herencia Montcornet estaba a punto de consumarse ante sus ojos. El notario tendía una pluma a la falsa Isabelle.

—Si quiere firmar, señorita… Aquí… y aquí.

Y la señorita firmaba. Se convertía en propietaria del castillo, de las viñas, de las bodegas, del champaña Verzy-Montcornet. Isabelle, la auténtica, quedaba legalmente despojada. ¿Pero dónde estaba? ¿La habían asesinado igualmente?… ¿Serían unos monstruos los esposos Mendaille? ¿Ambos?… Dentro de unos días, Béatrice se presentaría a su vez en la notaría, bajo un aspecto levemente distinto, con un velo más grueso, y volvería a repetirse aquí la comedia que tanto éxito había obtenido en Mantes. Bérangeon no se enteraría de nada. Y esta vez sería Béatrice la que firmara; es decir, con su nombre. Lo más increíble es que Lupin actuara como testigo de esta prevaricación. ¿Pero qué podía hacer? Si desenmascaraba a la joven, se delataba a sí mismo. Y además, ¿no era aún demasiado pronto para intervenir? Debía esperar. Entretanto, el notario se esmeraba en secar la tinta con un secante.

—Le felicito, señorita —dijo—. No obstante, al mismo tiempo quiero prevenirla. Hereda usted unos bienes que se hallan en un estado lamentable. No crea que, de la noche al día, se va a encontrar poseedora de una fortuna importante…

Lupin prestó oídos.

—He cuidado de informarme —prosiguió el notario—. El castillo, o mejor dicho su castillo, está hecho una lástima. Ha sufrido bombardeos múltiples. No hablemos ya de las viñas. Los obuses destrozaron las tierras. Por lo que se refiere a las bodegas, han salido mejor paradas pero sirvieron de acuartelamiento para las unidades que fueron ocupando el sector. ¡Y ya sabemos qué estragos llegan a cometer las tropas!… ¿No es cierto, abogado?

—Exacto —dijo Lupin—. Pero queda el suelo, que puede venderse a buen precio.

—Sin duda. Pero ¿quién querrá comprar, hoy en día, una propiedad que no producirá beneficios durante varios años?

—Si no entiendo mal —insistió Lupin—, parece que esta herencia es un mal negocio, ¿no?

—No digo tanto —protestó Bérangeon, alzando una mano—, pero si la señorita aquí presente quisiera cobrar sus haberes enseguida, no sacaría gran cosa. Y lo que vale para ella, vale asimismo para la señora Béatrice Mendaille.

—¿Recibirán al menos indemnización a título de reparaciones?

—¡Uf! ¡Eso de las reparaciones! —dijo el notario, encogiéndose de hombros.

«Entonces, ¿por qué tanto crimen? —pensó Lupin—. ¿Por qué tanta saña en apoderarse de unos bienes sin valor inmediato? ¿Están luchando los Mendaille, arruinados, por entrar en posesión de unas ruinas? No parece que tenga fundamento. Hay algo esencial en todo esto que se me escapa».

Béatrice se había levantado. El notario le estrechó la mano y la acompañó hasta la puerta. Béatrice se volvió y dedicó a Lupin un breve gesto de cabeza. Lupin saludó.

—Despedida perfecta —se dijo—. Ni un desliz. Ni el menor desfallecimiento. Un modelo de dignidad, aunque poco faltó para que le estallaran los nervios. Pero no van a quedar así las cosas. ¡Nos veremos las caras, misteriosa señora!

—Pobre muchacha —comentó el notario Bérangeon—. Me gustaría saber cómo se las va a arreglar con el castillo… Por lo que atañe a su cliente, abogado, todo queda en suspenso, naturalmente… ¿Será tan amable de firmarme este atestado?

—No faltaba más.

Lupin se apresuró a despedirse; quería celebrar lo antes posible una entrevista decisiva con Béatrice. La vio dirigirse a la estación y la siguió. La joven, a veces, daba la impresión de andar tambaleándose y, en dos ocasiones, debió detenerse y apoyarse en la pared.

Llevaba un billete de ida y vuelta pues salió directamente al andén. Lupin sacó uno de primera y esperó el tren, lejos de ella, paseando sin cesar como un viajero absorto en sus pensamientos. No obstante, la observaba de reojo. Béatrice acababa de sentarse en un banco. Se notaba fácilmente que estaba al borde de sus fuerzas, y Lupin se alegró. ¡Vaya! Quizá era menos culpable de lo que sugerían las apariencias. Era Mendaille, el horrible Mendaille quien la empujaba, quien la obligaba a desempeñar ese odioso papel. O sea que la tenía cogida. ¿De qué modo?…

Llegó el tren y Béatrice subió a un compartimento de primera. Lupin se encaramó al mismo vagón por la otra punta y coincidió con Béatrice en el pasillo. Manifestó un discreto asombro.

—Veo que nadie ocupa este compartimento —dijo—. Si prefiere estar sola, me meteré en otro. De lo contrario, me quedaré aquí. ¿Me lo permite?

—Por favor.

Se sentó frente a ella.

—Penosa situación, señorita. La ha afrontado usted con mucho valor. ¡Y sola! Quizá rodeada todavía de peligros…

—¿Peligros? ¿Por qué? —preguntó Béatrice con un destello de inquietud en los ojos.

—Bueno, verá —explicó Lupin amablemente—, si su primo Raphaël es inocente, cosa de la que estoy convencido, esto significa que el asesino aún anda suelto… ¿Quién sabe si no está proyectando nuevos crímenes?… ¡Y usted vive tan aislada en *Los Herrerillos*!… ¿No le da miedo?… Yo, en su lugar, me iría a vivir con su hermana… O que ella viniera a vivir con usted. Le aseguro que sería una manera de desconcertar al asesino. Ya no sabría quién es Isabelle ni quién es Béatrice… Y no sería el único. Mire, yo, por ejemplo. Bueno, pues ya no sé si es usted la señorita Verzy-Montcornet o la señora Mendaille. La última vez que vi a la señora Mendaille, fue primero en la Opéra Comique y luego en el Père-Lachaise, y figúrese que…

Béatrice se acurrucó en su esquina mientras una repentina e indecible expresión de angustia cubría su rostro.

—¿Quién es usted? —murmuró.

Lupin se inclinó, le asió las manos y habló con ardor:

—Soy el que la puede salvar… Señora Béatrice Mendaille. No, no tema. Le doy mi palabra de que soy su amigo y que sólo pretendo defenderla y defender sus intereses.

La joven vacilaba aún. Había sin embargo tanta autoridad, tanta dulzura y tanta juventud en los ojos que la miraban que poco a poco fueron disipándose sus suspicacias. Lupin comprendió que tenía la partida ganada.

—Confíe en mí —insistió—. Ya sé muchas cosas de su familia. Pero lo que ignoro, lo que he de saber a toda costa, es la causa de que obedezca a su marido en contra de su conciencia. No me engaño, ¿verdad? ¿Le obedece obligada y por la fuerza?

—Sí.

—¿Por qué?

Béatrice reflexionó, luchando consigo misma, y luego de pronto se decidió.

—A estas alturas… Si sabe tantas cosas, se habrá informado acerca de mi abuelo, ¿no?

—Sí. Era un viejo difícil.

—Difícil es poco. Todo el mundo se plegaba a su voluntad. Era un jefe de familia chapado a la antigua… de una intransigencia absoluta. Cuando nuestros padres murieron, nos recogió, a mi hermana y a mí, y nos educó de la misma manera que había educado a nuestro padre, con rigor. Contrató a una solterona para que viniera a darnos clases particulares, pues desconfiaba

del efecto que pudieran producirnos las promiscuidades del colegio. Rara vez nos visitaba alguien. No era una vida fácil. Por suerte, teníamos a nuestros primos que venían a pasar las vacaciones con nosotros. Era lo único bueno del año…

Comenzó a temblarle la voz y desvió la mirada hacia el paisaje que pasaba por la ventanilla.

—Ya entiendo —dijo Lupin suavemente—. Sin embargo, Xavier Mendaille… su marido…

—Tenía negocios con mi abuelo —prosiguió Béatrice—. El abuelo quería comprar sus viñedos… Xavier solía venir al castillo y se empeñó en casarse conmigo. Hasta me pidió en matrimonio. ¡Figúrese la respuesta! En principio, era mucho mayor que yo y no me gustaba nada. Luego, andaba medio arruinado. Hubo una escena horrible. El abuelo casi lo echó a la calle y logró adquirir, por intermediarios, la propiedad de los Tres Pozos. Xavier… En aquel momento, me dio lástima… Xavier se marchó de la región y se estableció en París.

—Bueno —dijo Lupin—. Todo esto ya lo sabía más o menos… Pero hay algo más.

Béatrice enrojeció.

—Sí, hay algo más. Si es usted hombre de honor, abogado, no le costará entenderme…

Había bajado la voz y Lupin se sentó a su lado para no perder palabra de la confesión, cada vez más ininteligible por culpa del ruido del tren.

—El abuelo nos trataba como a chicos, consideraba que las niñas bien nacidas han de saber montar a caballo. Había hecho la guerra del 70 en caballería y tenía establos en el castillo. Íbamos a un picadero de Reims, propiedad de uno de sus amigos. Allí nos enseñaban. Nuestro profesor de equitación era un joven de veintidós años… Lucien Debruyne, que… en fin, él y yo… Disculpe, abogado…

—Está todo muy claro y no tiene nada de extraño —dijo Lupin—. Piense que la guerra ha barrido muchos prejuicios… ¿Y qué ocurrió?

—Un día, me di cuenta de que estaba…

Ocultó su rostro entre las manos.

—¿Se lo dijo al joven? —preguntó Lupin.

—No. No quería que se sintiera obligado. Me limité a preguntarle si quería casarse conmigo.

—¿Y se desentendió? Pretendió que era demasiado joven para comprometer toda su vida… En fin, los argumentos que se dan en estos casos.

—Sí.

—Y usted, desesperada, como no se atrevía a confesar su falta al ogro de su abuelo, recordó que alguien había pedido su mano y recurrió a Xavier Mendaille, ¿no?

—Sí.

—Me voy haciendo una idea de cómo es usted. De modo que supongo que se lo contó todo. Y él aceptó ser el padre de su hijo.

—Sí.

—O sea que, por una vez en su vida, fue capaz de portarse como un gentilhombre. Qué asombroso. Pero… ¡espere! Qué digo. Al contrario, aprovechó la ocasión, como el canalla que es. ¿No la estoy hiriendo, al menos?

—¡Oh, no!

—¡Mendaille pensó que el abuelo no iba a vivir eternamente! Y que algún día sería el dueño tanto de la propiedad que se había visto obligado a vender como de Verzy-Montcornet. Por fin la gente de la región le reconocería como señor del castillo, con todos sus honores y todos sus poderes. ¡Qué desquite! ¿Exagero?

—No.

—¡Qué granuja! ¿Y qué hizo su abuelo, cuando se enteró del matrimonio?

—Me escribió: «*No vuelvas a aparecer nunca más ante mí*». Entonces, nos instalamos en la casa de la calle La Rochefoucauld, que mi madre nos había dejado a mi hermana y a mí. Cuando me nació el niño, mi pequeño Sylvestre, tuve que separarme de él y confiarlo a un ama de cría. Xavier lo detestaba.

—Claro. Y entretanto, ¿a qué se dedicaba el generoso Xavier?

—Vivía de mi dote, pues Isabelle y yo habíamos heredado de nuestros padres una relativa fortuna.

—¡Me las pagará!… Disculpe. Tengo cierta tendencia a excitarme. Pero es cierto. Algún día, Mendaille habrá de pagar por todas las vilezas que ha cometido. ¿Se enteró de que su abuelo quería desheredarla?

—Oh, el abuelo nunca lo ocultó. Al contrario. Enseguida supimos las disposiciones dictadas al notario Bérangeon. Xavier se puso furioso. Tiene un carácter muy violento. Aquel día, me pegó…

Se sacó un pañuelito del bolso y se secó las lágrimas.

—Me achacaba la culpa de todo —balbuceó—. Mi vida se convirtió en un infierno. Y después estalló la guerra. Pensé entonces: «Lo van a movilizar… A lo mejor lo matan…». Sí, me sentía tan desgraciada que ya sólo deseaba

que lo mataran. Pero él se las arregló para esconderse. No lo descubrieron hasta 1915. Respiré. Me había librado de su presencia. Desde la declaración de guerra, mi hermana vivía con nosotros. Por fin íbamos a estar tranquilas las dos. No teníamos noticia alguna del abuelo, que no había querido abandonar el castillo, y yo me sentía casi aliviada. Tantas querellas me habían dejado agotada. Por desgracia, Xavier cayó herido, muy levemente, y logró que lo declararan inútil. Y todo volvió a empezar como antes… Fue peor incluso. Xavier se dedicó a especular con ciertos suministros de guerra. Nunca supe exactamente en qué consistían sus trapicheos, pero lo que sí es seguro es que perdía dinero en lugar de ganarlo. Y yo no podía decir nada.

—¿Por qué?

—Porque le había dado un nombre a mi hijo.

Lupin calló, muy conmovido a su vez. Lamentaba sus anteriores sospechas, que por un instante le habían inducido a creer que la joven era capaz de las peores ruindades. Admiraba ahora su perfil, poetizado por el velo, y apreciaba la altivez de su rostro, siempre erguido a pesar de las contrariedades.

—Le pido perdón —dijo al fin—. Creí… pero no, prefiero guardarme para mí lo que llegué a creer.

El tren osciló al cambiar de vía. Lupin reconoció los cobertizos y los almacenes que el tren iba dejando atrás.

—Rápido. No tardaremos en llegar. ¿Y su hermana?

—Murió. La mataron el año pasado, el Viernes Santo, en la iglesia de Saint-Gervais. Isabelle iba con frecuencia a esta iglesia. Recuerda usted que los alemanes bombardearon París con un cañón muy grande…

—La Bertha.

—Sí. Aquel día, hubo muchas víctimas y no todas pudieron identificarse.

—¿Y entre ellas figuraba su hermana?

—Sí. Xavier me prohibió que declarara el fallecimiento de Isabelle. Pretendió que estaba de viaje. Por otra parte, teníamos muy pocas relaciones…

—Ya entiendo. Por la herencia, ¿no? Cuando se muriera el abuelo, bastaba con que usted se hiciera pasar por ella, y así le tocaba la parte más importante de la herencia.

—¡Oh! El plan de Xavier no se limita a eso. Quiere ser dueño único del castillo y de las viñas. Por consiguiente, ahora me obligará a que le haga donación de todos mis bienes.

—¡Qué astuto! —exclamó Lupin—. Evidentemente, en tanto que Isabelle, tiene usted perfecto derecho a ceder sus posesiones a su cuñado. Pero ¿no sospechará el notario Bérangeon?

—Es que no firmaré el acta en su despacho. Lo haré delante de otro notario, en Mantes, el notario Noblin, que vive en la plaza del Marché-au-Blé.

—¿Y qué le dirá para justificar esta decisión que, pese a todo, es tan insólita? El notario creerá que Isabelle Montcornet ha sido amante de Mendaille.

—Xavier ya lo ha previsto todo. Debo explicarle al notario que me retiro del mundanal ruido. Que cogeré hábitos y que ingresaré en una orden extranjera dedicada a la pobreza.

—Este hombre es un demonio —murmuró Lupin—. ¿Y le obedecerá?

—Sí.

—¿Hasta tal punto la tiene cogida?

—Sí. A causa de mi hijo.

—¿Quiere decir que le impediría verlo, que la separaría de él?

—No me atrevo a imaginar lo que sería capaz de hacer Xavier. No olvide que legalmente es el padre de Sylvestre. Y que está dispuesto a todo para convertirse en el señor de Verzy-Montcornet. Además, ahora tiene ambiciones políticas.

—¡Ah, conque es eso! Sin duda aspira al consejo general, a un escaño de diputado… Necesita ser un pequeño hidalgo local. No obstante, me parece que usted le podría plantar cara. Y yo, a mi vez, podría ayudarla…

—¡Oh, no!

Béatrice había gritado, se había apartado de Lupin con violencia.

—¿Cómo? —dijo éste—. ¿Le doy miedo?

—No. No es esto. Perdone.

—¿Hay algo más?

Béatrice asintió con la cabeza.

—Hable… Sobre todo si ha de anunciarme un nuevo infortunio. La aliviará. Con todo, creo que ha tocado usted fondo en su desgracia.

—Todavía no… Hace dos meses, encontré en un bolsillo de mi abrigo una carta que alguien había metido hábilmente, sin que yo me diera cuenta. Estaba escrita por Lucien.

—¡Lucien Debruyne! El chico que…

—Sí. Era una carta muy larga. No es fácil resumirla.

—Inténtelo. ¿Qué decía, en general?

—Bueno, pues decía que al empezar la guerra le habían hecho prisionero. Y que, detrás de las alambradas, había tenido mucho tiempo para pensar. Que había comprendido lo mal que se había portado conmigo. Decía que el cautiverio le había hecho madurar y ahora estaba más seguro de sus sentimientos. Me pedía perdón.

—Naturalmente, aún la quiere.

—Sí.

—¿Y usted a él?

—Sí.

—¿Sabe que está casada?

—Sí. Pasó mucho tiempo buscándome. Se informó. Me daba su dirección. Le contesté. ¡Me sentía tan desgraciada! Le expliqué por qué me había casado con Xavier…

Béatrice asió a Lupin por la muñeca.

—Pero no se vaya a creer… Al contrario, le dije que estábamos separados para siempre, que no podía esperar nada de mí. Sin embargo, siguió escribiendo, al apartado de correos. ¡Sus cartas me daban mucho ánimo! Y me aliviaba tanto contestarle. Pobre Lucien…

Se llevó de nuevo el pañuelo a los ojos.

—¡Tsssst! —murmuró Lupin—. Es fácil adivinar lo que luego ocurrió. Su marido descubrió alguna carta de… de Lucien… Usted no se había decidido a destruirlas ni había sabido esconderlas…

—¡Peor aún! Cayó en sus manos una carta que yo tenía empezada para Lucien… Era lo más horrible que me podía suceder. Me amenazó de un modo espantoso. Me dijo que si no rompía con Lucien y que si no me sometía a su plena voluntad, pediría el divorcio…

—¿Pero no es lo que más le convenía a usted?

—¡Espere! Como, por culpa de estas cartas, dictarían el divorcio a su favor, me echaría y se quedaría con mi hijo… Me sentí anonadada. Hasta caí gravemente enferma.

—Avisaría a Lucien, naturalmente.

—Sí. Logré comunicarle que no podíamos seguir escribiéndonos y menos aún encontrarnos, pues seguramente me vigilaban.

—¿Tuvo alguna vez la impresión de que la espiaban?

—Varias veces. Xavier es muy capaz de contratar los servicios de un detective privado.

—¿Nunca advirtió la presencia de un hombre pelirrojo?

—No.

—Continúe.

—Lucien se negó a escucharme. Se inventó una estratagema. Xavier sabe que me gusta mucho la música y que suelo ir a la Opéra Comique. Entonces, Lucien se las arregla para ocupar antes que yo el sitio que tengo abonado, en un palco, introduce entre los muelles del asiento una nota que después yo retiro, sin que nadie se dé cuenta.

Lupin sonrió:

—Muy bien pensado. Ahora voy a decirle cómo le contesta usted. Compra unas flores y las lleva a la tumba del general Davout. Dichas flores esconden una carta.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya se lo contaré un día.

—Pues sí. Así van las cosas. Meto la carta en un tubo metálico para resguardarla de la lluvia. Si hay algún espía que me sigue, por orden de mi marido, ¿cómo podrá descubrir la verdad?

—¿Y por qué Davout?

—¿Y por qué no? Es un lugar desierto, esto es lo que importa.

—Me gustaría conocer a este Lucien —dijo Lupin—, es un hombre de recursos… ¿Y qué piensa él de la muerte de sus primos?

—Lo ignoro. Por prudencia, hemos dejado de escribirnos.

—¿Y usted qué piensa?

—¿Yo?

—Sí. ¿No sospecha que su marido tiene algo que ver con el asunto?

—¿Él? ¡Oh, no! Carece de escrúpulos, pero de ahí a…

—Aun así, si sus primos siguieran vivos, usted no hubiese podido pasar por Isabelle en el despacho del notario Bérangeon.

Béatrice le miró con una angustia repentina, pero luego se le serenaron las facciones.

—Imposible —dijo—. Olvida que primero hirieron a Xavier… Además, él aún estaba en la clínica cuando el pobre Félicien… No. Es un hombre brutal, impulsivo, pero incapaz de actos semejantes.

Ya desfilaban velozmente las casitas de las afueras. Faltaba poco para París.

—Resumiendo —dijo Lupin—: O se limita a revelar que ha mentido y que su hermana falleció hace tiempo; y en tal caso, su marido pierde la partida, pero cae sobre usted el deshonor, por haber sido su cómplice, ¡y qué vergüenza para su hijo, que lleva el apellido de Mendaille! O bien cuenta toda la verdad, denuncia a su marido, declara públicamente el chantaje a que él la

está sometiendo, y entonces la falta que antaño cometiera queda expuesta a la avidez de los curiosos, que considerarán a Sylvestre como hijo del pecado… como un bastardo…

—No pronuncie esta palabra —suplicó Béatrice—. ¿No ve que no tengo medios de oponerme? Al contrario, si cedo, Xavier me devolverá las cartas, aceptará que nos separemos y me dejará a Sylvestre, y hasta se alegrará de sacársenos de encima.

Lupin meditaba, mientras el tren empezaba a perder velocidad.

—¿Cuándo debe usted visitar al notario Noblin para firmar esa donación?

—Dentro de una semana exactamente. Xavier me acompañará. Ha elegido Mantes porque ahí me conocen como Isabelle. No nos costará encontrar los dos testigos necesarios.

—Una semana —dijo Lupin.

—Una semana —repitió Béatrice—. Ya ve que no hay nada que hacer.

—¡Oh, sí! ¿Cuántas cartas tiene Mendaille?

—Cuatro.

—Supongo que no anda todo el día con ellas. ¿Las guarda en algún banco?

—No. Las ha escondido en casa; estoy segura. Llevo varias semanas buscándolas.

—A mí sólo me hará falta una hora —afirmó Lupin, con tanta persuasión que una leve sonrisa iluminó fugazmente el rostro de Béatrice.

—¿O sea que puedo fiarme de usted? —dijo la joven—. ¿Cómo agradecérselo?

—Siguiendo fielmente mis instrucciones.

El tren entró en la estación. Chirriaron los frenos. Ya había viajeros que se apresuraban por los pasillos. Se levantaron. Lupin preguntó:

—¿En dónde tiene a su hijo?

—En Valmondois, en casa de la señora Mélie Aulaire.

—¿Y cuándo lo va a ver?

—En principio, dos veces por semana.

—Perfecto. Pues bien, pasará usted la tarde y la noche en Valmondois y no vuelva a su casa hasta mañana.

—Pero… ¿Y mi marido?

—Ya me encargo yo de él. Celebraremos juntos una pequeña entrevista muy confidencial y nos sentiremos mucho más cómodos si no se halla usted presente.

—¿Espera recuperar las cartas?

—Las recuperaré.

—¿Y me las devolverá?

—Se las devolveré.

Béatrice tuvo entonces un gesto encantador de gracia y espontaneidad. Se irguió de puntillas y depositó un besito en la mejilla de Lupin.

—Gracias… de todo corazón.

«Qué no haría por ti, pensó Lupin. ¡Ah! ¡Qué suerte tiene ese Lucien!».

—Cuidado —advirtió—. Aunque se vea privado de esas cartas, que son su mejor arma, su marido seguirá siendo un hombre peligroso, mientras tenga a Sylvestre como rehén. Por lo tanto, tendremos que ganar otra manga. Pero la ganaremos, no se preocupe.

Ayudó a la joven a bajar del vagón.

—Anda en paz —murmuró, viendo cómo se alejaba—. ¡Lupin vela por ti!

Una hora más tarde, Lupin se presentaba en casa de Xavier Mendaille. El criado le condujo al salón.

—Abogado Jourdieu, del Colegio de París. No se olvide.

—Sí, señor… El señor está ocupado, pero de todos modos creo que podrá recibirle.

Lupin verificó su disfraz ante el espejo. Mendaille nunca reconocería al hombre que días antes le había traído la policía. Tenía más pinta de abogado que uno de verdad. Como solía ocurrirle, cuando se disponía a entablar un combate peligroso, se sentía lleno de ánimos, convencido de su astucia y de su fuerza. Percibió entonces el rumor de una discusión violenta en el despacho. Se acercó sigiloso al umbral del salón y aguzó el oído. Enseguida reconoció la voz de Mendaille que gritaba:

—Le digo que cobrará.

Otra voz, también enojada, replicó:

—¿De qué forma? Ya no le queda nada que vender.

—¿Y usted qué sabe? Sólo le pido un mes.

—Ni un día más, si no le embargo.

«¡Diablos! —pensó Lupin—. Ya le convenía meter mano a la herencia. De algún modo la podrá aprovechar… aunque, si hay que hacer caso de lo que dice el notario…».

Retrocedió no obstante al fondo del salón cuando oyó el ruido de unos pasos que se acercaban. La puerta del despacho se abrió con violencia. El visitante salió tan aprisa que Lupin apenas tuvo tiempo de entreverlo. El

viejo, criado lo acompañaba hasta la puerta de la calle. Mendaille, sin esperar a que sus facciones recobraran la calma, entró en el salón.

—Abogado, estoy con usted. Si es tan amable de pasar a mi despacho… Y ahora, siéntese, por favor. A qué debo el honor…

Lupin había tenido tiempo sobrado de trazarse un plan y preparar el ataque.

—Represento —dijo— los intereses de su esposa, la señora Mendaille. Si, por lo demás, la señora Mendaille ahora está en Valmondois, junto a su hijo, lo ha hecho a instancias mías. Espera el resultado de mi gestión.

—No le entiendo.

—Pues es muy sencillo. La señora Mendaille tiene el propósito de solicitar el divorcio.

—¿Cómo?

Mendaille había crispado los puños y en su frente se le hinchaba una vena. No obstante, no tardó en recobrar la sangre fría.

—Creía, abogado —dijo—, que se dedicaba usted a lo criminal.

—Y tiene razón. Pero a veces también litigo por lo civil y aún no le he negado mi apoyo a la señora Mendaille, mujer encantadora por cierto.

Hubo un silencio. Mendaille observaba a Lupin, sin dejar de jugar con una regla. Lupin adoraba estos momentos de tensión en los que se arriesgaba al todo por el todo. «¿Me habrá reconocido? ¿Me va a echar a la calle? Está hecho un mulo, el tipo éste. Pero le tengo cogido. ¡No prevé mi estocada secreta!».

—Es un dilema —prosiguió—. Por una parte, como ya sabe, asumo la defensa de Raphaël Dorchain, su primo, tarea muy absorbente. Requiere todas mis fuerzas. Por otra parte, me gustaría ocuparme de la señora Mendaille. Sin embargo, me resulta imposible dirigir ambos asuntos. He de sacrificar uno de los dos y, se lo confieso abiertamente, no sé por cuál decidirme.

—¿No será que teme salir derrotado en ambos frentes?

Lupin enarcó las cejas con expresión de asombro.

—No. Ni hablar. Muy al contrario.

—Vamos a ver —dijo Mendaille—, las pruebas reunidas contra mi primo son abrumadoras. Es evidente que está perdido.

—No diría yo tanto. Y precisamente tengo la intención de solicitar un careo entre Raphaël Dorchain y la señorita Isabelle Verzy-Montcornet, la cuñada de usted… Tengo motivos para creer que dicho careo podría dar nueva luz al asunto.

Lupin calló. Mendaille observaba una inmovilidad total.

—Por supuesto —continuó Lupin—, si me desentiendo de este juicio en provecho de un colega, ignoro lo que éste decidirá con respecto a dicho careo. Seguramente no lo considere necesario; en tal caso, ya no sería asunto mío. Yo, entonces, me consagraría a defender los intereses de la señora Mendaille. Aunque, también aquí, querría tener la certeza de un éxito halagüeño.

—¿Y tal éxito se le antoja problemático?

—Si he venido a verle, ha sido para cerciorarme.

Los dos adversarios se midieron con la mirada. Mendaille, corpulento, con el cuello hundido entre los hombros y unas manazas propias de pugilista, parecía poseer envergadura suficiente para aplastar a este abogado tan enclenque, cuyas ocultas intenciones ya empezaba a adivinar.

—Bueno, pues le comunico que no tengo ningunas ganas de divorciarme —dijo.

Lupin se inclinó.

—Usted sabrá. Lo que es yo, renuncio a los intereses de la señora Mendaille y ahora mismo voy a ver al juez de instrucción.

—Espere… Hablemos.

—Pues claro —dijo Lupin—. Para eso estamos.

—Si tuviera usted la certeza de que iba a ganar contra mí, en este asunto del divorcio, ¿abandonaría la defensa de Raphaël Dorchain?

—Le acabo de decir que sí.

—¿Y de dónde sacaría esta certeza?

—De la posesión de cuatro cartas, que actualmente se hallan en sus manos, y sin las cuales dejará usted de agobiar a su mujer, para que ella entonces pueda imputarle de hechos muy graves.

Lupin acechaba a Mendaille. ¿Se hundiría? Mendaille se mantenía impasible. Volvía a manosear la regla, y Lupin admiraba su monstruosa sangre fría.

—Si no entiendo mal —dijo Mendaille—, ¿me está proponiendo un trato?

—En efecto, cabe la posibilidad de ver las cosas desde este ángulo.

—Las cartas a cambio de…

—Sí, caramba.

—Deme un tiempo para pensarlo. Además, no las tengo.

—Las tiene. Están aquí. Si me voy con las manos vacías, será para visitar de inmediato al juez de instrucción.

—¿A estas horas?

—En estos momentos, el juez trabaja hasta muy tarde.

Mendaille se permitió aún un buen rato de reflexión.

—Bueno —dijo al fin—: Voy a buscarlas.

Lupin sintió que una ola de júbilo le recorría todo el cuerpo. ¡Había ganado!, sin violencia, por la sola fuerza del razonamiento, en el mismo instante por él elegido. Y le extrañaba la facilidad con que había obtenido esta victoria. ¿Cómo podía ser que un hombre de la talla de Mendaille mordiera el anzuelo?…

El marido de Béatrice se había levantado; sonreía, con una expresión muy amable.

—Si quiere echar un vistazo al periódico, mientras espera. Es la última edición. Vuelvo enseguida.

Tendió *La Presse* a Lupin, encendió un puro.

—Lea —insistió—. En última hora… Página 9.

Lupin experimentó una repentina sensación de inquietud y buscó la página 9. El titular le saltó a la vista:

Suicidio de Raphaël Dorchain,
presunto asesino de sus dos hermanos

Mendaille había abandonado su asiento de detrás de la mesa; ahora se hallaba plantado escrutando a su visita.

—Léalo, léalo… Aunque la verdad es que no dice gran cosa… Esta mañana, han encontrado al pobre Raphaël ahorcado en su celda. Había desgarrado las sábanas para construirse una cuerda… Qué pena.

Volvió a sentarse, y sus dedos tamborilearon a ritmo de marcha bajo el cartapacio.

—Qué pena para él —prosiguió—, pero también para usted, abogado. Se queda sin sus dos clientes… Sí, señor. De Raphaël, para qué hablar. Y de mi mujer… Dudo que, sin esas cartas, pueda desarrollar sus proyectos.

Lupin había conocido muchas derrotas, pero ésta le hería en lo más vivo de su ser. Intentaba encajar el golpe sin manifestar la rabia que le asaltaba por dentro como una tormenta. ¡Rayos y centellas! ¡Qué bribón! Desde el primer momento, había sabido que el hombre que entraba en su despacho era un impostor, pues el auténtico Jourdieu se habría enterado al instante de la muerte de su cliente. Y Mendaille había tenido la audacia de permitir la iniciativa del adversario, de esperar a que enseñara su juego…

—Créame que lo siento —dijo Mendaille—. ¡Parece que le ha sentado mal! Vamos, señor mío, no es tan grave. Es usted joven. Ya defenderá otros casos. Y con la experiencia adquirirá prudencia. Pues, de momento, le veo

muy impulsivo, si me permite el comentario que, por lo demás, no pretende faltarle al respeto.

Lupin recibía cada palabra como un bofetón. Solía perdonar los insultos, las bravuconadas, pero la condescendencia ¡nunca! Tenía ganas de abalanzarse sobre Mendaille, de hacerle tragar sus insolencias. Y al mismo tiempo, se sentía furioso consigo mismo porque no hallaba ninguna respuesta hiriente, ninguna amenaza que proferir, capaz de imponer silencio a Mendaille. ¿Acusarlo de asesinato? Imposible. Hubiese comprometido irremisiblemente a Béatrice y a su hijo. El fracaso era absoluto, definitivo. Así lo entendió Lupin y fingió aceptar el juego de su enemigo.

—Estaba de viaje —dijo— y acabo de volver a París. Esto explica que…

—¡Ah! Conque es esto… Bueno, pues comuníquele a mi mujer el resultado de su gestión y aclárele bien que aún no estoy dispuesto a ceder a sus exigencias.

Mendaille dirigió un breve saludo a Lupin, para indicarle que daba por concluida la entrevista, y le acompañó al vestíbulo.

—Espero que vuelva a verme —añadió—. Para mí, siempre será un placer recibirle. Porque además, se está convirtiendo usted en un asiduo de la casa.

—¿Un asiduo?…

—¡Hombre! No me ponga esta cara, amigo. Acuérdese de la noche en que una bala de revólver fue a darme con tan mala fortuna… ¡Oh! Ya sé que esto es agua pasada… Y después, aquella tarde cuando ese policía tan simpático… cómo se llamaba… Wedel… Weber… nos reunió tan amablemente para una sesión de gimnasia en la alfombra… ¡Ah! Ya veo que se acuerda…

«Bueno. Me ha reconocido —pensó Lupin—. ¡No se pierde ni una!».

—Sí, pero también vine otra vez —replicó haciéndose el gracioso—. Bien es verdad que usted no estaba… Sólo me encontré en su despacho a uno de sus amigos… un chico de cabello pelirrojo… Algo patibulario de aspecto, no me lo va a negar. Guardó en el archivo esa carta que ha armado tanto escándalo… Ya sabe cuál… La del barquito… Bueno, pues servidor de usted, señor Mendaille.

Abrió la puerta de la calle y tuvo la leve satisfacción de distinguir, antes de cerrar, el rostro de Mendaille helado de estupor.

IX
UNA PISTA

Lupin bajó del tren en la estación de Reims, recogió su bicicleta del furgón de equipajes y cruzó la ciudad, ya libre de escombros pero todavía a la espera de los trabajos de reconstrucción. Aún quedaban calles con paredes ennegrecidas y lúgubres tocones que el incendio no había logrado destruir. Múltiples andamiajes se alzaban por todas partes y había empalizadas que se limitaban a circundar solares; abundaban los soldados, mezclándose con los civiles; nadie hacía ningún caso de ese ciclista que vestía un viejo impermeable por culpa de la lluvia caída durante la noche. El día antes, Lupin había estudiado un plano de Reims fechado en 1913, pero se perdió varias veces pues la ciudad, alterada por los bombardeos, había mudado de imagen. Llegó al fin al barrio sudeste cuya calzada, sembrada de agujeros encharcados, llevaba a una carretera, hundida por los transportes militares. Según el mapa, que consultó por última vez, era la carretera de Châlons. Se extendía bajo un cielo plomizo, a través de eriales que sólo acogían el vuelo de los cuervos.

Los pensamientos de Lupin eran tan melancólicos como este paisaje asolado. Una vez más, se disponía a tentar lo imposible, pues no tenía alternativa. Mendaille era inatacable. El suicidio de Raphaël Dorchain presentaba a este último como un culpable que la policía aceptaba con entera satisfacción. Así se extinguía la acción de la justicia. Si quería vencer a Mendaille, no le quedaba más remedio que descubrir su secreto. Pues, con toda evidencia, tenía un secreto. Si se había molestado en urdir una maquinación tan tortuosa y tan sangrienta, no lo hacía sin duda por apoderarse de un castillo que ni siquiera admitía hipotecas. Había algo más. ¿Pero qué? Lupin no tenía ni idea. En cambio, sabía que sólo disponía de seis días. Dentro de seis días, Béatrice, bajo los rasgos de Isabelle, firmaría la donación de sus bienes, y Mendaille obtendría lo que tanto codiciaba. ¿Se trataba de valores? ¿No cabía la posibilidad de que el viejo, al ver cómo progresaba la invasión, hubiera escondido oro, joyas, objetos preciosos, en algún rincón del

castillo? La hipótesis resultaba Verosímil. ¿Pero cómo se habría enterado Mendaille? Lupin se había pasado mucho rato interrogando a Béatrice, antes de irse. Había corrido a Valmondois para anunciar su fracaso y para tranquilizar a la joven, que se hallaba al borde de la desesperación.

—Siga confiando en mí —le había dicho—. Lograré desarmar a su marido. Vuelva a casa. Sé que no la va a reprochar nada. Está muy cerca de su objetivo para permitirse alborotos. Y además, ya no la tiene muy en cuenta. Sólo hay una persona que le preocupa: yo. O sea que no tenga miedo.

Y le había hecho preguntas sobre el abuelo. ¿Era un coleccionista?… No. ¿Era avaro? Tampoco. No era persona dada a ocultar su dinero. ¿Tenía el castillo algún cuarto secreto? No. El castillo carecía de misterios.

—¿Adónde quiere ir a parar? —había preguntado Béatrice.

—Estoy buscando. Presiento que su marido alimenta un proyecto mucho más ambicioso de lo que usted se figura. Si pone un empeño tan feroz en conseguir la posesión de esos dominios, se debe a una razón que todavía ignoramos, pero que descubriré.

Béatrice le había mirado extraña. Este hombre que se tomaba tan a pecho sus asuntos, le intrigaba. Y sin embargo, no le inspiraba desconfianza alguna. ¡Muy al contrario! Hubiera querido ayudarle. Experimentaba, a su lado, una gran sensación de seguridad. Por desgracia, no sabía nada que pudiera serle útil.

El pequeño Sylvestre jugaba en el patio. Lupin le dio un beso antes de marcharse. Era un crío encantador. Se parecía a su madre y, al mismo tiempo, Lupin creía recordar en su rostro otras facciones que sin duda corresponderían a las de alguno de los primos desaparecidos. Lupin le metió en la mano una moneda de plata y regresó a París.

… Y ahora, de tramo en tramo, su bicicleta le llevaba por lo que antaño fuera el bosque de Reims y que ahora se limitaba a una llanura erizada de negros troncos y residuos de árboles calcinados. Llegó a Cormentreuil, luego a Taissy. De vez en cuando, se cruzaba con convoyes y se desviaba hacia la cuneta para dejar que pasaran los camiones llenos de material. El ejército evacuaba los despojos de la guerra, rollos de alambradas, pertrechos de toda índole. En Sillery, se cruzó con un labriego que empujaba una carretilla.

—¿Qué? ¿De vuelta a casa? —gritó el hombre.

—Vamos a ver —dijo Lupin.

—¿Adónde va?

—A Verzy.

—Allí sí que no debe quedar gran cosa.

—¿Falta mucho todavía?

—No. Cinco o seis kilómetros. ¿Es usted de la región?

—Tenía familia en Trepail.

—Bueno, pues buena suerte.

Lupin volvió a pedalear y no tardó en descubrir, a su izquierda, varias trincheras cuyos parapetos zigzagueaban campo a través. Aquí, la imagen de la guerra resultaba tan obsesiva que aún parecía que retumbara el cañón. Con el corazón oprimido, Lupin siguió aún su camino durante unos minutos hasta que divisó tres o cuatro casas que permanecían casi intactas. Ladró un perro. Se acercó, vio a una anciana que sacaba agua de un pozo.

—Por favor, señora, estoy buscando la finca de Verzy-Montcornet.

La aldeana se secó el rostro con el revés de la mano y observó al forastero.

—Ésta es, señor.

—Pero ¿dónde?

—Pues… aquí… a su alrededor.

Lupin abarcó con la mirada el campo de batalla que se extendía hasta perderse de vista.

—Éstas son las tierras —dijo la vieja—. Llegaban hasta aquí.

—Pero ¿no hay un castillo?

—Sí. Lo verá algo más lejos, detrás de ese altozano.

—¿Y está muy perjudicado?

—¡Sopla! La guerra no ha venido a repararlo.

—Gracias.

Lupin se subió de nuevo a la bicicleta. «Supera todo lo que me podía figurar —pensó—. No queda nada, sólo los hoyos que dejaron los obuses. ¡Si Mendaille espera pagar sus deudas con esto!».

El sendero bajaba lentamente hacia un vallecillo que otrora acaso fuera un lugar encantador. Algunos arbustos habían resistido a la tormenta e intensificaban el agobio creado por la desolación ambiental. Lupin dejó que la bicicleta corriera hasta alcanzar un rústico puente tendido sobre un riachuelo que había crecido con las lluvias y, tras una última curva, descubrió de pronto el castillo. De una tapia que antaño marcaba los confines del parque, sólo quedaban vestigios. El castillo en sí, no obstante, no guardaba mala apariencia en exceso. La fachada principal parecía intacta, a excepción de una torre angular que había perdido su techumbre. Había varios soldados ante la escalinata, cargando cajas en un camión. Un centinela, con el fusil colgado al hombro, se paseaba displicente.

—¿Puedo pasar? —preguntó Lupin—. Pertenezco al Servicio de Reconstrucción.

—Pregunte en oficinas.

Lupin subió la escalinata, tropezó con un joven teniente que andaba atareado.

—Perdone, teniente. Pertenezco al Servicio de Reconstrucción…

—¿Usted también? —cortó el oficial—. Si ya vino ayer su colega.

¡Mendaille, pardiez! No había perdido ni un minuto. El teniente llamó a un sargento.

—¡Dubois! Haga el favor de acompañar al señor.

—Disculpe —dijo Lupin—. No siempre existe una total coordinación entre nuestros despachos.

—¡Seguro que funcionan mejor que aquí! —rezongó el oficial.

Saludó y cruzó el vestíbulo en dirección a una sala de donde salían varios cables telefónicos que serpenteaban por el suelo en todos los sentidos.

—¿Quiere hacer una visita? —preguntó el sargento.

—Sí, por favor. ¿Fue usted el que acompañó a mi colega?

—Sí.

—¿Estuvo con él todo el rato?

—Pues claro. Esto, durante cuatro o cinco días, aún será zona militar. Está prohibido que los civiles circulen por aquí a su antojo. Cuando terminemos de evacuar, que hagan lo que quieran.

—¿Por dónde empezó?

—Por los pisos de arriba.

—Vamos allá.

Una magnífica escalera que apenas había sufrido desperfectos les condujo al segundo piso. Las habitaciones aún tenían catres.

—Todo esto desaparecerá —explicó el sargento—. Éste era el cuarto de los asistentes. El castillo funcionó como puesto de mando de un estado mayor.

—Creía que estaba medio en ruinas.

—¡Oh, no! Sufrió algún bombardeo, por fuerza. Pero siempre estuvo muy alejado de la zona de combates, salvo en el 14, cuando lo ocuparon los alemanes, aunque no por mucho tiempo.

Llevó a Lupin hasta una ventana y extendió el brazo.

—Las líneas se hallaban a varios kilómetros detrás de la cresta. Hubo jaleo, a derecha y a izquierda. Pero aquí, no. Los estropicios fueron pocos. Resumiendo, aquí tenía su puesto de mando el general Mesurier.

Lupin se inclinó y distinguió, al fondo del parque, una hilera de vehículos.

—¿Y qué están haciendo allí abajo?

—Limpian las bodegas. Durante cuatro años han servido de cobijo a muchas unidades que venían aquí para descansar. Están llenas de porquería, ¡ya se lo puede figurar!

Se rió y añadió:

—Qué laberinto, esas bodegas de champán. Como el metro. ¡Hay galerías que dan mil vueltas! Hasta hay un Décauville. Los chicos que se acantonaban aquí, pasaban apuros. Su colega quiso echar un vistazo, pero aún está prohibido.

—Seguro que era Maureuil —dijo Lupin—. Un tipo muy concienzudo. Moreno, robusto, de hombros muy anchos…

—Qué va. Era pelirrojo, con el cabello al cepillo…

—¡Ah, sí! Ya sé quién es. Al menos, podría haberme avisado.

Bajaron al primer piso. El dato proporcionado por el sargento sumía a Lupin en un abismo de reflexiones. Que el pelirrojo fuera cómplice de Mendaille, era evidente. Pero que el cómplice conociera todos los secretos de su «jefe» y que se presentara aquí a explorar, parecía increíble, incompatible con lo que Lupin podía suponer del carácter de Mendaille.

—¿Estuvo aquí mucho rato?

—No. Lo examinó todo muy a la ligera. Quise enseñarle la otra fachada del castillo, la más perjudicada por las bombas de los aviones, pero pretextó que ya volvería. Tenía prisa sobre todo por irse a comer.

—Hablando de eso —dijo Lupin—. ¿No hay aún alguna fonda por estas inmediaciones? ¿O he de volverme a Reims?

—Pues precisamente no hace falta. Es lo que le expliqué. Basta con ir a Verzenay; está a tres kilómetros. El patrón da de comer… Volvió hace dos semanas. Un tío listo. Se ha dado cuenta de que va a ganar dinero con todos los soldados que aún corren por aquí.

Lupin, sin fijarse mucho, visitó el primer piso y las habitaciones de la planta baja. No valía la pena perder el tiempo si el pelirrojo las había suprimido de un vistazo. «Quizá —pensó—, sólo vino para apreciar los daños y calcular los primeros gastos. Me he metido en la cabeza que Mendaille tenía un secreto. En el fondo, no hay nada más improbable. Pero, sea como sea, ¿por qué no vino el mismo Mendaille?».

El sargento le acompañó hasta la escalinata y concluyó:

—Yo, esta choza, no la querría ni que me la regalaran.

Lupin pasó junto a un camión cargado de material de oficinas y fue en pos de su bicicleta. Se sentía muy defraudado y tenía la impresión de que Mendaille se le escapaba. Puso rumbo a Verzenay. Si fracasaba, Béatrice le tomaría por un charlatán y por un individuo sin palabra. La perspectiva de fracaso le pesaba en las piernas y cuando llegó a la fonda, se hallaba presa del desánimo.

Verzenay, como otras tantas aldeas situadas en la retaguardia, no había sufrido gran deterioro. La iglesia había perdido el campanario, pero las casas de la plaza se mantenían enteras. Había carros y carretas de forraje. Regresaban los civiles; se marchaban los soldados, y todo ello creaba una singular animación muy extraña, como la de una feria carente de alegría. Lupin entró en la ronda. Había media docena de clientes delante de un mostrador hecho con tablones que se apoyaban en barriles.

—¿Se puede comer?

—Si no me sale con rarezas —contestó el patrón, gordo y bigotudo, con cara de haber pimplado un poco—. ¿Le parece bien una tortilla?

—Perfecto.

Lupin se sentó en una caja, ante una mesa que se bamboleaba.

—Me quemaron los muebles —explicó el fondista—. Basta que uno no esté… ¿Un vasito de beaujolais?

Lupin le retuvo cogiéndole de la manga.

—Busco a un amigo. Vino aquí, ayer… Un pelirrojo.

—¡Ah! ¡Courcel! ¡Victor Courcel!… ¡Qué alegrón me dio volver a verlo!

Lupin sintió que la suerte se inclinaba de nuevo a su favor y ocultó las manos bajo la mesa para que el otro no viera que temblaban.

—O sea que le conoce, ¿no?

—¡Pardiez! Él es de Chamery y yo de Ludes. Íbamos a pescar al Aisne, cuando éramos críos. ¡Pues claro que le conozco! ¡Pobre hombre! Todos le daban por muerto.

—¿Piensa vivir aquí otra vez?

El fondista apoyó los puños sobre la mesa.

—Aún no se ha decidido. Está dudando. En París, su oficio le permite ganarse la vida bastante bien y aquí, encontrar algo… Mientras no funcionen las fábricas, la imprenta lo tiene mal. Y pensar que era el que hacía las etiquetas para todas las botellas de champán, ¿se da usted cuenta? Pero pasarán años antes de que la viña arranque de nuevo.

—¿Ganaba mucho?

—Muchísimo. Moët et Chandon, Dom Perignon, Verzy-Montcornet… Todas las grandes marcas le pasaban sus encargos.

—Tengo algo que proponerle —dijo Lupin—. Nos encontramos muy de vez en cuando, por casualidad… ¿No le ha dado su dirección de París?

—Esto sí que no lo sé. Nos sorprendió tanto volver a vernos que, mire, me olvidé de pedírsela.

—¡Eh, patrón! —gritó un cliente.

—Voy… Voy…

Lupin terminó su comida a toda prisa. Le urgía llegar a Reims para coger el tren de regreso. Por fin tenía una pista. Courcel hablaría. Aunque hubiera que torturarlo. Pero hablaría. ¡A toda costa!…

A las seis, Lupin bajaba en la estación de l’Est y citaba a Bernardin por *pneumatique*. A las ocho, le explicaba lo que debía hacer. Bernardin irradiaba felicidad.

—Creí que ya no contaba conmigo.

—Veremos… Veremos… Busca en la guía de *Profesiones*… Yo, mientras, repasaré la lista de los Courcel. Pero, si no encontramos nada, cosa muy probable, mañana mismo nos recorremos todas las imprentas, pues acaso la empresa no está a su nombre; también puede ocurrir que Courcel sólo trabaje como empleado.

—¿No sería más sencillo llamar por teléfono?

—¿Para que sospeche? No seas memo, Bernardin.

Lupin acertaba en sus temores. No encontraron ningún Victor Courcel, ninguna imprenta Courcel. De modo que Bernardin copió la lista de imprentas y prepararon el plan. Bernardin se encargaría de los diez primeros distritos y Lupin de los otros diez.

Al día siguiente, a las nueve, iniciaron su búsqueda, tras citarse en una cervecería de la *rive droite* para comer juntos y cambiar impresiones. En todas sus visitas, Lupin obtenía siempre la misma respuesta.

—¿Courcel?… No. Aquí no hay ningún Courcel.

Bernardin, por su parte, no obtuvo mejor suerte.

—No todo es llegar y besar el santo —dijo Lupin.

Sin embargo, al atardecer, seguían como al principio. Así se pasaron dos días más, empeñados en visitar sótanos mugrientos y talleres que vibraban por el zumbar de las máquinas.

—¿Courcel?… No me suena.

Cuando agotaron la lista, Lupin comprendió que la tarea sería mucho más dura de lo que había supuesto. En efecto, ahora tenían que descubrir aquellas

imprentas que no figuraban en el anuario, y sólo el azar podía ayudarles a dar con sus direcciones. El fértil ingenio de Lupin le sugirió una nueva idea.

—Vamos a probar con las papelerías. A veces, las papelerías se encargan de trabajillos de imprenta, tarjetas, etiquetas, etc…, aunque no figuren en la sección *imprenta* de la guía.

—Pues probemos —dijo Bernardin.

Reanudaron la búsqueda, y sus pesquisas duraron un día, dos días, hasta la mañana del tercero. Se cerraba ya el plazo que se había fijado Lupin. Dentro de unas horas, Béatrice, acompañada de su marido, visitaría al notario de Mantes y el castillo de Verzy-Montcornet pertenecería a Mendaille como dueño exclusivo. Lupin había perdido el apetito. Observaba la carta que le tendía el camarero y se sentía incapaz de fijar su atención. Había perdido. Al ignorar el motivo que tenía Mendaille para exigir esa donación, ya no había manera de dominar su juego.

—Le aconsejo nuestro ossobuco —dijo el camarero.

¡Puaj! Ni ossobuco, ni bistec, ni lenguado meunier, ni menos aún una choucroute. Lupin tenía ganas de ingerir simplemente una infusión de tila. No obstante, por cumplir, pidió una escalopa y ya se disponía a comer cuando apareció Bernardin, como una exhalación.

—¡Ya está, patrón! Saltó la liebre. Trabaja en una pequeña imprenta de la calle du Nil. Está en el distrito segundo, al comienzo de la calle des Petits-Carreaux… La imprenta Lambert… Cierran de doce a dos.

Jadeaba por las prisas y se dejó caer sobre la banqueta, al lado de Lupin.

—Conseguí la información en una papelería. Se trata de una imprenta muy pequeña.

—Camarero —llamó Lupin—. Rectificación: tomaremos el pâté del chef y un tournedos muy *saignant*… Y como vino, traiga una botella de Saint-Emilion.

Se sentía transformado. Asió a Bernardin por la muñeca.

—Hemos ganado, chico. Ya te lo contaré todo después. Pero si no llegas a disparar contra Mendaille, nos hubiésemos perdido un caso extraordinario, ¡y hubiese sido una lástima! ¡Come! Ya iremos luego a pescar a este Courcel.

—¡Pescarlo! Me extrañaría que el fulano siguiera el juego.

—Lo detendremos como si fuéramos policías. Con todo lo que carga en su conciencia, no armará ningún jaleo. Nos lo llevamos a mi casa… y allí… bueno, ya verás.

A las dos y cinco, se presentaban en la calle du Nil; era una callejuela estrecha, muy corta, más propia de una aldea. La imprenta Lambert no tenía

un aspecto muy boyante: era una especie de cobertizo con las ventanas empañadas por la mugre. La puerta estaba abierta. Un perro dormía en el umbral. Tuvieron que pasar por encima y se encontraron en una minúscula oficina. Tocado de boina y cubierto por una blusa larga y sucia, un anciano liaba un cigarrillo.

—¿El señor Lambert?

—Soy yo.

—¿Podríamos ver al señor Courcel?

El vejete se encogió de hombros y de un lengüetazo pegó el cigarrillo.

—No está —dijo—. Nunca está cuando le necesitamos. Se permite ciertas libertades, demasiadas. Cualquier día de éstos, lo pongo de patitas en la calle.

—Es que traemos unos papeles que nos tiene que firmar —insistió Lupin.

—Pues vayan a la calle Beauregard… Vive en el 32 bis. Si no está en su casa, seguro que lo encuentran en la tasca de la esquina… Y díganle que ya me cansé de esperar. ¡Obreros como él, que se los guarden!

No estaba lejos la calle Beauregard. Lupin echó un vistazo al pequeño café, que lindaba con el 32 bis. No vio rastro alguno del pelirrojo.

—¿Courcel? Tercero a la izquierda —les informó la portera.

La escalera apestaba a moho y sopa de col. Se detuvieron ante la puerta indicada y Bernardin llamó. No contestaba nadie.

—Prueba otra vez —dijo Lupin.

Percibieron, distante, el frágil sonido de la campanilla. Nuevamente se hizo el silencio, turbado apenas por el llanto de un niño, procedente de alguno de los pisos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bernardin.

—¡Entramos, pardiez!

Lupin se sacó enseguida una ganzúa del bolsillo. La puerta se abrió al primer contacto y los dos hombres recorrieron un pasillo que llevaba al comedor. Lupin, de repente, se detuvo en el umbral.

—¡Demasiado tarde!

Y se descubrió.

X
FÉLICIEN… MATHIAS… RAPHAËL…

—¿Está muerto? —inquirió Bernardin.

—Parece que sí.

Lupin hincó una rodilla en tierra y apartó las solapas de la chaqueta; de un leve desgarrón de la camisa manaba aún un hilillo de sangre. A Courcel, le habían asestado una cuchillada en el pecho. No se movía y tenía el rostro como la cera.

—Mira —dijo Lupin.

Señalaba otra cicatriz, antigua, en el cuello.

—Ah, pero…

Le desabrochó la camisa. Aparecieron dos cicatrices más; una a la altura del hombro izquierdo, otra en una costilla.

—Heridas de bala —dijo Bernardin.

Lupin recordó las palabras del fondista: «Todos le daban por muerto».

—¿Entiende usted algo, patrón?

—Uf, como si fuera tan difícil —contestó Lupin—. Tenía que verse con su cómplice…

—¿Qué cómplice?

—Mendaille… Pero no puedes comprender…

Enojado, interrumpió sus explicaciones, aunque la situación estaba clara. El pelirrojo se había venido de Verzy con los datos que Mendaille necesitaba. Por otra parte, si Mendaille estaba a punto de alcanzar sus objetivos, puesto que dentro de unas horas sería dueño del castillo, ya podía prescindir de su secuaz. Así pues, lo había suprimido, fríamente, y ahora poseía la certeza de su impunidad. No habría ningún chantaje que temer. Ninguna denuncia, ninguna torpeza que provocaran su recelo.

Lupin se sintió asaltado por una idea repentina, registró los bolsillos del muerto, encontró una cartera usada que contenía varios billetes. Entre ellos, doblado en dos, había uno de cincuenta francos. Lupin, acercándose a la

ventana, lo examinó atentamente. No se había olvidado de la cifra. Era el mismo billete que el pelirrojo hurtara del despacho de Mendaille. Pero, si tanto valor tenía este billete, ¿por qué no lo había recuperado Mendaille? Otro misterio, para colmo. Lupin, distraído, se guardó el billete en el chaleco.

—¡Patrón!

Bernardin acababa de gritar con voz asfixiada. Lupin se volvió.

—¿Qué?

—Patrón… No está muerto.

—¿Cómo?

Lupin se agachó prontamente junto al cuerpo. Courcel tenía un ojo abierto. Entreabrió el otro y lanzó un suspiro casi inaudible. En sus labios, estalló una burbuja sanguinolenta.

—Los últimos estertores —murmuró Lupin—. Humedece una toalla y tráemela.

Palpó las manos del herido. Estaban frías. No cabía duda alguna de que Courcel se moría.

—Courcel —dijo Lupin muy despacio—, ¿me oyes? Si me oyes, cierra los párpados.

Cayeron los párpados, luego se alzaron con esfuerzo. No obstante, el pelirrojo había recobrado cierto brillo en la mirada. Llegó Bernardin con un trapo mojado que Lupin aplicó sobre la frente del moribundo.

—¿Te ha acuchillado Mendaille, eh? Señal de que ya no te necesita.

Se agitaron de nuevo los párpados. Y a continuación los labios, desesperados, intentaron formar una palabra que al fin articularon, en un soplo:

—Planos…

—¿Qué planos? —dijo Lupin, con avidez—. ¿Los planos de qué?

Enseguida comprendió que había hecho una pregunta muy difícil y se apresuró a rectificarla.

—¿Mendaille vino aquí a robar unos planos?

Los párpados permanecieron quietos.

—¿No? ¿No es esto?… ¿Dónde están esos planos? ¿En casa de Mendaille?

Los párpados se movieron.

—Están ocultos en su casa… Vamos, Courcel, un esfuerzo más… ¡Te vengaré! ¿Dónde los ha escondido? ¿En su despacho?

El rostro del agonizante ya sólo expresaba un extraño sufrimiento dominado por el terror.

—Es inhumano, patrón —susurró Bernardin.

Lupin, sin embargo, le lanzó una mirada tan terrible que el otro desvió la mirada.

—¿En el salón? —insistió Lupin—. ¿No? ¿Dónde, entonces?

Un gemido brotó de la boca de Courcel. Lupin acercó el oído a esos labios que pugnaban, en un esfuerzo postrero, por expresar alguna cosa.

—¿Qué estás diciendo?… F… ¿Es eso?… La letra F, como… ¿cómo Félicien?… ¿Y qué más dices?… M… ¿cómo Mathias?… y R… ¿cómo Raphaël?… ¿Y luego?… Recórcholis, Courcel, no te vas a parar ahí… Ha de haber algo más.

La cabeza del herido rodó a un lado. Lupin se enderezó.

—Se acabó —dijo.

Brazos en jarras, observó el cadáver.

—F, como Félicien… M, como Mathias… R, como Raphaël… Qué enredo.

—Ha dicho cualquier cosa.

—¡Oh, no! No deliraba en absoluto.

Lupin consultó su reloj y se estremeció.

—¡Zambomba, hemos de largarnos! Las tres menos cinco… La cita con el notario es a las cinco.

—¿Qué notario?

—Cállate… Tengo… Pongamos una media hora para encontrar el escondrijo. Lo conseguiré.

Empujó a Bernardin hacia la puerta.

—Pero —protestó Bernardin—, el cuerpo… Debemos avisar…

—Déjalo. Para eso se inventaron las porteras.

Sólo después de mucho andar, divisaron un taxi. Lupin estaba furioso.

—¡Y pensar que antes de la guerra, no hacías ni doscientos metros sin tropezarte con un coche o con un simón! Ahora, en cambio… ¡Ah, qué miseria!… Chófer, a la calle La Rochefoucauld.

Se desplomó sobre el asiento y aferró a Bernardin por el brazo.

—¡Calma, chico, calma!

—Pero si es usted, patrón, el que…

—¿Yo? Nunca en mi vida me había sentido tan tranquilo… ¡Pues te digo que vamos a desenterrar esas cartas! Ignoro a qué planos se refería Courcel. Por lo demás, me da igual… Lo que sí es seguro es que Mendaille posee una caja fuerte en algún sitio, un lugar de confianza en donde pone a buen recaudo

varios papeles importantes… Y como para él las cartas tienen tanto valor como los planos, está claro que las ha escondido en el mismo sitio…

—¿Qué cartas?

—Ya te lo explicaré… Siempre quieres saberlo todo… Ahora, lo principal será quitarle las cartas a Mendaille. Después, ya veremos qué hacemos con los planos… ¿Los planos de qué?… Para que ese miserable de Courcel sólo pensara en eso a la hora de morir, tiene que ser algo muy extraordinario… Y las tres iniciales constituyen la clave del misterio… Quizá se trate del código que abre la combinación de la caja fuerte… ¡Je, je, menudo canalla está hecho, el tal Mendaille! Elegir las iniciales de sus tres víctimas… No te preocupes, Courcel. También tú no eres más que un crápula infame, ¡pero Mendaille pagará por todos!

Corrió el cristal que le separaba del chófer.

—Después de este viaje, nos llevará a Mantes… Le daré una buena propina…

Cerró de nuevo el cristal y volvió a asir el brazo de Bernardin.

—Ves como todo se arregla. Este buen hombre conoce Mantes. Estamos salvados. Deja ya de torturarte… Félicien, Mathias, Raphaël… Un juego de niños… Y cuando tenga las cartas, Mendaille se portará como un corderito… Mira, ya llegamos. Ahí está la iglesia de la Trinité.

Miró el reloj.

—Las tres y diez. No vale la pena seguir con prisas.

El taxi aparcó delante de la mansión de los Mendaille y Lupin saltó al suelo.

—Espérenos aquí. Estaremos poco rato.

Llamó. El anciano sirviente abrió la puerta.

—Buenas —dijo Lupin alegremente.

Apartó al viejo y cerró la puerta detrás de Bernardin.

—Pero… Señores —balbuceó el criado.

—Que no cunda el pánico —le aconsejó Lupin—. Tus señores se han ido. Estás solo. No quieres que te hagamos daño. O sea que pórtate bien. De lo contrario, te amordazaremos y te ataremos. ¿Entendido?

—Pero si no hay nada que robar.

—¡Quién te habla de robar! Aquí sólo estamos de visita. Tira p’alante.

El pobre hombre se sentía tan aterrado que Bernardin tuvo que cogerlo por el hombro para sostenerlo.

—Primero el salón —decidió Lupin.

Penetraron en la estancia. Lupin, concentrándose, examinó muebles y cuadros largo rato.

—Patrón, ¿no va a registrarlo?

—¡Precisamente lo estoy registrando!

«Soy Mendaille —pensaba—. De modo que ya sé que Béatrice no para de buscar cuando le doy la espalda. O sea que aquí no hay objeto que no haya sido escudriñado ni explorado con lupa. Béatrice ha vaciado los cajones, ha palpado los cuadros, ha tanteado las paredes… Bueno, pues entonces, ¿qué?».

Entraron en el despacho. Lupin, sin mucha convicción, manipuló el cajón secreto, que estaba vacío. Pasaron luego al comedor, y a la cocina.

—Subamos a los dormitorios.

—Pero si aún no están las camas hechas —protestó el sirviente, escandalizándose.

—Razón de más —dijo Lupin.

Se paseó por la habitación que ocupaba Mendaille. El armario de luna había quedado con la puerta abierta. Había un camisón tirado sobre el lecho; varios objetos de aseo se amontonaban en la estantería del lavabo. Lupin no tocaba nada. Se contentaba con pasar, las manos en los bolsillos.

«Cuatro cartas —pensaba—. Caben en cualquier sitio. Son lo más fácil de esconder. ¡Pero los planos! Unos planos no son cosa que pueda doblarse en cuatro. Requieren un mínimo de espacio».

Se detuvo un instante ante el ropero, que contenía un *smoking*, varios trajes, corbatas, zapatos… «Félicien… Mathias… Raphaël… ¡Paciencia! Lo acabaré encontrando. ¡No puedo dejar de encontrarlo!».

Se dirigió a la habitación de Béatrice.

—¡Ahí no, patrón! —dijo Bernardin.

—¿Cómo? ¿Lo dices porque adivinas que ésta es la habitación de su mujer?… ¡Qué delicado te has vuelto! Sin embargo, sería una buena idea ocultar algo en el único sitio que a la señora Mendaille no se le ocurriría registrar.

Aquí, ya estaba hecha la cama. No había prenda alguna que estuviera abandonada. En la mesilla de noche, la foto del pequeño Sylvestre. En cuanto a Félicien, Mathias, Raphaël… ningún indicio que recordara la existencia de los primos.

—No os quedéis ahí mirándome como unos pasmarotes —exclamó Lupin de mal talante—. ¡Id abajo a esperarme!

Salió del dormitorio, dudó en subir al piso superior y, al fin, se sentó en el escalón más elevado. Se llevó las manos a la cabeza, cerró los ojos.

—Lo estoy enfocando mal, es evidente. Me atolondro. Corro de habitación en habitación como un moscardón encerrado. No caigo en el hecho de que Courcel agonizaba, o sea que ya no tenía fuerzas para hablar. Todo se reduce a esto. Courcel no podía entretenerse en complicaciones ni sutilezas. Cuando sólo queda un destello de conciencia, nadie juega a poner adivinanzas. De ahí deduzco… Carajo, qué es lo que debo deducir… Tengo la verdad ante los ojos y no acierto a leerla… Félicien… Mathias… Raphaël… Bueno, ya veo. No hay ninguna relación con los primos. Soy yo el que me he inventado esta pista falsa. La verdad es que resultaba tan tentador… ¡Pardiez! Lo que articulaba Courcel no eran iniciales, sino sílabas, el comienzo de una palabra que intentaba pronunciar por entero…

Se alzó con vehemencia y bajó corriendo la escalera.

—¿Lo encontró ya, patrón? —dijo Bernardin.

—Claro. ¿Qué hora tienes?

—Las tres treinta y cinco.

—¡Demonios! O sea que he tardado media hora. Me estoy haciendo viejo, Bernardin. Seguidme.

Entró en la cocina y sonrió. Se dirigió luego a la pared de donde colgaba el calendario. Pero, en lugar de arrancar una hoja, como hiciera a raíz de su visita nocturna, levantó el calendario, lo retiró del clavo que lo sostenía y tanteó la pared de debajo. Un embaldosado blanco cubría las paredes de la cocina. Una de las baldosas giró sobre sí misma, dejando a la vista un hueco. Lupin metió la mano por este orificio y sacó unas cuartillas de papel cuidadosamente dobladas. Las contó. ¡Cuatro! ¡Había cuatro! Las agitó por encima de su cabeza.

—¡Las cartas, Bernardin! No pongas esa cara. Es un momento solemne, es cierto. Pero no hay por qué perder los estribos. ¡Era tan fácil!… F… M… R… Convierto las iniciales en sílabas y qué me da… anda, haz un esfuerzo… Me da: *efímero*… Como cuando dicen de una cosa que es efímera… Ya ves qué tontería. Lo que ocurre es que efímero carece de sentido; no significa nada, porque Courcel no tuvo fuerza suficiente para pronunciar toda la palabra… ¿Y qué palabra era? ¿La ves, ahora?… Efemérides, sí… Efemérides indica el escondrijo que Mendaille mandó abrir en la pared, y las efemérides disimulaban el lugar de la baldosa móvil… Nada más práctico, nada más sencillo y al mismo tiempo nada más inviolable… ¡Hay que felicitarlo!

Exploró el hueco.

—Faltan los planos. Fíjate en esto, Bernardin: el tal Mendaille no necesitaba las cartas. Por eso las dejó. En cambio, tiene intención de utilizar los planos, y supongo que muy pronto.

Colocó nuevamente en su sitio baldosa y calendario, se guardó las cartas en el bolsillo.

—Bernardin, te vas a quedar aquí haciendo compañía al señor hasta mi regreso. Te lo confío. Si lo dejáramos solo, sería capaz de dar la alarma a Dios sabe quién. No lo pierdas de vista. Evita cualquier imprudencia. No tardaré mucho.

Salió de la casa en tromba, saltó al interior del taxi.

—¡A Mantes! A la plaza du Marché-au-Blé.

Menos de una hora después, el taxi frenaba en una placita triangular, rodeada de edificios antiguos coronados por una torre, vestigio de alguna iglesia desaparecida. Lupin pagó con generosidad al chófer.

—Pero no se vaya. Le volveré a necesitar para regresar a París.

El rótulo del notario brillaba a escasa distancia. Consultó el reloj.

—Bueno. Llego a tiempo. Conozco a alguien que se va a quedar con un palmo de narices, ¡y de qué modo!

Empujó la puerta y entró. Se encontró en un pasillo cuyas paredes estaban cubiertas de avisos, pero al instante su mirada reparó en Béatrice. Ahí estaba, sentada en el único banco, con cara de sentirse más desgraciada que nunca.

—¿No la ha recibido aún el notario? —preguntó, asaltado por una súbita angustia.

—Sí… Mi marido tenía tanta prisa que llegamos antes. Así que se acabó… He firmado.

—¿Cómo?

—Que se acabó… He firmado.

Lupin se sentó a su lado, bajo el peso de un desamparo total.

—Pero… su marido… los testigos… ¿ya se han ido?

—Sí… Yo qué sé. Estoy agotada…

—¡Y yo que le traía las cartas! Mírelas… Se las había prometido.

Béatrice tuvo un gesto de contento. Su mano enguantada temblaba al cogerlas.

—Tranquilícese —añadió Lupin—. No las he leído.

—Gracias. ¡Oh, gracias! —murmuró la joven.

—No debe quedarse aquí. Alguien podría extrañarse. Venga. Tengo un coche. La llevaré a su casa.

Le tendió el brazo y subieron al taxi.

—A París. A la calle La Rochefoucauld.

Se mantuvieron en silencio durante todo el trayecto. Lupin hubiese considerado una indecencia hablarle de Courcel, de su muerte, de la expedición que había concluido con el descubrimiento de las cartas, de Bernardin encargado de vigilar al viejo criado. Evidentemente, Béatrice sabía que él no era el abogado Jourdieu, pero tampoco valía la pena que averiguara más cosas acerca de su identidad. Y, mientras la joven se sumía en sombrías reflexiones, Lupin cavilaba sobre el modo de lograr que Mendaille se rindiera. Pues, de momento, Mendaille triunfaba. No le importaban ya las cartas, y hasta seguramente las hubiera restituido a su mujer. Por fin veía cumplirse su objetivo; había conseguido la herencia, y Lupin tropezaba una y otra vez con la misma dificultad: no había forma de denunciarlo, de demostrar que había sido el instigador de tres crímenes y que había asesinado a su cómplice, no había forma de hacerlo sin deshonrar a Béatrice. Quizá aún le quedara un recurso… Lupin le dio vueltas y más vueltas en su mente hasta que, sorprendido, comprobó que el taxi se detenía. Béatrice abrió la portezuela.

—No —dijo la joven—, no baje… De momento, me siento incapaz de expresarle mi agradecimiento… Concédame un cierto tiempo.

Ya cruzaba la acera. Lupin tendió un billete al chófer. Béatrice estaba abriendo la puerta con su llavín.

—Espéreme —gritó Lupin.

Se precipitó tras ella, la alcanzó en el umbral del salón.

—He de explicarle… Hay alguien…

Béatrice descubrió al viejo criado y a Bernardin, sentados ambos en el sofá.

—¡Lucien! —balbuceó.

Cayó desmayada en brazos de Lupin.

Me parece ver de nuevo a mi amigo, de pie junto a la chimenea, con un codo sobre el mármol, en esa actitud que le era familiar cuando me contaba una historia. Tantas eran las sorpresas que sus relatos me habían producido que creí estar curado de espanto. Esta vez, sin embargo, tal debía ser la incrédula estupefacción que se pintaría en mi rostro, que se echó a reír. ¡Esa risa pícara, tan espontánea, tan maliciosa! Quien no la haya oído, no puede hacerse una idea de la juventud, de la fantasía, de la fuerza y la displicencia de Arsène Lupin.

—Pues sí —dijo—. El examante de Béatrice, el padre del pequeño Sylvestre, el hombre que escondía cartas en la Opéra-Comique y que iba a

buscar su respuesta al Père-Lachaise, en suma, Lucien Debruyne era Bernardin. Y yo, como un imbécil, nunca sospeché la verdad… Pero déjeme que lo cuente todo desde el principio, pues ya se figurará que cogí a nuestro Bernardin por mi cuenta y le obligué a desembuchar. Cayó prisionero en el 17, lo mandaron a un campo de concentración y allí tuvo tiempo de comprender que se había portado con Béatrice como un zafio. Arrepentimiento. Desesperación. No le costará imaginar las largas horas de cautiverio rumiando su vergüenza, su pesar, su despecho, y también su rabia. En este mismo campo de concentración, había un chico muy amable, de quien ya le he hablado alguna vez: Sébastien, que me secundó en una aventura muy extraña. Y Sébastien se hizo amigo de Lucien. Éste, amargado, desamparado, consideraba que tenía que tomarse un desquite; odiaba a todo el género humano. Estaba, como usted mismo diría, a punto de «descarriarse». Sébastien, que se había aficionado al riesgo, terminó por convencerle y finalmente le explicó la forma de conocerme… Así es como trabé amistad con Lucien Debruyne, que prefirió cambiar de nombre cuando se decidió a trabajar conmigo. Y ya sabe usted lo discreto que soy. Por esa época, me cuidé muy mucho de preguntarle sobre su pasado. Me bastaba con la recomendación de Sébastien. Si este animal de Lucien, o mejor dicho de Bernardin, hubiese tenido la franqueza de decirme la verdad, me hubiera ahorrado un montón de inútiles cavilaciones. Pero no. Sin dejar de prestarme pequeños servicios, buscaba por su cuenta la manera de localizar a Béatrice. Me salto lo que sigue: las cartas que se mandaban, su amor renacido de las cenizas… todas esas precauciones pueriles y conmovedoras… Llego a lo esencial: Bernardin se metió en la cabeza apoderarse de las cartas que Mendaille había descubierto y escondido.

—Todo empezó ahí —dije.

—Exacto —prosiguió Lupin—. Bernardin me afirmó que se había enterado de que la mansión de los Mendaille contenía cosas susceptibles de interesarme… Terminé por hacerle caso… La verdad es que él no se atrevía a actuar por cuenta propia. Suponía que mientras fingía buscar objetos de valor, daría con las cartas; o que sería yo quien las descubriera, pero que no les concedería importancia. Y confieso que me pareció divertida la idea de volver a mis principios, en compañía de un niñato que no sabía nada del oficio. Por desgracia, no me olí que el niñato era capaz de reacciones peligrosas. Lo comprendí aquella noche, y algo después, cuando alguien me asestó un tantarantán delante de la tumba del mariscal Davout.

—¡Era él!

—¡Pardiez! —dijo Lupin, frotándose la nuca con expresión pesarosa—. Creyó que iba a coger las flores. Y además fue culpa mía. Si no llego a disfrazarme de forma tan perfecta, seguro que me reconoce. Aun así, supongo que me hubiera golpeado igualmente. No hubiese tolerado que me quedara con la carta que le estaba destinada. ¡Los enamorados nunca distinguen entre lo bueno y lo malo!

Mi amigo, llevado de sus recuerdos, guardó silencio un buen rato. Aproveché esta pausa para fijar en mi memoria los episodios que acababa de referirme, pues nunca tomaba apuntes por no interrumpirle. Así, pues, no fue Courcel el que le aturdió, como él pensara al principio, sino Bernardin. Y entonces se me ocurrió una idea que jamás me hubiese atrevido a comunicarle, sabedor de sus tormentosos pudores. ¿Acaso Lupin, que nunca dejaría de ser Lupin, no sentía por Béatrice algo más que interés? Así se explicarían los tapujos de Bernardin, tan reacio a confiarle sus secretos por culpa de una especie de celos anticipados. Me propuse no omitir este aspecto del asunto cuando lo pusiera en limpio.

Lupin, con esa intuición que le era tan exclusiva, me observó sonriente.

—¿Está pensando en Béatrice? —preguntó.

—Bueno, sí. Supongo que Bernardin no tuvo más remedio que contarle la verdad.

—Desde luego. Se lo confesó todo…, los motivos que nos impulsaron a entrar en su casa, la razón de que disparara contra su marido. Y naturalmente, ella se lo perdonó todo.

—Pero ¿y a usted?… ¿Le perdonó que fuera Arsène Lupin?

—Seguro que sí. Ve, aunque hubiese sido un delincuente, Béatrice hubiera preferido olvidarlo. A fin de cuentas, luché por su honor y por su hijo.

—¿Y Mendaille?

—Lo he guardado para el final —dijo Lupin—. Un final tan extraordinario que nadie se lo querrá creer. Y sin embargo, no hay nada más auténtico. Permítame, no obstante, que retroceda un poco en la narración. Mientras Béatrice y Bernardin se entregaban a sus efusiones, cogí al criado, me lo llevé a un rincón y le interrogué a fondo. Me contó que Mendaille, la víspera de su viaje a Mantes en compañía de su mujer, había preparado una maleta que contenía una serie de objetos bastante insólitos…

—¿Como cuáles?

—Velas, escoplos, un martillo, varias cajas de cerillas… Se presentó luego un recadero para recoger este equipaje y depositarlo en la consigna de la estación de l’Est… La estación de l’Est, ¿comprende ahora?

—¿Quiere decir que tenía el propósito de ir a Reims y después al castillo?

—Evidentemente. Por lo tanto, había que seguirlo enseguida. Tuve que separar a los tórtolos, tras indemnizar generosamente al pobre viejo que tanto se lo merecía, y me llevé a Bernardin, cuya ayuda podía resultarme muy útil.

—No lo exponga a ningún riesgo —me recomendó Béatrice.

Apenas dudó en tenderme la mano.

—Buena suerte… abogado —me dijo—, y comprendí que para ella yo sería ante todo el defensor de la viuda y del huérfano.

La jovialidad que Lupin afectaba, encerraba una cierta amargura. Hice como si no la notara.

—Volvamos a Mendaille. Estoy ansioso de enterarme.

—También yo lo estaba —dijo riendo—. No obstante, antes de emprender camino hacia Verzy, tuve que adoptar ciertas disposiciones. ¡Tenga usted por seguro, empero, que mi curiosidad era similar a la suya!

XI
LA HOGUERA

Al día siguiente, al caer la tarde, Lupin y Bernardin alcanzaron las inmediaciones del castillo. Ya había desaparecido la tropa. Sólo quedaban, en la escalinata, briznas de paja y papeles que el viento dispersaba lentamente.

—Dejemos las bicicletas en el parque —dijo Lupin—. Y chitón. No conviene que nos oiga. Desde este momento, estamos en su casa, o sea que somos como unos maleantes. Tendría todo el derecho a dispararnos.

Con mil precauciones, se acercaron a los muros del castillo y se detuvieron ante la fachada sur, que aparecía seriamente dañada por los bombardeos aéreos. Puertas y ventanas se habían convertido en amplios boquetes que los soldados habían taponado someramente mediante lonas alquitranadas. No tuvieron más remedio que aprovechar los intersticios para entrar dentro. Lupin encendió su linterna y se dirigió al vestíbulo, procurando ver lo que pisaba, pues los soldados que habían evacuado el castillo, no se habían molestado en limpiarlo y el suelo aún estaba lleno de residuos: alambres, maderas, periódicos viejos que crujían como hojarasca bajo los pies. De vez en cuando, aguzaba el oído. La brisa vespertina creaba una extraña animación en las habitaciones vacías. Se detuvo en el umbral de un antiguo salón que había servido de despacho y que aún parecía muy habitable.

—Ahí —murmuró.

La luz de la linterna se inmovilizó.

Bernardin, por encima del hombro de su compañero, vio un colchón tendido en el suelo y un revoltijo de mantas. Junto al colchón, había una caja llena de sábanas. La caja servía de base a una botella vacía, en cuyo gollete habían plantado una vela. Algo más lejos, vio latas de conservas, un tazón, una fiambrera y un par de borceguíes.

—¿Ahí acampa? —musitó Bernardin.

—Sí.

Lupin paseó el haz luminoso de su linterna por las paredes, por las ventanas, que tenían los postigos Cerrados, y se acercó a la improvisada cama para examinar las mantas. Luego exploró la caja, a toda prisa.

—Evidentemente —dijo—, lleva los planos consigo. Nos hubieran sido muy útiles. Vamos arriba a mirar.

Subieron al primero, sin hacer ruido, y no tardaron en convencerse de que Mendaille se hallaba fuera del castillo. Visitaron luego los sótanos para cerciorarse. Nadie.

—O sea que está trabajando en otro sitio —dijo Lupin—. ¡Zape! Ya caigo.

Acababa de acordarse de los camiones, en el parque, y de las palabras del sargento: «Ahí dentro, es como el metro. Su colega quiso echar un vistazo, pero aún está prohibido». No cabía la menor duda. Ahí estaba Mendaille.

—Apúrate —dijo—. Vamos a pillarlo con las manos en la masa.

Cruzaron el parque y, entre las ruinas de un viejo cobertizo, descubrieron los peldaños de una escalera que desaparecía bajo el suelo. Apoyándose en unas paredes pringosas, bajaron hasta pisar un pavimento asfaltado. Se hallaban en una espaciosa galería, recorrida por una corriente de aire que les pareció tibio y que olía a tierra húmeda, a moho. Ante ellos, se abrían las famosas cavas de champaña que habían creado la reputación de la comarca. El túnel se hundía en la distancia, a oscuras. Los raíles de Décauville refulgían cuando la linterna los enfocaba.

—Sigámoslos, a ver dónde llevan —dijo Lupin.

Echaron a andar, con el mayor sigilo posible a pesar de los escombros que aún cubrían el suelo. Desde mucho tiempo atrás, botellas y toneles habían desaparecido. Obviamente, las sucesivas tropas que por aquí habían pasado, se habían entregado al saqueo. En los cruces de las galerías, abundaban todavía los vestigios del acuartelamiento, listones, catres, braseros. Lupin se detuvo en una de estas intersecciones. Para eso servían los planos que se había llevado Mendaille: para orientarse a través de la profusión de galerías. ¿Qué sería, sin embargo, eso que se ocultaba en unas bodegas que habían albergado a miles de hombres durante años? Miles de hombres que aquí habían convivido estrechamente, comiendo, durmiendo, jugando a las cartas, escribiendo a sus familias; ¿no parecía imposible pensar que estas paredes pudieran ocultar objetos de valor? Más valía seguir andando, sin perder el tiempo en raciocinios. Si no se separaban de los raíles, no corrían el riesgo de perderse. De la galería principal partían nuevos subterráneos que Lupin

iluminaba brevemente, con tiempo a ver, a lo lejos, otros más que se multiplicaban.

La oscuridad y el silencio comenzaban a oprimirlos. Tenían una sensación intensa de hallarse en las catacumbas, como únicos seres vivos entre aquel pueblo de sombras que había ido salpicando las paredes de inscripciones: *3.ª Sección… 12.º pelotón*…, de *graffitis*: *La verde… Viva Margot*…, de rótulos indicadores: *Enfermería… Salida Este*… Y de golpe les llegó un rumor lejano. Se petrificaron, latiéndoles el corazón, como mineros sepultados que ya perciben los golpes que dan sus salvadores.

—Es él —murmuró Lupin.

Se adentraron por una galería lateral, aguzando el oído. Los golpes, a buen ritmo, venían de la izquierda, aunque todavía sonaban muy distantes.

—¿Qué hace?

—Está cavando.

Doblaron otras dos esquinas. La precisión del ruido iba en aumento, amplificada por la contigüidad de los subterráneos. Lupin tapaba con la mano el resplandor de su linterna y sólo a intervalos dejaba que se filtrara la luz, cuando necesitaba reconocer el terreno que pisaba. Ya distinguían el rumor de piedras y tierra que se desmoronaban a cada esfuerzo del pico. Cada vez estaban más cerca de Mendaille. Bernardin tropezó con Lupin que acababa de detenerse bruscamente. Lupin susurró, por encima del hombro:

—Ahí está.

Se limitaron a alargar el cuello y le vieron. Había una bodega que se abría a un lado de la galería, como la capilla lateral de una iglesia. Mendaille, desnudo de cintura para arriba, resbalando sobre los escombros, blandiendo un pico, trabajaba como un demonio a la luz de un quinqué. No abría hoyo alguno en el suelo, sin embargo. Descargaba golpes frenéticos contra la roca del fondo, como si quisiera derribar un muro y precisamente era un muro lo que empezaba a precisarse ante él. Lo comprobaron cuando Mendaille, tras soltar el pico y secarse con el brazo la frente que le chorreaba de sudor, cogió el quinqué y lo alzó a la altura de su rostro. Apareció la brecha, estrecha y negra hendidura que se deslizaba como una grieta.

Mendaille agarró con ambas manos uno de los bordes de la hendidura y procuró sacudir un morrillo que asomaba, similar a un diente salido de una boca monstruosa. Arqueó la espalda. Se hincharon sus poderosos músculos. Fue en vano. Entonces, asió el pico y se ensañó con el obstáculo.

Lupin retrocedió un poco.

—Enladrillaron el fondo de la bodega —dijo—. Hay una doble pared y en medio un hueco. Ahí dentro se esconde algo, me gustaría saber el qué.

Siguieron mirando y advirtieron entonces la presencia de detalles que al principio no les habían llamado la atención. Había junto al quinqué un paquete de velas, y además la maleta y una cesta bien provista de botellas. Algo más lejos, distinguieron un pan y latas de conservas que descansaban sobre la chaqueta tendida en el suelo como un mantel. Mendaille sabía que su labor le llevaría mucho tiempo. Había una pala plantada en un montón de tierra y escombros ya apartados. Lupin se planteaba una incógnita: cómo sabían Courcel y Mendaille que se había construido un escondrijo en esta bodega; pues su mente ya no albergaba ninguna duda. Mendaille pretendía apoderarse de algo de sumo valor. Ahora bien, si el viejo Montcornet, sin duda al principio de las hostilidades, hubiese querido disimular objetos muy valiosos, oro quizá, hubiera adoptado un sinfín de precauciones, y ni Mendaille ni Courcel se hubieran enterado de sus propósitos. Además, un muro de semejante grosor nunca podía ser obra de un hombre solo. Prueba de ello era que Mendaille, a pesar de su vigor, sudaba para conseguir perforarlo. Conque, ¿a quién había recurrido el viejo Montcornet? Para colmo, había algo más. El abuelo hubiese indicado en su testamento la existencia de un tesoro. No lo hubiera omitido en detrimento de Isabelle.

—Esperemos —concluyó Lupin—. A ver qué saca Mendaille del agujero. ¡Pero, voto a bríos, todo resulta cada vez más misterioso!

Mendaille se pasó una hora cavando y retirando escombros. Se detuvo al fin y bebió a morro un largo trago de vino. Acercó luego el quinqué a la hendidura y examinó su labor. El agujero era aún demasiado estrecho para que por él pudiera introducirse un hombre de su Corpulencia. Paseó un poco, golpeó el suelo con el pie para sacudirse el polvo que le cubría el pantalón y los zapatos, cortó una rebanada de pan. Era evidente que no se sentía vigilado, y resultaba francamente curioso ver a este hombre comiendo tranquilo, a la luz de un quinqué humeante, buscando luego un cigarrillo en su chaqueta, encendiéndolo, concediéndose unos minutos de descanso. Se tomaba las cosas sin prisas. Estaba en su casa, señor de las bodegas, señor de la finca entera. ¿Por qué iba a apresurarse? ¿Quién le hubiera impedido el pleno ejercicio de sus derechos?

Aspiró algunas bocanadas de humo, se desperezó, se encaminó después hacia una parte de la bodega que Lupin no alcanzaba a ver. No tardó en regresar con una carretilla. ¿Una carretilla? ¿Pero por qué una carretilla? ¿Tan pesado era lo que se disponía a transportar? Mendaille la dejó al lado de la

pared reventada y recogió el pico. Se afanó aún durante un buen rato y al fin consideró que la abertura era suficiente. Introdujo un hombro en el agujero, luego una pierna. El torso se encallaba. A sacudidas, con riesgo de despellejarse las costillas, procuró salvar el obstáculo. Cayó una piedra y de súbito desapareció. Ya estaba dentro. Sólo se le veía una mano, aferrada al borde de la hendidura. Y entonces oyeron un ruido que les llenó de estupor.

—Se está riendo —dijo Lupin.

Mendaille se reía, a solas, en el fondo de la misteriosa zapa. Se reía como un poseso, y sus carcajadas eran a la vez gozosas y perversas. Daba rienda suelta a un júbilo que le compensaba de todos los crímenes y angustias pasados…

—Está loco —murmuró Bernardin.

—¡Oh, no! Lo que ocurre es que ha ganado. ¡La victoria! No sabes lo que es… Estremece.

Resurgió la mano, después la cabeza y el torso, cubierto de rasguños. Mendaille volvió a pisar la bodega, fue a buscar un martillo, un escoplo y una vela, que encendió. «O sea que hay que abrir cajas», pensó Lupin. Mendaille, con soltura, se deslizó otra vez al interior del hueco. Y no tardaron en oírse unos martillazos, seguidos del típico chirrido de clavos arrancados. Hubo un silencio. Por fin reapareció Mendaille, llevando un paquete del tamaño de un adoquín. Se agachó junto al quinqué, arrancó el papel que envolvía el paquete y contempló algo que Lupin no pudo distinguir. Permaneció largo rato en cuclillas, con cara de meditar, pero movía los labios como si estuviera calculando. ¿Calculando qué? Lupin temblaba de impaciencia y de curiosidad.

Mendaille se enderezó y se permitió un nuevo trago. El papel del envoltorio parecía correr por el suelo, con sobresaltos similares a los de una hoja muerta impulsada por el viento. Lupin comprendió que existía un pozo de ventilación, obra sin duda de los ingenieros, abierto para que pudieran respirar cómodamente los soldados acuartelados en estas zonas recónditas de las bodegas. El pozo se hallaría en la parte de la bodega que escapaba a la visión de Lupin. Despedía un aire frío pues Mendaille abrió la maleta, sacó una toalla y se secó cuidadosamente el pecho y los hombros. Empuñó luego el pico y se puso a ensanchar la brecha.

—¿Qué hacemos, patrón? —musitó Bernardin—. Se me está durmiendo todo el cuerpo.

—¡Calla! Vamos a esperar. Ya no debe faltar mucho.

Mendaille, a grandes paladas, arrojaba ahora lejos de sí los escombros desprendidos. Despejó las inmediaciones y colocó la carretilla junto al agujero. E inició entonces una maniobra asombrosa: Mendaille, desde dentro de la cavidad que otra vez le había engullido, lanzaba brazadas de paquetes al interior de la carretilla. Eran de contenido liviano pues casi no hacían ruido al caer. Lupin, al principio, había intentado contarlos. Poco después renunció y se concentró únicamente en esta pregunta: «¿Qué será?». E iba desdeñando, una tras otra, todas las hipótesis que se le ocurrían. Lo que más le desconcertaba era que los paquetes presentaban todos el mismo formato, el mismo volumen. De ahí cabía inferir que contenían lo mismo.

Cuando se llenó la carretilla, Mendaille asomó de nuevo, con el pecho empapado de sudor. Sin perder un minuto, agarró la carretilla y la empujó hasta el centro de la bodega. Volcó su carga y asestó a la carretilla un manotazo imponente que la devolvió al muro. Usó luego de la pala para amontonar los paquetes.

—¿Entiende usted algo, patrón? —murmuró Bernardin.

Lupin le mandó callar con gesto imperioso. Se había adelantado un poco y los movimientos de Mendaille le despertaban una curiosidad casi dolorosa. Mendaille había cogido, de detrás de la maleta, un bidón de petróleo. Le quitó el tapón, sin perder un ápice de su serenidad, como un obrero que se entrega concienzudo a su tarea. Metódicamente, derramó el líquido sobre el montón. Fue luego a buscar un periódico que despuntaba del bolsillo de su chaqueta, lo estrujó hasta convertirlo en una antorcha y lo encendió con un mechero. Esperó a que prendiera la llama y arrojó la tea sobre el cúmulo de paquetes.

El fuego corrió de inmediato. Estalló con un soplo que se mudó en zumbido. Avivado por el aire de la chimenea, despidió hacia el techo una enorme lengua amarilla y azul. Mendaille retrocedió varios pasos y, con los brazos en jarras, contempló la hoguera. Lupin y Bernardin también observaban fascinados. Se hinchaban los paquetes, reventaban, desprendían fragmentos de papel que, atraídos por la fuerza del incendio, se alzaban y revoloteaban en todas direcciones.

Uno de ellos aterrizó no lejos de Lupin. Corriendo el riesgo de que Mendaille le descubriera, aunque éste distaba mucho de incurrir en suspicacias, Lupin se echó al suelo y alargó un brazo. Atrapó su presa y empujó a Bernardin varios metros atrás. Al amparo del saliente que creaba la pared, enfocó con su linterna el pedazo de papel. A punto estuvo de soltarlo, estupefacto.

Era un pedazo de billete de banco. Incrédulo, examinó de cerca su hallazgo y tuvo que rendirse a la evidencia. Aunque tiznado y roído en algunos sitios por el fuego, el billete no ofrecía dudas en cuanto a su identificación: era un billete de cincuenta francos, similar al que Mendaille conservaba en el cajón secreto de su despacho y que luego Courcel había hurtado.

—Déjemelo ver, patrón —suplicó Bernardin.

Lupin le tapó la boca con la mano para sofocar la exclamación de sorpresa que el otro pudiera lanzar.

—Cállate, leñe. Es un billete de banco.

—¿Falso?

—No. Auténtico.

—Entonces…

Guiados por el mismo impulso, los dos hombres volvieron a su puesto. No podían dar crédito a lo que veían. ¡Cómo! El tal Mendaille asediado por las deudas, empeñado en que su mujer suplantara a Isabelle, asesino de los tres hermanos Dorchain, testigos molestos, dispuesto a quedarse con los dominios del viejo Montcornet, el tal Mendaille, ávido y cruel, se dedicaba ahora a quemar una fortuna. «¡Una fortuna! —pensaba Lupin—. Mucho más. ¡Un tesoro! Un filón inverosímil. A razón de unos cien billetes por paquete…». Intentó calcular la suma que se estaba convirtiendo en humo. Las cifras bailaban en su mente. Y aún no se había terminado, pues Mendaille cargaba por segunda vez la carretilla, la acercaba a la pira, rasgaba las fajas de papel que sujetaban los billetes y los esparcía sobre las brasas para que ardieran mejor. Y esta vez ya no se trataba de billetes de cincuenta francos sino que, dado su tamaño, cabía suponer que eran de quinientos y de mil francos.

—Hay que impedir que siga —dijo Bernardin.

—Tú, quieto ahí.

Rojizos fulgores iluminaban tétricamente las paredes de la bodega. Comenzaba a respirarse un calor asfixiante. Abundaban en el suelo restos calcinados, negras cenizas que corrían furtivas, como ratas. Mendaille, muy tranquilo, removía con la pala las ascuas del centro de la hoguera, como un jardinero que, en otoño, se dedica a quemar hierbajos. Tras vaciar la carretilla, inició un tercer viaje.

Lupin apretó a Bernardin por el brazo.

—Creo que ya empiezo a comp…

Sus palabras se vieron cortadas por una violenta explosión. Invadió la galería una nube de humo, polvo y chispas, seguida de un fragor de

derrumbamiento cuyos ecos se extendieron por todas las bodegas. Lupin y Bernardin, casi cegados, saltaron hacia atrás, en sus ansias de respirar un aire menos contaminado.

—La pared —dijo Lupin—. Estaba minada… El calor provocó la explosión… o quizá fue Mendaille el que accionó algún mecanismo.

Tosían, perdidos en la oscuridad. Lupin volvió a encender su linterna. Iluminó la galería. La entrada de la bodega se hallaba sembrada de billetes medio quemados, repelidos por el bombazo.

—¿Vamos a ver? —preguntó Bernardin—. Lo más seguro es que haya muerto.

—No te muevas. Quizá quedan más minas de efecto retardado.

Pegados al muro, esperaron un buen rato. Reinaba de nuevo el silencio. Y entonces, de súbito, se estremecieron al oír un ruido tan insólito, tan incongruente, que sintieron escalofríos en la espalda. Alguien acababa de estornudar. No. Era imposible. Mendaille estornudaba. ¡Estaba vivo!

Paso a paso, los dos hombres regresaron a la esquina de la galería que les permitía descubrir el interior de la bodega. Una lucecita temblaba en mitad de las tinieblas. Creció la lucecita hasta difundir un resplandor confuso. Mendaille, sentado en el suelo, encendía otra vez el quinqué que había resistido a la explosión. La sangre corría por su rostro. A su espalda, la pared aparecía medio derrumbada, delatando la presencia de un sinfín de cajas hacinadas. Algunas había que, por el reventón, perdían un chorro de billetes. Su contenido alcanzaría miles de millones, unos diez mil millones por lo menos.

Con expresión aún aturdida, Mendaille miraba esa prodigiosa muralla de dinero. Se alzó tambaleándose, se pasó las manos por la cara, las contempló, sin entender, quizá, por qué las tenía teñidas de rojo. Casi perdió el equilibrio, a duras penas evitó la caída, descubrió el pico entre los escombros, lo recogió. Y lo que sucedió entonces, confundió a Lupin. Ese hombre de rostro ensangrentado, ese hombre que titubeaba al borde del síncope, se dirigió con obstinación de autómata hacia el cúmulo de cajas, levantó el pico, vacilando, y lo descargó sobre la caja más cercana. Llevado de propio impulso, cayó de rodillas, se enderezó profiriendo un sordo gemido, golpeó otra vez, empeñado en destruir el fantástico tesoro por el que tanto había combatido. Se apartó un poco, intentó blandir su herramienta y de pronto se desplomó. Resonaban en la bodega sus roncos estertores.

—Patrón, se va a morir.

—Todavía no, quizá.

Mendaille se arrastraba a gatas en dirección de las cajas. Tendió un brazo frenético, el brazo de un hombre que se ahoga, se aferró a las tablas desclavadas y cayó sobre su cabeza un alud de fajos y paquetes. Logró retroceder poco a poco, dejó de moverse, tendido sobre un lecho fastuoso. Lupin se decidió y entró en la bodega, seguido de Bernardin. El herido, al verle, intentó adosarse a un trozo de pared.

—No —dijo con voz ronca—. No… ¡Usted, no!

Abrió los brazos en cruz como si quisiera proteger sus riquezas.

—Son míos… ¡Lárguese!

—Vamos, Mendaille —dijo Lupin—. No está en condiciones de resistir. Vamos a curarle. No tenemos el propósito de hacerle daño. Bernardin, trae la maleta y la chaqueta.

Confeccionaron una almohada de circunstancias que alivió la postura de Mendaille. Lupin secó con la toalla el rostro del infeliz, sajado por los cascotes. Vio que del oído derecho manaba un poco de sangre e hizo una seña a Bernardin, como indicándole que la cosa no tenía remedio. Se sentó junto al herido, que ya renunciaba a la lucha y se abandonaba.

—Le sacaremos de aquí —dijo.

Mendaille le asió por la muñeca.

—Repartiremos —murmuró.

—Sí. Repartiremos.

—Prométalo.

—Lo prometo. Pero primero querría saber el valor de estos billetes. ¿Son auténticos?

—No.

—¿Son falsos, entonces?

—No.

—Está delirando, patrón.

—Búscame una botella de vino que no se haya roto. Tiene sed.

Mientras Bernardin revolvía los cascotes, Lupin se inclinó sobre Mendaille.

—Son verdaderos —dijo—, pero no están emitidos por el Banco de Francia, ¿no es cierto?

—Eso es —dijo Mendaille—. Los mandó fabricar el alto Estado Mayor alemán. Una idea del Kronprinz, al parecer.

—¿Sus especialistas consiguieron papel auténtico?

—Sí.

¡Pardiez! Lupin descubría toda la extensión de la trama. Deslumbrado, se llevó una mano a los ojos. Era tan sencillo y tan maquiavélico… Los alemanes, para arruinar a Francia, dedicándose a imprimir, desde antes de la guerra, billetes de banco que fueran iguales a los verdaderos… las cajas de billetes llegando en furgones traídos por el invasor… posteriormente, el sangriento fracaso ante el Marne, la batalla de Reims… Obligados a batirse en retirada, con el flanco derecho amenazado, los alemanes tapiando el tesoro en un lugar secreto y seguro… y luego sus desesperados esfuerzos por recuperarlo… sus ataques contra el Ourcq, la ofensiva del Aisne, en el 17; las frenéticas tentativas del 3.^{er} ejército, intentando reducir el saliente de Reims… la estrategia del mando alemán, por fin comprensible… miles, decenas de miles de cadáveres, pudriéndose en las tierras de Champaña por haber querido reconquistar lo que se mantenía como un arma secreta de terrible poder… pues si los alemanes, mediante la aviación, hubiesen logrado extender por toda Francia esta ponzoñosa moneda, habrían originado la quiebra y la ruina… el franco reducido a cero… el hundimiento de los mercados, la imposibilidad del suministro, los estragos del pánico, la vuelta al trueque… Y aquí estaba este maldito dinero… detrás de Mendaille, que ya agonizaba… ¡Y, una vez más, Lupin era el amo y señor del juego!

Bien es verdad que aún quedaban muchas preguntas sin respuesta. Estaba claro que nunca se sabría por qué los alemanes no habían proseguido con la reimpresión de más billetes. Quizá por haber palidecido la estrella del Kronprinz… O por falta de reclusos materiales… Pero Lupin sabía lo esencial y exultaba de júbilo, de orgullo, pues él era quien iba a salir vencedor de la última batalla de la guerra, él solo, en las entrañas de la tierra, para mayor gloria.

Regresó Bernardin con una botella. Lupin rompió con cuidado el gollete y vertió un poco de vino en los labios de Mendaille, que pareció recobrar fuerzas.

—¿Cómo se enteró del secreto de los alemanes?

—Por Courcel. Cuando, después de la batalla del Marne, se retiraron, sus tropas… Cogieron a una docena de civiles para que construyeran el muro. Courcel, que ya estaba licenciado, era del grupo. Después, los fusilaron a todos, para asegurarse de que nadie hablaría. Courcel, sin embargo, aunque le dieron por muerto, logró sobrevivir.

Lupin recordó las cicatrices observadas en el cuerpo del pelirrojo. Mendaille prosiguió:

—Courcel había trabajado para mí antes de la guerra. Cuando me hirieron, me lo encontré por casualidad en el hospital. Me contó su aventura, me refirió las palabras que había podido pescar, pues hablaba un poco el alemán, y para demostrarme que no mentía, me dio un billete de cincuenta francos. Lo había hurtado de una caja, que se había abierto durante el transporte. Guardé el billete como un talismán. Siempre lo tuve al alcance…

—¿Cómo un augurio de riqueza? —dijo Lupin.

—Sí. Hasta me cuidé de limpiarlo y plancharlo, pues estaba muy ajado. ¡Me importaba tanto!… Cuando supe que la policía iba a registrar mi casa, tuve miedo de que pudiera descubrirlo y me hiciera preguntas, por eso le pedí a Courcel que se lo llevara…

—Es lo que hizo cuando fue a poner la carta de amenazas en el archivo.

—¡Ah! Ya lo sabe… Sí. Así, me sentía a salvo.

—¿Y después?

—Bueno, esperamos a que terminara la guerra. Courcel sabía que me había casado con la nieta de Montcornet y creía que algún día me tocaría el castillo en propiedad. Le revelé la existencia del testamento. La posibilidad de que se nos fuera a escapar el tesoro, le enloquecía. Fue él quien tuvo la idea de que mi mujer suplantara a Isabelle. Y también fue suya la idea de suprimir a los hermanos Dorchain, cuyo testimonio hubiera arruinado nuestro proyecto.

—¿Y por qué lo mató?

—Porque hay secretos que no se pueden compartir. Y él opinaba igual. Prueba de ello es que no me avisó de que la pared estaba minada… Pero usted, usted me salvará, ¿no es cierto? Me ayudará a recuperarme. No tengo nada… Estoy solamente un poco aturdido. Algo que me dio en la cabeza… Repartiremos… Nos lo repartiremos todo los tres…

Tanteó con la mano a su alrededor, encontró varios billetes, los estrujó lentamente.

—Cien millones para cada uno —murmuró—. Será más que suficiente… Ya nos habíamos puesto de acuerdo… Courcel y yo… Lo demás, teníamos que quemarlo.

Presa de súbita angustia, se irguió, miró a los dos hombres que le sostenían.

—Hay que quemar lo demás —exclamó con fuerza—, para que nuestra parte conserve todo su valor… Tantos billetes… Hay demasiados… Es como si no tuviéramos nada…

Se le trabucaba el habla.

—Ayúdenme —añadió—. Mientras no lo hayamos quemado todo…

Se le cerraban los ojos. Cayó hacia atrás y su mano desparramó sobre su pecho un puñado de billetes.

—… seremos pobres.

Después, sus labios se movieron pero ya no dejaron escapar sonido alguno. El hililio de sangre que manaba de su oído se fue haciendo más denso.

—Fractura de cráneo —dijo Lupin.

—Podría ir en busca de socorro.

—No vale la pena. Dentro de pocos minutos, habrá muerto. Hay algo más urgente.

Señaló las cajas.

—Vamos a destruir todo eso y ahora mismo.

—¿De verdad, patrón, no podemos guardarnos cien millones para cada uno?

Lupin se alzó vivamente.

—¿Cómo? ¡También tú pierdes la cabeza! Ni un millón siquiera. Ni cincuenta francos.

Sacudió a Bernardin por los hombros.

—Despierta, chico. Este dinero está manchado de sangre, comprendes. Hay que suprimirlo como sea.

—Pero…

—No hay pero que valga. ¡Francia ante todo! Estos millones, ves, siguen siendo un arma dirigida contra ella. Pues bien, tenemos que hacerla desaparecer. Con que nos guardáramos uno solo de estos billetes, ya seríamos cómplices del enemigo. Está clarísimo. O sea que vamos a empezar enseguida. Sin ninguna queja. ¿Me oyes? Sin ninguna queja… Y además, reflexiona. Ahora puedes casarte con Béatrice. No tendrás problemas. Manifiestamente, su marido ha fallecido de accidente. Las investigaciones no pasarán de ahí. Sólo se preguntarán cuál era el contenido de estas cajas, pero nadie adivinará la verdad.

—Pero lo que yo quería decir, patrón, es: ¿y el humo?

—¿Qué humo? ¡Ah! El humo que seguirá saliendo por el pozo de ventilación… No te preocupes. En estos momentos, todo el mundo está durmiendo. Y además Mendaille tiene derecho a quemar las porquerías que le ha dejado la soldadesca. Está en su casa. Que viene a ser lo mismo que decir que tú estás en tu casa, hombre de suerte, pues ahora Béatrice lo hereda todo. Y la finca… por muy estropeada que esté… producirá pingües beneficios

dentro de unos años. Te readaptarás con el champaña. Ya ves. Créeme, Bernardin. No estabas hecho para la vida que llevo. Piensa en tu hijo.

—El champaña —dijo Bernardin—. ¡No! Me traería recuerdos muy malos.

—Bueno, pues vendedlo todo. Y estableceos en otro sitio. Mira, África por ejemplo. Es una tierra con futuro. Tengo amistades que viven allí. Les gustará echaros una mano. ¿Convencido?… Venga, manos a la obra.

Trasladaron a la galería el cuerpo sin vida de Mendaille y comenzaron la quema. La pira ardió hasta el amanecer. Cuando salieron a la luz del día, sucios, extenuados, aunque limpios de corazón, Lupin se detuvo, contempló el sol naciente, los primeros brotes de la primavera, la hierba que empezaba a borrar en la tierra las huellas de las pasadas batallas. A lo lejos, cantó un gallo.

—Lucien —murmuró Lupin—. Deja que ahora te llame Lucien. Bernardin quedó abajo… Lucien, dentro de unas horas la verás. Dile de mi parte…

Meditó y por su rostro pasó una sombra de melancolía.

—No. No le digas nada.

Se encaminaron juntos hacia la aurora.



Boileau-Narcejac es el seudónimo conjunto de dos famosos escritores franceses de obras de suspense e intriga, algunas de las cuales forman parte de los clásicos de la literatura policiaca y que han sido adaptadas a la pantalla grande o pequeña por maestros del séptimo arte, como Henri-Georges Clouzot o Alfred Hitchcock.

Pierre Ayraud, cuyo seudónimo era Thomas Narcejac (1908-1998) fue filósofo de formación y estaba inicialmente interesado en la novela negra con el fin de escribir varios ensayos. Es su encuentro con Pierre Boileau (1906-1989) el que da lugar al comienzo de su carrera de novelista.

Ambos eran ya autores consagrados y habían obtenido sendas recompensas por sus obras, por ejemplo el Prix du Roman d'Aventures (Boileau en 1938 y Narcejac en 1948). Tras su encuentro en 1948, deciden iniciar su colaboración, en la que Boileau se responsabilizará del argumento y Narcejac de la creación de la atmósfera de la novela y de la personalidad de los protagonistas.

Juntos publicaron un total de 43 novelas y 4 obras de teatro. Una de sus obras más célebres, Celle qui n'e tait plus, fue llevada al cine bajo el título de *Las diabólicas* por el director Henri-Georges Clouzot en 1954.

También se les conoce por suobra D’entre les morts, que Alfred Hitchcock llevaría magistralmente a la gran pantalla con el título de Vértigo.